"Si alguno tiene sed,
venga a mí y beba".
(Juan 7,37).

A mis compañeros de curso,
en acción de gracias
por estar arribando,
con la ayuda de Dios, el
27 de agosto de este 2017, a los
50 AÑOS de sacerdocio
al servicio de la Iglesia
y la Congregación.
Son ellos:

Alfonso Sánchez Sánchez (leonés)
Juan Antonio González Terrón (malagueño)
Rafael González Álvarez (leonés)
Lauro Núñez Huerta (vallisoletano)
Miguel García Leyva (granadino)
Vicente García García (granadino)
Manuel da Silva Salvador (portugués)
Antonio Campanha Baptista (portugués)
Antonio Ferreira Caldas (portugués)
Y el autor:
Juan Manuel del Río Lerga (navarro)

Juan Manuel del Rio, CSsR
ISBN:
Depósito Legal:
Maquetación e Impresión: www.mediacioneimagen.com
Enero 2017

1- POR LOS SÍMBOLOS A LA REALIDAD

"Nuestra vida está escondida con Jesús en Dios"
(Col 3,3).

Los símbolos son la forma vicaria de la realidad. Los empleamos constantemente. Forman parte de nuestro lenguaje y de nuestro modo de comunicarnos habitualmente. Efectivamente, por los símbolos se capta la realidad. Están los símbolos. Y están los ejemplos, comparaciones, parábolas. Son una forma práctica de expresarnos, y de darnos a entender, o de comprender mejor un mensaje. Por eso, estas reflexiones que siguen se valdrán de ellos.

Vaya por delante una sencilla anécdota. Hace ya algunos años, me encontraba como misionero en Guatemala. Un día llegó a la comunidad un redentorista; norteamericano él. Había extraviado la agenda donde traía apuntada la dirección de la comunidad. Pero recordaba que era en la Zona 11. Una vez que dio con la Zona 11, echó a andar por las calles. Es una zona populosa. De pronto vio una pequeña torre de hierro, en forma de cruz, sobre una iglesia con techo de lámina de zinc. Un conjunto acogedor pero humilde. Se asomó a la puerta. Era un día entre semana. Se quedó al fondo. Estaban en misa. Vio que el cura celebrante estaba predicando la homilía. Se dijo*: "Si el cura está predicando tiene que ser redentorista".* Y lo era.

¿Cómo llegó a esta deducción? Muy sencillo. Porque, sobre todo en América, es costumbre habitual en los misioneros redentoristas predicar en todas las misas. No importa si hay mucha o poca gente. La predicación, por breve que sea, es una forma directa de evangelizar. Que la

misa llegue al pueblo, que no quede en un simple rito de la piedad individual.

Para él fue la pista. Incluso antes de darse cuenta que en un lateral del templo estaba el inseparable icono del *Perpetuo Socorro*, santo y seña de los redentoristas; pista también inconfundible.

Los humanos vamos constantemente al encuentro de alguien. Somos seres profundamente sociables. Y vamos, sobre todo, al encuentro con Dios. De Dios decimos que es la Vida. La vida procede de Dios. Nada más cierto. Pero también podríamos muy bien decir que es como un Libro abierto. Abierto, y en letras grandes para que todos lo puedan leer bien. Y entender. Aunque para entender a Dios no hace falta haber estudiado. *"Dios es Amor"* (1Jn 4,8). Y esto del amor lo entiende hasta el niño recién nacido.

Dios es Amor, decimos. Y sin darnos cuenta nos hemos metido en el rico lenguaje de la simbología. Dios es una cosa, el amor es otra. Pero al juntar ambos conceptos hemos expresado una bellísima realidad.

Dios es la Vida. Es también como un Libro abierto, para que todos puedan leerlo. Si acudimos al rico lenguaje de la simbología, podríamos pensar, por ejemplo, en una fuente natural que brota en medio de la espesura del bosque. El agua, aparentemente escondida, brota, lógicamente, de lo profundo de la tierra; corre cristalina entre las rocas, y se desliza cantarina entre la maleza revitalizando la floresta y dando vida al paisaje, al tiempo que apaga la sed del sediento, y de los campos. En definitiva, el agua no está *escondida*. Sólo hay que

acercarse a ella, contemplarla, gozar de su belleza, y saborearla. Agua limpia, fresquita, sabrosa.

Algo así sucede con Dios. A primera vista, pareciera que estuviera escondido, por aquello de que no lo vemos. Lo dice san Juan: *"Nadie ha visto jamás a Dios; el que lo ha revelado es el Hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre"* (Jn 1,18). No lo vemos, pero Dios está más visible de lo que creemos, pensamos, o nos imaginamos.

LA FUENTE

Yo sé de una fuente
de agua clara que mana
copiosa noche y día:
es la Palabra que salva
en el Dios que da la Vida.

2- HIJOS DEL BARRO

"Llevamos este tesoro en vasijas de barro,
para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios
y no proviene de nosotros"
(2Cor 4,7).

Las cosas tienen su lógica y su razón de ser. Me viene a la memoria un gracioso episodio. Fue en la calurosa y turística ciudad de Cabo San Lucas (Baja California Sur, de México). Estábamos dando la misión dos misioneros redentoristas. En ese tiempo aún no había entrado en el dominio público esta maravillosa vía de comunicación que es internet. Mi compañero de misión había preparado varias cartas que debía enviar a diferentes destinos. Era media mañana. Salió de la casa cural, donde estábamos hospedados, para ir al correo. Pero desconocía dónde quedaba el correo. Justo en ese momento pasa por delante de la casa un chamaquito, de unos nueve años, subido en diagonal a una bicicleta de barra alta, dando pedales como podía.

-Oye, chamaquito, por favor, ¿me puedes decir dónde queda el correo?

El niño se detuvo. No llevaba camisa. Todo sudoroso.

-¿Cómo te llamas…?

Antes que el niño respondiera, le dice el misionero:

-Por cierto, no te he visto en la misión.

El chavito se le queda mirando al misionero con ojos más listos que el hambre y a su vez pregunta:

-¿Qué es la misión…?

-¿La misión? Pues donde nos reunimos para hablar de Jesús…, enseñamos el camino del cielo…, lo pasamos muy bien.

-¡Anda…! ¿No sabe usted dónde queda el correo y me va a enseñar el camino del cielo…?

La lógica fue apabullante. Y más tratándose de un niño tan pequeño. Me acordé del pasaje evangélico: *"¿Es que nunca habéis leído en las Escrituras aquello de: sacarás alabanza de labios de los pequeños y de los niños de pecho?"* (Mt 21,16). Yo, por lo pronto, traté de sacar la moraleja concluyente de aquella diáfana lección en boca de un niño de nueve años. Hijos del tiempo, no podemos andar perdidos. El tiempo nos urge para encontrar al Dios que es Vida, siempre en presente.

Situados pues en el tiempo, desconocemos nuestro futuro; precariamente, y apenas, conocemos el presente; y del pasado sólo tenemos datos insuficientes que nos presenta la historia, de cuya objetividad no podemos estar seguros. De lo que sí podemos estar ciertos es del momento que vivimos; de que somos habitantes de este planeta, llamado Tierra, aquí y ahora. Aquí y ahora significa el presente. Siempre estamos en presente. Y el futuro, por más que lo imaginemos lejano, más allá del presente, es sólo imaginación. El futuro no existe., en cuanto tal. Estamos inmersos en un eterno presente. Incluso el pasado se hace presente como historia. Existen, pues, sólo dos tiempos: presente y pasado. El eterno presente hace que la vida sea también eterna. Una gran verdad nos queda de fondo: Nos queda el presente. Dios es eterno presente. Y en Él, nosotros.

Pero la temporalidad nos lo da Dios como marco donde realizar nuestro crecimiento como humanos. Somos Humanos. Lo que significa a la vez que somos temporalidad y eternidad. Venimos de Dios. Y a Dios vamos. En consecuencia, nuestra temporalidad es, simultáneamente, tiempo de Gracia. Pero nos movemos en la contingencia, con nuestra frágil estructura de barro,

entre un pasado irreversible y un presente que no dominamos.

El tren de la vida no tiene paradas intermedias. Sólo se detiene en la estación terminal. Puede ocurrir entonces que, conscientes de que estamos viajando en el tren del tiempo, podamos tener la sensación de que vamos en los vagones de cabeza, -es decir, tiempo presente-; mientras a la vez podríamos pensar que los vagones de cola pertenecen al pasado. Sin embargo, el pasado también es parte del mismo convoy. Por tanto, también presente. Sólo que a ese pasado, hablando en cristiano, lo llamamos Historia de la Salvación. Y ésta, también es presente y perenne. La Historia de la Salvación, como Dios, es presente. Dios es eterno presente; y Dios actúa constantemente en la Historia, dándonos la Vida en Jesús. *"Yo he venido para tengan vida y la tengan abundante"* (Jn 10,10).

Efectivamente, Dios actúa en la Historia sin quedar atrapado en, o por, la Historia. Dios supera el tiempo, abarcándolo todo. Porque Dios es eterno presente. Nosotros, en cambio, estamos condicionados por el aquí y ahora, hasta alcanzar nuestra total plenitud tras la resurrección de los muertos. San Pablo lo expresa mejor: *"Si Jesús no ha resucitado, vana es nuestra predicación y vana también vuestra fe; más todavía: resultamos unos falsos testigos de Dios, porque hemos dado testimonio contra él, diciendo que ha resucitado a Jesús, a quien no ha resucitado… si es que los muertos no resucitan"* (1Cor 15,15).

La Historia de la Salvación trascurre en lo que podríamos llamar el tiempo, o quizá mejor, la temporalidad; es decir, un proceso que nos hace ir siempre

a más. Lo cual es decir que la muerte (por supuesto, biológica) no es el final. La resurrección es siempre la realidad más indiscutible de la manifestación divina, ya que la vida pertenece a Dios. Y sólo a Dios. Dios es el Dios de la Vida. *"Ved ahora que yo, yo soy el Señor, y fuera de mí no hay dios. Yo hago morir y hago vivir. Yo hiero y yo sano, y no hay quien pueda librar de mi mano"* (Dt 32,39). Dios es el Dios misericordioso: *"El que perdona nuestras culpas"* (salmo 103). Es el Padre que, con los brazos abiertos, sale al encuentro del hijo pródigo. De ahí que, con gran intuición, el salmista diga: *"Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa esperanzada. Porque no me abandonarás en la región de los muertos ni dejarás a tu fiel ver la corrupción"* (Salmo 16, 9-10). Y Jesús afirma categórico: *"Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre"* (Jn 11,25).

El regalo más grande que Dios nos ha dado es, sin duda, la vida. Nos ha dotado al mismo tiempo de inteligencia, libertad, y voluntad; facultades indiscutibles del espíritu, por las que más nos parecemos a Dios. Y es que, la vida, como impetuoso río, no se puede detener. Avanza, felizmente, hacia la meta definitiva que es Dios.

Hijos del tiempo, a ritmo de deseo y voluntad, vamos cosechando éxitos y fracasos. A todos los niveles. Porque la libertad tiene también su ritmo. De ahí que Jesús nos advierta: *"Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil"* (Mt 26,41).

Cuando intentamos apartarnos de Dios podemos incurrir en la tentación de querer aplicar técnicas humanas, para evitar nuestros vacíos espirituales. Técnicas

que suelen ser de orden psicológico, lo cual puede llevarnos a confundir naturaleza y gracia. Podemos someter el cuerpo a técnicas de mil experimentos en un laboratorio, pero jamás hacer lo mismo con el alma. El alma no cabe en un quirófano.

Conviene, pues, no equivocar el camino. Situados en la temporalidad, sometidos a los procesos del tiempo, se nos exige fidelidad a la Gracia de Dios. La fidelidad, lógicamente, exige esfuerzo, constancia, perseverancia; y sobre todo, una total confianza en Dios *"que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos"* (Mt 5,45). Conscientes al mismo tiempo de que *"Llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros"* (2Cor 4,7).

TIEMPO HA...

Tiempo ha, que no saco a pasear mis sentimientos
por las riberas del alma
donde en otro tiempo cantaban los cenzontles al alba
y las alondras al caer la tarde.

Tiempo ha, que lucho por impedir que entre en mi mente
la insidiosa nostalgia del pasado,
por los recuerdos de las cosas buenas que pasaron
y en un santiamén se esfumaron,
o de aquellas que debieron suceder y no cuajaron.

Tiempo ha, que a los pocos amigos que aún me quedan
les sucede exactamente lo mismo,
-sin contar los que ya se fueron la víspera del hoy,
como ocurre siempre, mis seres más queridos-.

3- RENDIR EL PARTE FINAL

"La fe es la garantía de los bienes que se esperan,
la plena certeza de las realidades que no se ven"
(Hebreos 11,1),

Es clásico el cuento ejemplarizante: Aquel niño empeñado en sacar toda el agua del mar para meterla en un pocito que previamente había hecho en la arena de la playa. Nos podrá producir una leve sonrisa la tierna ingenuidad infantil. Por irrealizable, por imposible. Una utopía. Pero eso es precisamente la utopía. Intentar lo imposible, al tiempo que se realizan los posibles.

La utopía consistió en empeñarse en meter toda el agua del mar en un pocito. Imposible. Pero en el esfuerzo de ir sacando el agua, consistió lo posible. Y lo posible consistió en que el niño, imaginemos, en ese esfuerzo ha ido desarrollando los músculos. Su imaginación ha crecido. Y al realizar sus ilusiones, su infancia ha sido feliz.

En suma, nunca se consigue la meta fijada de una utopía; pero sí una serie de valores que le ayudarán en su vida. La utopía no es engañarse a si mismo. Sino espabilarse. Por eso es bueno trazarse metas. Aunque algunas queden en el camino, como cuando se siega el trigo y algunas espigas van quedando en el rastrojo. La cosecha está realizada.

Las utopías son aliciente y motor que mueve la vida. La utopía estimula e invita a la superación. No es lo mismo tener afán de superación, lo cual es bueno y es necesario, que tener ambición. La ambición tiene mala prensa. El afán de superación no perjudica a nadie. Amplían las posibilidades y cualidades de uno mismo. La

ambición, sinónimo de orgullo, de egoísmo, de despotismo, es destructora. El esfuerzo, es virtud. La ambición, maldad. *"Olvidándome de lo queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Cristo Jesús"* (Flp 3, 13-14).

No obstante, y por mor de que en una misma palabra caben varios significados, hay una segunda acepción de ambición, que nada tiene que ver con la primera de orgullo, egoísmo, etc. Es cuando ambición equivale a búsqueda. Como cuando san Pablo dice: *"Ambicionad* (=buscad) *los bienes mejores. Os voy a mostrar un camino más excelente. Ya podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles; si no tengo amor, no soy más que un metal que resuena o unos platillos que aturden. Ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber; podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo amor, no soy nada…"* (1Cor 12,31: 13,1ss).

La mayor y más preciosa utopía nos la presenta el mismo Jesús, cuando nos dice: *"Sed perfectos como el Padre celestial es perfecto"* (Mt 5,48). Bien sabía Jesús que para nosotros eso es un imposible. Es imposible ser perfecto como Dios. Es la utopía. Y es, al mismo tiempo, la vida misma. La utopía no es una entelequia, sino el espíritu o impulso que mueve las cosas. La vida es, en definitiva, el motor de arranque de todas las cosas. Mantener el pie en el acelerador corresponde a cada quien. Sin quitar la vista de lo que hay delante. La dirección de nuestra existencia debe ser siempre Dios.

Ahora bien, Dios no es una meta a la que hay que llegar primero para ganar, como si estuviéramos

compitiendo en una carrera de Fórmula 1. Porque en este caso, las cosas son al revés. Es Dios quien corre a nuestro encuentro. Dios está presente en todas las cosas. Tan presente, que estamos inmersos en él. Y sin embargo, por más que los hombres de todos los tiempos y de todas las religiones han trabajado denodadamente para encontrarlo, nunca lo han logrado. En cambio Dios, en Jesús, nos ha encontrado a la primera. Y lo ha hecho por amor. Quiere nuestra salvación.

Qué hermoso y elocuente resulta al respecto el discurso de Pablo en el areópago de Atenas: *"Dios no está lejos de cada uno de nosotros. En efecto, en él vivimos, nos movemos y existimos"* (Hch. 17,27-28). Por consiguiente, ya estamos en él. Dios no es objeto de nuestra búsqueda. Es Él quien viene a nuestro encuentro, desde su amor infinito. Es Dios quien nos tiene en su regazo de padre. Pero ocurre que se nos pueden cruzar los cables, y de pronto olvidarnos de algo tan elemental como es que el protagonismo no es nuestro sino de Dios. Otra cosa es que aún no lo podamos ver y gozar de su presencia a plenitud.

La fe nos ayuda a sentirnos inmersos en Dios. Por lo mismo, es preciso, al menos, un mínimo esfuerzo por nuestra parte para personalizar y responsabilizarnos de esta hermosa realidad: la presencia de Dios en nosotros. Es verdad que a Dios nadie lo puede alcanzar por sí mismo. Pero hay Alguien que nos ayuda en esta tarea. Ese alguien se llama y es Jesús. Él nos dice, desde la fuente de agua limpia del Evangelio, cómo debemos actuar para alcanzar lo que por nosotros mismos no podemos: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada"* (Jn 15,5). Sin Jesús nada podemos.

La vida humana es compleja, y así se nos presenta muchas veces. Nos trazamos metas, con frecuencia no alcanzadas, no por imposibles, sino por desaliento. Cierto es que no todos tienen las mismas oportunidades, ni los mismos talentos. Pero también es cierto que a nadie se le va a pedir más allá de los talentos recibidos. No todos pueden llegar a ser reyes, ministros o empresarios, importantes o no. Pero todos podemos y debemos dar sentido a nuestra vida en la medida de nuestras posibilidades. La vida es dinámica. Una vida carente de sentido no existe. El sentido debe dárselo cada quien trabajando los talentos recibidos, según la parábola de Jesús (cf Mt 25,14-30) Y evitando la inercia del mínimo, o de ningún esfuerzo, expresado en la misma parábola.

Es importante, pues, poner en acción las actitudes que nos ayuden a favorecer la consecución de las metas propuestas. Lo primero es la fe. Es aquí donde entra también en función la virtud teologal de la esperanza. También ella está sometida a crecimiento. La esperanza es una virtud que si no se ejercita, se anquilosa, o muere. Como una planta sin agua. Se puede estar al borde de la acequia, pero si las raíces no llegan al agua la planta se secará. Es, pues, de acuciante necesidad trazar metas y ponerse en acción por alcanzarlas, sin evadirse de la realidad.

Una de las muchas formas de evadirse de la realidad es el conformismo. Conformismo y estancamiento, viene a ser lo mismo. Vale decir, quien no avanza retrocede. Lo dice el viejo refrán: camarón que se duerme se lo lleva la corriente. En términos cristianos, se trata de avanzar sin retroceder nunca. Cuando Jesús anunció a sus discípulos que debía ir a Jerusalén donde lo iban a matar, pero que también iba a resucitar, no faltó alguien, en

concreto el apóstol Pedro que, con la mejor voluntad de su intrépido corazón, se atreva a reprender a Jesús: *"Dios no lo permita, Señor, eso no sucederá"* Pero Jesús, volviéndose hacia Pedro, le dice: *"¡Retírate, ve detrás de mí, satanás! Tú eres para mí un obstáculo, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres"* (Mt 16, 22-23).

Resulta fácil instalarse en una dulce, aunque nociva, comodidad: que consiste en no complicarse la vida. Y, al mismo tiempo, justificarse mediante una espiritualidad inauténtica y complaciente. Esa falsa espiritualidad puede darse en cristianos de a pie, pero también en quienes han hecho profesión religiosa. Luego suele unirse la apatía y la tibieza. *"Conozco tus obras: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero porque eres tibio, ni frío ni caliente, estoy a punto de vomitarte de mi boca"* (Ap 3, 15-16). La virtud de la esperanza es al mismo tiempo virtud de confianza. Con razón el salmo 51 advierte: *"Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre"* (Sl 51, 7). Efectivamente, el salmo nos recuerda nuestra condición de pecadores, sí, pero por lo mismo, la necesidad de apoyarnos sólo en Dios.

Saberse pecador es ver la personal realidad de uno. Pero es también saber que Dios, que nos ama más allá de nosotros mismos, nos acoge con infinita misericordia. Así, cuando llegue la hora de *"rendir el parte final"* podremos acercarse a él con la total confianza con que un hijo se acerca a su Padre.

LIBRETO MUSICAL

Vivir el don de la vida es organizar el día
en la fracción de las horas, tan llenas de sabiduría,

con el gozo apasionante de saberse rodeados
del inmenso azul mundo universo.

Es abrir el libreto sobre el atril del sentimiento
vistiendo los pentagramas de notas negras, blancas,
redondas,
sin olvidar las corcheas, fusas, semifusas, garrapateas,
bemoles y sostenidos
hasta que la música estalla
en radiante sinfonía.

4- BÚSQUEDA Y ENCUENTRO

"En mi lecho, por la noche,
buscaba al amor de mi alma;
lo buscaba y no lo encontraba.
'Me levantaré y rondaré por la ciudad,
por las calles y las plazas,
buscaré al amor de mi alma'.
Lo busqué y no lo encontré"
(Cant 3, 1-2).

Supongamos que sus nombres son Juan y Marta (para no descubrir su identidad). Matrimonio joven. Se aman con la fuerza y pasión del amor juvenil. Están profundamente enamorados. Y recién casados. Me llamaron a bendecir su nuevo hogar. Y muchas tardes a tomar con ellos un café. De misa diaria. Católicos practicantes. Un día le dice Marta:
-Juan, llévame a urgencias; no sé qué me pasa pero tengo un dolor muy fuerte aquí. Me siento muy mal.
-Mi amor, tómate una aspirina, mientras tanto.

¡Ay, el dolor! Hay dolores que matan (otros dirían, hay amores que matan; no es el caso), resultó ser un cáncer terminal. Surgido como de repente, acabó con Marta en menos de un mes. Y Marta se nos fue en la flor de la juventud, y de su matrimonio recién estrenado.

Al pobre Juan, inconsolable, roto por la muerte de su tierna y joven esposa, le recordé:
-¿No os gustaba leer juntos el Cantar de los Cantares? ¿Aquel pasaje que dice: *"En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo buscaba y no lo encontraba. 'Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma'. Lo busqué y no lo encontré"*?

(Cant 3, 1-2). Mira, Juan, vuestro amor era muy bonito, pero pequeño, como todo lo humano. Marta ya ha encontrado el Amor grande y definitivo. Sigue releyendo el Libro sagrado. Te iluminará y te hará comprender mejor las cosas.

Bien, los cristianos tenemos la Palabra de Dios, siempre a nuestro alcance. Otros echan mano de sus fantasías. De algo hay que llenar el vacío del corazón. Una de las fantasías más poéticamente bellas de los humanos está plasmada en la mitología griega. Para los pueblos antiguos particularmente, hay una cosmología poblada de dioses. Destaca el Olimpo, que es como la casa común de los dioses. El Olimpo, "el luminoso", más allá de la realidad geográfica y orográfica como la montaña griega, agreste y hermosa, que es, era el hogar, la casa común, de los dioses, capitaneados por Zeus. Porque había muchos más. La mitología griega estaba cargada de dioses como el cielo cristiano lo está de ángeles.

Y es que, la mente humana es capaz de producir las más increíbles fantasías. La mente humana es como un pozo sin fondo que nunca se llena. Pero es, sobre todo, creativa. El niño, desde su más tierna infancia, deja volar su fantasía, y construye mundos fabulosos a ritmo de sus juegos. Al adulto le ocurre algo parecido, sólo que sus sueños se parecen más a la realidad.

Hay algo evidente, que nada ocurre por casualidad. Cuando la mente crea y recrea dioses de conveniencia en su fantasía, en el fondo está indicando no sólo la necesidad de que Dios exista, sino también de creer en Él. Dios es de absoluta necesidad.

La Biblia, donde Dios se nos va revelando a lo largo de la historia, se hace revelación máxima en Jesús. La misma Biblia testifica, y recoge también, elementos mitológicos de otros pueblos, haciéndolos propios para expresar la actuación de Dios en un pueblo concreto y elegido: Israel. Pensemos, si no, en algunos de los relatos presentados por el libro del Génesis.

Todo, porque en el ser humano Dios está siempre presente. Más, Dios es la obsesión del hombre. En el creyente, y en el que alardea de increyente. ¿Por qué? Porque el ser humano, tantas veces, abreva su sed de infinito en la fuente de las dudas. Dios no tiene dudas acerca del hombre. Pero el hombre sí. Y así, las dudas se convierten, aun sin darnos cuenta, en instrumento de búsqueda de Dios.

En verdad puede afirmarse, como tantas veces se oye decir, que los humanos somos personas en situación. Estar en situación es lo mismo que estar vigilante, estar atento a cuanto nos rodea y acontece. Somos como una esponja que todo lo absorbe. Absorbemos la historia, las personas, las cosas, y nunca nos llenamos. Somos insaciables, sobre todo, en lo referente a Dios. Buscamos a Dios más que la amada del Cantar de los Cantares. *"En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma; lo buscaba y no lo encontraba. 'Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma'. Lo busqué y no lo encontré"* (Cant 3, 1-2).

Está claro, el hombre busca a Dios y no lo encuentra. En cambio, Dios busca al hombre y siempre lo encuentra. El punto de encuentro es Jesús. Sucede que el ser humano no puede pasar sin Dios. Por más que en su estúpida soberbia sea capaz de rechazar a Dios, o de negar

su existencia. Podrá el hombre negar a Dios, o construirse dioses a su medida en un olimpo personal. Sin embargo, termina por buscar imperiosamente llenar el vacío que siente por dentro. En realidad, negar a Dios, o rechazarlo, es un modo de creer en Él. En las limitaciones que sentimos, y precisamente porque las sentimos, radica la posibilidad de lanzarnos a nuevas metas, a nuevos horizontes, a nuevas investigaciones, a nuevas búsquedas. *"Sólo busco una cosa: olvidándome de lo que queda atrás y lanzándome hacia lo que está por delante, corro hacia la meta, hacia el premio, al cual me llama Dios desde arriba en Jesús"* (Flp 3, 13-14).

ME MIRÉ EN TUS OJOS

Me miré en tus ojos y sentí que la atávica esencia de mi ser
se transformaba en palabra esculpida en el barro
como una obra de arte que acariciaban tus manos.

Supe entonces que la fe, aun con su tupido velo,
jamás podrá ocultar el don esencial de la libertad,
que lo importante no es ver sino aprender a querer
que es el mejor modo de ver.

No tuve complejo en posar mis ojos de hombre en tus ojos
que reflejaron sin más la real pequeñez de mi ser,
pues supe lo que es florecer en tu jardín y saber
que si las flores hablaran contarían que el amor
no se esconde tras el árbol de la ciencia del bien ni del mal
sino que crece en el surco fecundo de tus manos, mi Dios,
en total libertad.

5- DE DIVINA HECHURA REVESTIDOS

"¿No sabéis que sois templo de Dios
y que el Espíritu Santo habita en vosotros?"
(1Cor 3,16).

En un lugar de La Mancha fue, de cuyo nombre yo sí quiero y bien me acuerdo. Era la primera semana de la misión. La actividad y protagonismo de esa primera semana la tienen las Asambleas Familiares Cristianas (reuniones por las casas). Los misioneros se hacen presentes brevemente, a poder ser, en todas. Estaba llegando a visitar la Asamblea última que me correspondía esa noche. Cuando se me acerca a paso ligero un señor:
-Padre, que nos hemos enterado que hay Asambleas por las casas.
-Efectivamente, así es.
-Pues mire, somos un grupo de doce hombres que formamos una peña. La llamamos *"Villa el rey".* También a nosotros nos gustaría tener Asamblea de misión.

Fue como si un ángel del cielo se me hubiera aparecido. Con lo que cuesta a veces que la gente ceda su hogar para las reuniones de vecinos y celebrar la misión. Ellos, por el contrario, pedían tener Asamblea. Era gente muy humilde. Algunos ni sabían leer. Así que, cada noche hice yo mismo de monitor. Y resultó una Asamblea preciosa, con gente muy humilde a nivel cultural. Pero con un gran sentido de la necesidad de Dios. Y es que, todos estamos revestidos de divina hechura.

Es evidente que la gracia presupone la naturaleza. Es decir, el ser humano es naturaleza y gracia. Barro y libertad. Es Dios, el alfarero divino, quien nos ha modelado a su imagen desde el barro primigenio (naturaleza)

insuflándonos espíritu y vida (gracia). Así, el ser humano es como un cántaro de barro que contiene el agua limpia de la gracia. Es materia y espíritu; un ser transcendente, cuya tarea en esta vida es ejecutar el plan al que Dios le ha destinado. El Hombre es un ser para la eternidad. El Génesis dice que Dios lo hizo del barro, pero le insufló aliento de vida. Es decir, le dio alma inmortal. El hombre, varón y mujer, es barro, sí, pero de divina hechura. *"Y el Señor Dios modeló al hombre con arcilla del suelo y sopló en su nariz un aliento de vida"* (Gn 2,7).

Dios nos dio el don supremo de la vida, pero también el de la libertad. Esto nos lleva a una conclusión evidente: Dios y el Hombre trabajan juntos, en concordia y amistad. De este modo, mientras el hombre actúe poniendo toda la responsabilidad que le incumbe, Dios no fallará. La labor del hombre es hacer los posibles. Dios se encarga de los imposibles. Pero este barro, de divina hechura, debe cuidar de no romperse. El hombre necesita de Dios. Siempre.

Pero hay algo más. El ser humano no es omnímodo. No es un absoluto. En consecuencia, no todo depende de él, bien lo sabe desde la más personal experiencia. Igual que sabe que Dios está por encima de él. Dependemos, pues, de ese Alguien maravilloso que es Dios.

Todas las cosas vivas van creciendo, se desarrollan, evolucionan. Y, si de pronto pudiéramos rebobinar, más allá de la memoria, la película de nuestra vida, veríamos qué distintos somos hoy de ayer. La fotografías que tal vez hemos colocado sobre nuestro escritorio, o colgado de la pared, son fotogramas varados en el tiempo, recuerdos seguramente felices. Pero tan solo memoria histórica.

Con la misma intensidad con que contemplamos nuestro crecimiento físico, conviene que miremos nuestro desarrollo espiritual. Éste, no lo podemos convertir en memoria histórica. Es fácil comprobar cómo va nuestro crecimiento espiritual. Basta con alzar la mirada hacia Dios. De inmediato nos damos cuenta a qué distancia estamos de Él. De ese Dios al que Jesús nos lo ha presentado como Padre. Un Padre que es amor y que nos ama. ¿A qué distancia estamos de él? ¿Hasta dónde llega nuestra fidelidad a la Gracia? *"Pero quien guarda su palabra, ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud"* (1Jn 2,5).

Por eso, es bueno acudir constantemente a la Palabra de Dios escrita, la Biblia en general, pero es singularmente necesario acudir a diario al Evangelio. Es el espejo donde se refleja nuestro estado personal, nuestra historia particular. El Evangelio es el corazón latente de la Humanidad. Y el corazón está hecho para amar y dejarse amar. *"El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él"* (Jn 14,23).

Lo que sucede en la naturaleza puede aplicarse también a nuestra vida. Pensemos en las cuatro estaciones del año. Cada una tiene su propia entidad. Cada una, en sí misma es bella. Hermoso es, sin duda, el paisaje nevado de la estepa, o de la montaña. Si observamos los árboles en invierno parece que estuvieran secos. Pero no es así. Verdean que es un primor en primavera. Podríamos decir que el invierno florece en primavera.

En nuestra vida hay también invierno. Pero también primavera. La primavera es crecimiento. Ese crecimiento se produce cuando se está en amistad y

sintonía con Dios. El invierno sirve para purificar el ambiente, para aniquilar plagas dañinas. Entonces es cuando la primavera florece espléndida y multicolor. *"Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne"* (Ez 36, 25-26). ¿Por qué? Porque somos barro de divina hechura.

HIJO DEL BARRO

Hijo soy del espíritu y del barro, de libertad revestido,
fruto agreste en el árbol estepario
que hunde sus raíces en la tierra donde brota
mi raza humana por el pecado victimada.

Palabra estirada soy en el llanto de mi madre tierra,
madura de partos, retorcida de dolor
en los silencios preteridos del amor
cuando escuece todo el ser en las horas tediosas de soledad.

A cuestas, como un atlante, llevo el destino
en la tarea de encontrar el sendero o las huellas
por donde un día huyó la paz, tiempo ha erradicada
por una sociedad cruel que sacrifica y mata
la sonrisa de los niños en los quirófanos del miedo
donde se acuchilla vilmente la vida.

Hijo del espíritu y del barro soy,
de Gracia y santidad suficientemente dotado
para defender y santificar la tierra con el mismo amor
con que el Artífice Divino a todos formó.

6- HUMANIZAR LA SOCIEDAD

"El amor es paciente, es benigno;
el amor no tiene envidia,
no presume, no se engríe;
no es indecoroso ni egoísta…
El amor no pasa nunca"
(1Cor 13, 4-8).

Hay una virtud que abunda poco en la sociedad desde tiempo inmemorial: la paciencia. Qué poco nos aguantamos los humanos los unos a los otros. Perdemos la paciencia, o eso decimos, y nos enfrentamos a palos. Bueno, lo de palos debió ser en la antigüedad. Las armas actuales son de todo tipo, terroríficas y letales. Con qué facilidad se hace la guerra. Con qué facilidad nos matamos unos a otros.

No llega a tanto el relato siguiente. Dejémoslo en una simple escaramuza campal. Resulta que aquel simpático misionero, alegre y muy mexicano él, le pidió a su compañero de misión, alto, formal, y de perfil muy alemán él, el megáfono portátil, instrumento muy útil y necesario para hablar a la multitud, sobre todo en descampado, al aire libre. Lo había comprado en Albuquerque, (Nuevo México, EE.UU.) y lo cuidaba como oro en paño.
-No te lo presto, que tú eres capaz de estropeármelo. Cómprate uno.
Pero tanto insistió el otro, que consiguió lo que quería. Algo debió molestar a algunos evangélicos que también se habían acercado a escuchar al misionero católico. Perdieron la paciencia, virtud muy escasa, como es sabido. Y la emprendieron a pedradas. El misionero, como un

arriesgado y envalentonado Quijote, no huyó. Embrazó como escudo el megáfono y se defendió como pudo. El misionero salió indemne. Pero el megáfono tuvo que ir al desguace. Y el disgusto para el misionero propietario del mismo, mejor sin comentarios.

Qué lejos estamos los humanos de crear lazos de amistad. Todo evoluciona. Hemos llegado a cotas muy altas de adelantos técnicos y científicos. Sin embargo no hemos progresado en amor. Qué lejos nos hemos ido del Dios que presenta san Juan. Por el contrario, lo hemos ido sustituyendo, a velocidad de crucero, por la violencia, las guerras inmisericordes, el brutal capitalismo que levanta a unos y hunde a otros creando amargas tensiones, injusticias, y odios fratricidas.

Siendo Dios inabarcable, e indefinible, porque supera y está por encima de toda imaginación, no cabe en una definición. Pero la aproximación más certera la dio el apóstol san Juan al decir: *"Dios es amor"* (1Jn 4,8). Decir Dios es amor, es aproximar y apropiarnos en ternura la realidad de Dios. la Historia de la Salvación es historia de amor. La más bella historia de amor. Y sin embargo, a pesar de que esto lo entiende hasta un niño pequeño, resulta que luego no somos capaces de llevar este amor a nuestra sociedad. Urge, pues, poner un poco de amor en nuestra sociedad, humanizar nuestra sociedad. Sólo el amor humaniza. Sólo el amor es capaz de crear lazos de amistad verdadera entre las personas y entre las diversas sociedades.

Todo lo cual nos lleva a estar situados en una plataforma de escándalo e inhumanidad. De este modo, el ser humano zozobra en dignidad y se siente oprimido. Para colmo, hasta las diversas religiones se convierten en

fuentes de opresión psíquica y moral. ¿En nombre de qué dios se puede hacer a guerra? ¿En nombre de qué dios se puede destruir personas, culturas, civilizaciones? ¿En nombre de qué dios se puede sustituir a Dios por la economía?

El ser humano se está infatuando de autosuficiencia. Se margina a los más pobres, siendo así que éstos son los preferidos de Dios. ¿Cuándo aprenderemos a crear una sociedad más humana, donde sea el hombre, varón y mujer, el valor supremo de la creación, y no los bienes materiales?

Llevamos millones de millones de años de rodaje en el planeta Tierra, y habiendo avanzado tanto en el saber, no ha sido así en el amor, que es lo que más nos asemeja a Dios. Extraña civilización la nuestra. Mal podremos avanzar sin un humanismo de base cristiana, que hace que se respete en primer lugar la vida. Necesitamos no sólo la cultura de la mente, sino también la del corazón. Es ahí donde reside el amor. Bien lo expresó san Pablo: *"El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor no pasa nunca"* (1Cor 13, 4-8).

El amor que Dios tiene y es, lo ha volcado a manos llenas sobre el ser humano. De ahí que los humanos tengamos esta chispa divina que nos capacita para ser cordialmente afectuosos y misericordiosos, y a experimentar una buena espiritualidad que vaya acompañada de humanismo cristiano.

Pero el amor no está exento de frustraciones y contratiempos. Por lo mismo, es ahí cuando debe entrar en juego el perdón, que es la mejor manera de amar y de ser justo. No en valde la justicia es el sostén o base de la caridad. Más ama el que más perdona. Y es que, en el adámico barro de nuestro ser todavía se conserva el fuego divino del amor que Dios ha impreso en nosotros.

Nuestro corazón está hecho para amar. Cuando hay amor, la espiritualidad y la sana afectividad crecen juntas. Y crecen, no sólo hacia dentro; crecen sobre todo hacia fuera, porque son dones, carismas. Pero si el carisma no está al servicio de los demás, no es carisma. Una espiritualidad sólo hacia dentro no pasaría de ser una mística sensualidad.

El símbolo universal del cristianismo es la cruz, por haber muerto Jesús en ella. No se puede separar la cruz de Jesús. Si nos quedamos solamente con la cruz, ¿qué tenemos? Dos palos, uno vertical, otro horizontal. Unidos forman una cruz, algo rechazable, por ser un instrumento de muerte usado principalmente por los romanos. Pero si lo asociamos a la muerte de Jesús, se convierte entonces en símbolo de la unión de Dios y con los hombres que, en Jesús, da la vida por nosotros. Los brazos abiertos de Jesús en la cruz son como el deseo de abarcar el mundo entero. Y en verdad que así es. La Redención es universal, es la prueba máxima del amor que Dios nos tiene.

El símbolo de la cruz cristiana resulta muy valioso también si lo aplicamos a nuestra sociedad. Nuestra sociedad necesita humanizarse. Esto no será posible mientras no seamos capaces de contar con Dios y ponerlo en medio de nosotros. Mientras nos empeñemos en sustituir a Dios por cómodos sucedáneos, como son el

poder, la economía y su comparsa de ambiciones, no aterrizaremos en un humanismo que nos dignifique. La guerra, la violencia, mírese como se mire, es una salvajada. Mientras que respetar la vida es actuar con inteligencia y libertad constructiva.

CALLE DEL OLIVAR

Por la Calle del Olivar vive un Hombre,
habitante anónimo de mi tiempo, paisano habitual
de mis noches y mis días, que casi no sé quién es,
por más que me encuentre con él todos los días.

A este hombre, yo, tú, él, le digo:
Por tu sombra, dime, si quieres, quién eres,
que saber, yo saber quiero quién eres.
Porque a ti y a mí decir nos han dicho que somos (¿somos?)
habitantes de este extraño mundo, que llaman, ¡ay, madre!,
de los civilizados.

Y por decir, dicen también que tenemos siglos de existencia,
pues nacidos fuimos antes de la civilización griega o romana;
y asegurarte puedo, ¡por mi madre!, que el calendario inventamos
mucho antes que los aztecas o los mayas;
y aún decir, te digo, que las lunas llenas, todas,
hemos contemplado acampados por siglos
al relente abismal de las estrellas.

Mas ¡ay, amigo!, deja que te cuente y diga, que tú y yo
no nos conocemos por más que habitantes somos
del planeta azul, mismo que llaman de los civilizados,
y que inventar, inventado hemos, la guerra y la democracia,
y otras varias, cotidianas, frivolidades.

Y que andar, andado hemos, los surcos todos de la incultura,
campo a través del relente de una extraña libertad
amasada en soledad, sin dejar por eso de ser europeos o americanos,
traficantes obsesivos de la droga, del petróleo, y de la guerra,
tan rusa y americana.

Pero, tú y yo, éste y aquél, sin conocernos seguimos,
por lo cual, ya lo creo que me gustaría, charlar contigo un rato
a la sombra, alargada ya, de la era industrial y postmoderna,
tan arañada de atajos, en los infinitos mundos
navegables por el mundo mundial de internet.

Y aunque por más que nos encontremos en la misma estirada calle
de esta rara existencia, tangencial y puntual, sin conocernos seguimos.

Y hasta quizá, cada viernes jugamos, ¡al uno, equis, dos!,
nuestra quiniela de ilusiones, pensando ser reyes omnímodos
de la entera Creación, ¡que hasta ahí llega nuestra soberbia
y desmedida ambición!, nosotros, que nacidos fuimos
antes que las estrellas o el sol, para pastorear de luz la inteligencia,
el cosmos, la vida, la ciencia, y ser, los granjeros de la Osa Mayor
y la Osa Menor. Mas confundimos la O con la U, y USA pusimos en vez de Osa,
¡qué pena, madre, qué pena!.

Y apagar, apagado hemos, los luceros todos de la humanidad, ya ves,
mientras arden sin sentido a golpe de pirómanos salvajes
nuestros viejos olivares, de norte a sur, y al revés.

Por lo cual, te digo, amigo, que conocer no nos conocemos.
Y si ofender no te ofendes, añadir aún añadiré, que vivimos
del cuento y de la apariencia, la mediocridad y la duda;
y por más que disimular queramos,
evitar jamás podremos llevar pantalón remendado
con parches de metafísica indigencia.

¡Qué pena, madre, qué pena! haber construido, decimos,
la civilización y la banca, la burocracia y el paro,
y el trasto frívolo de la televisión, a ritmo de democracia,
para terminar haciendo de la vida novela,
culebrón de sueños y mentiras, pues implantado hemos
el silencio en vez de la charla amena y el café de sobremesa.

Por eso te digo, que pasear contigo me gustaría un rato cada día,
despacio, entre los viejos olivares. Pero ya ves,
casi no quedan olivos, ni paz, ni aceite que cure las heridas.
¿Y los poetas?
¡Ay, madre!, también los poetas hace tiempo que se han ido.

Pero aún quedamos tú y yo, ¡solos!, cual políticos de turno,
contorsionistas de circo barato de barrio,
malabaristas de promesas incumplidas, halagadoras,
de oídos incultos, de masas.

¡Hombre de mi Calle!, anota si quieres su nombre,
Calle del Olivar, se llama, y yo proponer te propongo un brindis,
¡que brindar aún podemos!, por la sinceridad y la vida,

por la risa alegre de los niños, el aroma en libertad de las flores
y la amistad entre todos los hombres.

Así, sobre el mismo fondo, verde mate, de los olivares,
un huerto de olivos nuevos plantaremos,
por si vuelven los poetas, y en lo alto de la noche
estrellas nuevas colgaremos, para alumbrar de esperanza
nuestras calles.

Mientras tanto la nuestra, llamándose seguirá,
Calle del Olivar, no lo olvides, por si alguien algún día
a pasear se anima, en busca del aroma y la brisa
de una nueva humanidad.

7- A LA FE POR LA PALABRA

"La fe, por tanto, nace de la predicación
y la predicación se realiza
en virtud de la Palabra de Jesús"
(Rom 10,17).

Eran los años fructíferos cuando los inmensos campos bananeros de La Lima, ciudad hondureña a orillas del Chamelecón y muy cerca del Ulúa, aún eran explotados por los norteamericanos. Misionamos, durante varios meses, toda la diócesis de San Pedro Sula, entre redentoristas, claretianos, paúles, y algunos más. En uno de los poblados bananeros que me tocó misionar me encontré con un chico relativamente joven. Por el aspecto, no me pareció ser un trabajador de la empresa. Era cerca del mediodía. Se me acercó con bastante educación, pero desgranando frases bíblicas, que no venían a cuento. Me lo imaginé y le pregunté:
-Tú eres evangélico, ¿verdad?
-Sí, soy el pastor evangélico de este cantón (poblado).
-Pues como has podido saber, yo misionero católico. Encantado. ¿Qué tal te va?
-¡Uuufff…! ¡Viera, aquí la gente es muy fría!

La charla fue prolongada y entretenida. Posiblemente necesitaba que alguien le escuchara. Poco a poco me fue desgranando su vida. Su mayor problema había sido el alcohol y la droga, de la que logró salir con la ayuda de Dios, según dijo. A partir de ahí, y como agradecimiento al Señor, se dedicó a predicar la Palabra.
-Pero tienes muy pocos feligreses en este poblado. Según me han contado, sólo son veinticinco. ¿De qué vives?, pues por lo que veo, no trabajas en la bananera.

Terminó por sincerarse del todo. Que la gente era fría, religiosamente hablando, no hacía falta que me lo dijera. Ya lo estaba yo viendo con los que se decían católicos. Algo más había.
-Mire, la verdad que no sé mucho de Biblia, pero es el modo de ganarme la vida. Además tengo mujer y dos hijos. Eso sí, nunca trabajaré en la bananera.
-¿Por qué?
-Porque mi padre trabajó muchos años aquí, hasta que murió muy pobre. Porque lo explotaron, como a todos los demás. Y yo no estoy dispuesto a dejarme explotar.
-Haces bien. Sólo la Palabra es liberadora. Pero no prediques por oficio, sino por convicción. Que Dios te bendiga.

Por cierto, al terminar la misión vino a despedirse de mí dándome un fuerte abrazo. Ciertamente, la Palabra de Dios es liberadora. Y a la fe se llega por la Palabra. La fe no es exclusiva de ninguna religión. Cada religión tiene su liturgia, sus ritos, su manera de orar, y su compromiso ante la divinidad. La fe es adhesión a algo o a alguien. Para los cristianos, la fe significa adhesión a Jesús. Y, por consiguiente, seguimiento de Jesús. Nadie fue más libre que él para entregar su vida por los demás. Su fe y entrega al Padre fue total. *"Entonces dije: Aquí estoy, yo vengo, como está escrito de mí en el libro de la Ley, para hacer, Dios, tu voluntad"* (Heb 10,7). La voluntad de Dios se hace desde la libertad. La fe nos hace libres.

La fe es sintonizar con la Divinidad. La creencia es el conocimiento intelectual; incluso, la experiencia que podemos tener de determinados enunciados doctrinales, o científicos. Podemos estar de acuerdo o en desacuerdo, aceptarlos, o rechazarlos. Pueden repercutir más o menos, o nada, en nuestra vida, como ocurre con la propaganda

que nos llega a todas horas a través de los medios de comunicación social, sin que eso signifique una adhesión personal. En cambio, la fe sí es adhesión, y en el caso cristiano seguimiento de la Persona divina de Jesús.

En cuanto a las creencias, las hay para todos los gustos: políticas, culturales, religiosas, supersticiosas…, que nos pueden motivar, incluso condicionar nuestros comportamientos. Cuando se trata de la fe, estamos hablando de otra cosa. Estamos hablando de una sintonía. Más allá de lo evidente. A Dios no lo vemos y creemos en él. Por la fe se sintoniza; por la ciencia se conoce. Podemos conocer, y estar convencido de determinadas verdades doctrinales, por ejemplo las que presenta el catecismo, y no haber sintonizado con Jesús, ni con la Divinidad.

Si se vive la fe, por pequeña que ésta sea, con coherencia y honestidad, qué duda cabe que repercute no sólo a nivel personal; también social. La fe es poderosa. Contagia. Produce vibración**.** No nos viene por contagio. Pero contagia. Motiva. En la Carta a los Romanos se nos dice: *"Todo el que invoque el nombre del Señor se salvará"* (Rom 10,13). San Pablo, reflexiona y se cuestiona a sí mismo: *"Pero ¿cómo invocarlo sin creer en él? ¿Y cómo creer, sin haber oído hablar de él? ¿Y cómo oír hablar de él, si nadie lo predica?"* (Rom 10,14). Y concluye: *"La fe, por tanto, nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Jesús"* (Rom 10,17). En resumidas cuentas, la fe entra por el oído, puesto que la fe nos llega por la predicación que escuchamos.

De aquí, es obvio concluir que es necesario tomarse en serio la Palabra de Dios. Pero también nuestra propia actitud. Ante nosotros mismos y ante Dios. Porque la fe no nos viene dada por la genética. Nos ha sido dada por Dios,

como don maravilloso y personal que nos capacita para asimilar la *predicación* de que habla san Pablo y hacer nuestro su contenido y mensaje.

Otra cosa será la manifestación externa que podamos hacer de la misma. Pues puede haber manifestaciones exteriores con apariencia de fe, pero que no corresponden a una fe verdadera. Y sí, tan sólo, expresiones simplemente religiosas, o piadosas. Es el caso, por ejemplo, cuando siguiendo el protocolo en una representación diplomática, hay que acudir en acto oficial a un acto religioso, pongamos por caso un funeral de estado, en una determinada religión que no es la del diplomático en cuestión. Desde el respeto y la educación se guardan unas determinadas formas de comportamiento religioso externo, por supuesto, pero que nada tienen que ver con la fe personal.

De otro lado, la fe, además del convencimiento personal y adhesión a Dios, es también obrar y actuar en consonancia con lo que se cree. *"La fe es fundamento de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve"* (Heb 11, 1). Pero hay más, la fe es libre. Si hay algo maravilloso, entre tantas cosas que Dios nos ha dado, es el don de la vida. Pero a continuación, el de la libertad. Somos libres. Libres para creer o no; eso sí, con todas sus consecuencias. *"Por la fe, Abrahán, puesto a prueba, ofreció a Isaac"* (Heb 11, 17).

Que la fe sea libre, significa que no es impuesta. Dios ofrece y da, no impone ni se impone. Que la fe sea libre, tampoco ha de confundirse con dejación de obligaciones ni de responsabilidades. Cada quien responde de sus propios actos.

Hay algo maravilloso que nos descubre la fe: que somos amados de Dios. Y Dios está por encima de nuestras flaquezas y pecados. Resulta conmovedor, al ir leyendo el Evangelio, encontrarse con tantos personajes que, enterados de que Jesús pasa, o está en tal casa o lugar, van derechos a su encuentro. El impulso de la fe es lo que los lleva al encuentro con el Señor. Cómo no admirar la valentía de María Magdalena, sin importarle el qué dirán, llorando a lágrima viva a los pies de Jesús, al tiempo que se los enjuga con su hermosa cabellera (Lc 7,37-38). O el de Jairo, jefe de la sinagoga, que tiene un hijo enfermo (Mc 5, 22ss). O el ciego de Jericó (Lc 18,35-43). Y tantos y tantos otros.

Cuánta gente evitaría ir al psicólogo, o al psiquiatra, con sólo acercarse a Jesús. La fe nos hace libres.

COMETAS EN LIBERTAD

Préstame el azul del mar para columpiar mi barca
y poder así surcar la inmensidad de los mares.

Préstame el vuelo grácil de las golondrinas
para trazar pentagramas
en la tersura del agua y escribir sus melodías.

Préstame la voz del viento al fresco de la madrugada
para llenar de canciones el azul del universo
mientras vuelan por el cielo cometas en libertad.

8- LA VIDA ES MISIÓN

"Yo soy el camino,
y la verdad, y la vida"
(Jn 14,6).

Me ha tocado, como misionero, conocer a muchos obispos. De algunos de ellos guardo especial cariño. Hombres santos por enormemente humanos. Verdaderos pastores de su grey.

Figuraba en mi agenda misionar en una población de la enorme parroquia de Sabanagrande, en el departamento de Francisco Morazán, Honduras. Llegué a la cabecera parroquial. Allí estaba el bueno y querido obispo monseñor Evelio, que al mismo tiempo hacía de párroco. Me dijo:
-Mira, para llegar al poblado tienes a tu disposición dos vehículos. Los dos viejos, pero aún sirven: un caballo y un jeep. Elige.
Miré al caballo que, a su vez, me miró con cara de pena. Miré el jeep. Este no me miró. Quizá quiso pasar desapercibido.
-Monseñor, elijo el jeep.
-Bien. Don fulano te llevará.

A mitad del trayecto tuvimos que atravesar un pequeño río, que allá llaman quebrada. Y a la mitad del río, el jeep se constipó. El motor paró en seco, o quizá no tan seco. Pie al agua. No hubo modo de seguir. Mejor dicho, sí. El buen señor conductor allí quedó en espera de ayuda. Y yo, con mi maleta al hombro, eché a andar hasta llegar, ya noche y bien cansado, al poblado en cuestión. Era muy noche, y sin embargo, la gente seguía congregada en la iglesia esperando al misionero.

La anécdota no termina con la llegada del misionero. Era muy noche, como digo. Así que, rezamos todos un Padrenuestro con fervor, y despedí a la gente, posponiendo la apertura de la misión para el día siguiente por la mañanita con el rosario de aurora. El sacristán quedó en que tocaría la campana temprano llamando al rosario de aurora. Vale. De repente, comienza la campana a sonar alegremente. Me levanté enseguida, muy preocupado, pensando que me había quedado dormido y que iba a ser el último en llegar a la iglesia. Miro el reloj: ¡La una…! Esto no va conmigo. ¡A la cama!

Cuando sí llegó de verdad la hora de acudir a la iglesia, le digo al buen sacristán:
-¿Qué pasó, que la campana sonaba tan alegremente a la una de la madrugada?
-¡Ay, *padresito*, es que no tengo reloj y toqué al *tanteyo*!

El buen sacristán se pasó la noche sin más luz que la de las estrellas. Pero en su puesto, cumpliendo un compromiso. Deducción al canto: Dios nos ha puesto en este mundo, no al azar, sino con una finalidad. Todos tenemos una misión que cumplir en la vida, hasta que se nos acabe la batería. Todo tiene un por qué, una razón de ser.

Dios nos ha creado por amor, y a su imagen. Más aún, nos ha hecho hijos suyos en su Hijo amado Jesús. San Pablo, el gran enamorado de Jesús, lo resume muy bien: *"Mas cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama 'Abbá', Padre"* (Gál 4, 4-6).

El ser hijos de Dios debe motivar todas nuestras actuaciones. En términos cristianos tendremos que preguntarnos si de verdad actuamos por Dios. Y posiblemente la respuesta sea positiva en términos generales. La práctica suele ser diferente. Cuántas veces entran de por medio el amor propio, el honor, el hedonismo, el poder. Y tantas cosas.

De ser así, habrá que tratar de purificar nuestras motivaciones. Pero sin perder de vista que el ser humano se mueve, normalmente, por amor. Amamos a la familia, por ejemplo. Hay tantas cosas que amamos. Es lógico. Estamos dotados de afectividad. Y el amor está constituido en gran parte de afectividad. Ésta, a su vez, nos lleva a ser más solidarios, más fraternos, más misericordiosos.

Desde el nacimiento hasta la muerte, la vida se desarrolla de un tirón. La vida no hace altos en el camino. Si un reloj se para, se le puede dar cuerda. Pero si el reloj de la vida se detiene es el final. Hay una fecha marcada de caducidad que desconocemos. La vida es un proceso constante y evolutivo; proceso que lleva, como compañeras de camino, la filosofía y la psicología. La filosofía, porque movida por el pensamiento, va en pro de alcanzar la sabiduría, o madurez, propias del ser humano. Y la psicología, porque nos ayuda en los procesos de la actividad mental, y de la conducta en general a un comportamiento adecuado.

Hay otro factor, imprescindible e ineludible, más importante aún, que el ser humano ha de desarrollar. Es su vida espiritual. El ser humano, en el desarrollo y devenir de su vida, se siente motivado por muy distintos factores. Está en primer la familia. También, por supuesto, la sociedad en general, que tanto nos condiciona. Así por ejemplo, si uno

nace en un país cristiano, de familia cristiana, practicante y tal, lo natural es que sea cristiano. Si por el contrario, nace en un país musulmán, lo lógico es que sea musulmán. Es la fuerza del ambiente. Insensiblemente, nuestra libertad está condicionada por el ambiente que nos rodea. Se necesita una madurez sólida y autocrítica para plantearse el *por qué* y *para qué* de lo que somos y hacemos. La vida cumple una misión. No somos hojas de un árbol arrastradas por el viento. Todos tenemos una misión que cumplir en el mundo.

En este cometido, no podemos contentarnos con desarrollar sólo la parte corpórea-intelectual de nuestro ser. Es de acuciante necesidad desarrollar también la parte espiritual. Porque somos un todo. Desarrollar sólo las potencias corpóreas de nuestro ser, dejando de lado la parte transcendente y transcendental de nuestro ser, sería una total frustración. *"Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesús"* (1 Tes 5, 23).

Puesto que la vida se nos ha dado para cumplir una misión en el mundo, mejor cumpliremos nuestra misión si sabemos estar en comunicación con Dios. ¿Cómo? A través de la oración.

En toda religión, y desde luego en el cristianismo, la oración es fundamental. Por ser nuestro mejor modo de comunicarnos con Dios. Y por ser el mejor camino para purificar las motivaciones. Al plantearnos nuestras motivaciones, tomamos decisiones que, a su vez, nos llevan a realizar una serie de actos que van a configurar un estilo personal de vida. La clave para configurar un estilo de vida digno, acorde con nuestros principios cristianos, es la

oración. La oración nos ayuda a estar en sintonía con nosotros mismos y con Dios. Y es fuente de alegría. *"Estad siempre alegres. Sed constantes en orar"* (1Tes 5, 16-17).

También la cultura nos acerca a Dios. Hace años escribía el papa san Juan Pablo II: *"La auténtica cultura es cultura de libertad que emana de las profundidades del espíritu, de la claridad del pensamiento y del generoso desinterés del amor. Fuera d la libertad no puede haber cultura"* (Discurso de Juan Pablo II a los Oficiales del Ejército Italiano, 9 de julio de 1984). Pues bien, por deducción silogística: si la cultura humaniza al hombre, y el hombres es imagen de Dios, Dios es Cultura.

CASI ÁNGEL

La luz estaba oculta en la floresta
como un ángel con alas de azucena
cimbreándose en el árbol primavera
donde la flor empieza a ser poema

en el encanto frágil de la brisa,
esencia inmaterial de un mundo, el mío,
que sueña en la inocencia de la vida
con el mismo candor que sueña el niño

que no sabe decir aún su nombre.
Yo sí quiero decir el tuyo: ¡Padre!,
y quedar acunado en tu querencia

hasta que mi ser frágil, pues soy hombre,
alcance a ser sorbido como un ángel
inmolado en la luz de tu presencia.

9- COHERENCIA

"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él,
el ser humano, para mirar por él"?
(Sal 8, 5).

En la memoria me rebotaban los versos del Romancero Viejo: *"Abenámar, Abenámar, / moro de la morería, / el día que tú naciste / grandes señales había…".* El motivo fue que debía misionar en una población de la Granada mora y sultana. La verdad es que la gente respondió muy bien a la misión. Pero el problema, y no pequeño, estuvo en el horario. Estaba la iglesia parroquial llena. Les presenté el programa de los actos previstos.
-Miren, tal acto, a tal hora.
Como a una sola voz, el público respondió en masa:
-¡¡¡A esa hora no…!!!
-¿Por qué?
-¡A esa hora dan *Cristal!* (telenovela).
-Bueno…, pues a tal hora.
-¡¡¡No!!!
-¿Por qué?
-¡A esa hora dan *Topacio*!
-Vale; pues a tal hora.
-¡¡A esa dan Rubí…!!

¡Madre del alma…! No había modo de ponerse de acuerdo en cuanto al horario. Les dije:
-¡Los españoles conquistaron América con abalorios; ahora los americanos conquistan España con *cristales*!
A pesar de tanto *vidrio* la misión fue un éxito.

Artífice de tantos inventos, el ser humano es propenso a caer esclavo de los mismos. Y sin embargo, Dios nos ha dado la inteligencia para ser libres. Nos ha

hecho libres. El Creador, el gran Artífice del Universo, ha querido que el Hombre fuera su lugarteniente. El hombre, con la inteligencia de que Dios le ha dotado, es también artífice, aunque en pequeño, en la inconmensurable obra de Dios. De algún modo, también el hombre es un "creador" a escala de sus posibilidades. Se le abre un abanico inmenso en todas las ramas del arte, la ciencia, el saber, etc. En una palabra, es el encargado de continuar la obra de Dios. *"Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó. Dios los bendijo; y les dijo Dios: "Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla; dominad los peces del mar, las aves del cielo y todos los animales que se mueven sobre la tierra"* (Gn 1,27-28).

El hombre posee además el don de la palabra. Suele decirse, 'del dicho al hecho hay un gran trecho'. Que podría traducirse como *tener coherencia*. La coherencia de vida es fundamental en, y para, el ser humano. Coherencia significa que haya sincronización, o adecuación, entre las ideas y la realidad palmaria y palpable de la vida. Entre lo que pensamos y lo que hacemos. Lo contrario sería inadecuación. El ejemplo mejor de coherencia es Jesús.

Los grandes avances de la humanidad nacen de la mente de cada ser humano. No en la misma proporción, por supuesto, pues no todos tienen las mismas posibilidades de acceder, por ejemplo, a los estudios, o al trabajo. Lo que no deja de ser un agujero negro en la sociedad. Cuántos premios Nobel, pongamos por caso, surgirían si todos, hombres y mujeres, tuvieran posibilidades económicas, ambientales, etc., de acceder a la cultura. Y cuántos se habrán perdido por no tenerlas. Quedarán para siempre perdidos en la noche oscura del tiempo.

Además de posibilidades, hay que tener consciencia y conciencia de nuestra situación personal. Se ha dicho: 'renovarse o morir'. Vale. Si queremos vapor, ha de estar el agua en constante ebullición. Pero es importante que dentro de la renovación, a nivel amplio, tanto cultural como humano, dediquemos mucha atención a todo aquello que alimenta nuestra vida moral, ética, y espiritual. La parte más productiva del ser humano es la intelectual. No cultivarla es privarlo de una faceta importante de sí mismo. Pero sin vida espiritual, el ser humano queda truncado. *"Hasta que yo llegue, centra tu atención en la lectura, la exhortación, la enseñanza"* (1Tim 4, 13).

Nos quedamos asombrados y maravillados ante la ingente cantidad de cosas que el ser humano va descubriendo, lo que a nivel coloquial se llama descubrir; a todos los niveles. Y hasta es posible que nos infatuemos de orgullo y vanidad. Pero, que no se nos suban los humos a la cabeza. Porque, ¿qué sabemos de los tiempos pasados, totalmente desconocidos, en y para nuestra actual civilización? Cuántas civilizaciones no habrá habido. ¿Qué sabemos del cosmos infinito? Corremos el riesgo de creernos superhombres, y hasta pensar que en los tiempos pasados los hombres eran incultos, incivilizados, salvajes. Nada más alejado de la realidad. Qué poco que sabemos de los tiempos antiguos. Y menos aún de la galaxia donde está situado nuestro planeta Tierra. Tampoco nos creamos los más listos de la clase por el momento maravilloso que nos toca vivir. Mientras avanzamos en fabricar cachivaches muy sofisticados, y armas de destrucción, poco o casi nada avanzamos en el respeto a la dignidad de la vida humana.

La Humanidad siempre ha estado llena de la luz de la inteligencia, la que Dios le ha dado. Y ha sido mucha.

Pero no podemos olvidar la coherencia, como artífices-colaboradores del Artífice de la Creación: Dios. *"Radiante e inmarcesible es la sabiduría, la ven con facilidad los que la aman y quienes la buscan la encuentran"* (Sab 6, 12).

Está claro que, si en vez de entrar en la vorágine de la sociedad de consumo, entráramos en la sociedad del estudio y de la cultura, terminaríamos por humanizarnos más, por parecernos un poco más a Dios, y por querernos también un poco más los unos a los otros.

BIOGRAFÍA CÓSMICA DEL TIEMPO

Quise escribir la biografía cósmica del tiempo
para guardarla junto al caudal de mis recuerdos
fondeados en el río corto de la vida;
pero en los archivos on-line consultados
sólo encontré lunas acampadas al relente de los siglos.

Intenté recorrer los jeroglíficos que la lluvia deja
en la palma abierta de la mano, tratando de escribir
la primera letra miniada que iniciara el libro ignoto de mi vida
y no hallé las rayas que predicen fatuamente el futuro.

Soñé que descendía la luz inteligente, emergida de la nada,
sobre mis manos de barro
pero se formó de pronto un revuelo alborotado
como de libertad en rebeldía.

Quise vender, a saldo de feria, la reseña nunca escrita
de mi propia autobiografía, plagiando argumentos imaginados
con líneas trazadas sobre la tierra en barbecho de la ciencia
y me robaron la idea.

Intenté subirme en marcha al relente de las lunas nuevas
acampadas como el trigo en el surco de los siglos
para gritar enardecido el grito eterno de la vida
y mi grito se me ahogó en el alma.

10- DISPERSIÓN E INTEGRACIÓN

"Sabemos que la ley es espiritual,
mientras que yo soy carnal,
vendido al poder del pecado".
(Rom 7, 14-17).

Aún debe quedar alguno, aunque van desapareciendo, y mejor que desaparezcan todos. Por el peligro que entrañan. Me refiero a esas señales que, en carreteras secundarias, y caminos vecinales atravesados por las vías del tren, decían: *"Ojo al tren. Paso a nivel sin guarda".* La advertencia para evitar el peligro ahí estaba. No obstante, cuántas tragedias han ocurrido en los peligrosos "*paso a nivel*".

El tren tiene su propio camino de hierro. Los demás vehículos, asfalto, o de tierra. Son caminos necesarios, pero independientes. No se hermanan entre sí. Esto me da pie para esta reflexión. En el ser humano se cruzan también dos caminos irreconciliables. El de la Gracia y el del pecado. Situación que nos hace estar dispersos interiormente. Golpeada por el ambiente, nuestra mente puede estallar en todas direcciones. Igual que cohetes en los fuegos artificiales. Pese a los magníficos progresos de la sociedad actual, la persona corre el peligro de estar cada día más estresada. Mucha gente busca asesoría en los profesionales. Los psicólogos tienen trabajo asegurado.

Hay un texto de san Pablo que, aunque él lo aplica en otro contexto, puede servir. Es esclarecedor: *"Sabemos que la ley es espiritual, mientras que yo soy carnal,*
vendido al poder del pecado. En efecto, no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero, sino que hago lo que aborrezco; y si hago lo que no quiero, estoy de

acuerdo con que la ley es buena. Ahora bien, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí" (Rom 7, 14-17).

¿Qué es lo que hace que las personas estemos cada día más estresadas?, me pregunto. Cierto que el ambiente puede ser un factor determinante. Pero no lo es todo, ni en exclusiva. Siguiendo el ejemplo anterior, de los dos caminos que cruzan nuestra vida íntima, podríamos decir que uno es bueno, el otro malo. Camino bueno: la Gracia santificante. Camino malo: el pecado. ¿Por qué se producen tantos desajustes patológicos en la persona? La respuesta es muy compleja, por tantos factores, sobre todo de orden psicológico, como inciden en la persona. Pero en una persona "normal" el pecado ocupa el primer lugar, siendo la causa de los mayores desajustes. Hay un hecho constatable. Cuando la gente, en general, era creyente y practicante, en el confesonario se arreglaban muchos desajustes. Cuando la gente se ha ido apartando de la confesión, ha aumentado notoriamente el gremio de psicólogos.

Conscientes de los desajustes que zarandean a la persona, urge poner el remedio correspondiente. Porque conscientes, somos. ¿Qué paso a nivel pone en peligro nuestra vida psíquica, emocional, y espiritual? ¿Qué es lo que nos dispersa o nos integra?

Se da quizá más importancia de la debida a la tecnología actual. Maravillosa, sin duda. Pero la persona ha de ser capaz de estar por encima de la tecnología; de lo contrario, ésta termina por aplastar a la persona.

Una vida espiritualmente sana facilita a la persona establecer relaciones interpersonales y sociales cálidas. Estar en paz con Dios y con nuestra conciencia es factor de

integración emocional, personal y social. Me acuerdo con frecuencia de aquel cuadro colgado en el comedor de la Casa del Peregrino, Casa por lo demás de entrañables recuerdos, en tantos Cursillos de Cristiandad, Encuentro de Promoción Juvenil, y hasta algunos Encuentros Conyugales, dados o dirigidos en aquella bendita Casa. En letras bien legibles, el cuadro decía. *"¿De qué sirve que Jesús nazca mil veces en Belén si no nace una sola en tu corazón?".*

Quien desee poner orden en su vida, que se acerque a Jesús. Sólo él puede integrar nuestra dispersión. Bien dice el refrán que la caridad comienza por uno mismo. Pero no debe quedarse sólo en uno; hay que extenderla también a los demás. Si nuestra doliente humanidad hubiera sido capaz de poner en práctica el mandamiento de Jesús: *"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros"* (Jn 13,34), no se hubiera producido el Holocausto, ni las horrendas masacres actuales en Siria, y otros países, que abochornan a la parte de humanidad que aún no ha perdido la sensibilidad ni la racionalidad.

"EN CADA PRIMAVERA MIS SUEÑOS FLORECERÁN"

(A las víctimas del Holocausto)

Le dijeron que ya era primavera y el prisionero sonrió,
le dijeron que ya los campos florecían y él asintió,
le dijeron que si aún soñaba..., y de emoción lloró.

No vio que de pronto el cielo se oscureció,
y que aguanieve muy fría sobre los campos de concentración caía.
Entrecerró los ojos, y una luz en el cielo vislumbró.

Se fue el prisionero apagando, poco a poco, sin rencor,

y sin saber que en el álbum de sus Sueños un Poema
sin terminar quedó.

En grafía martirial, el manuscrito decía:
"En cada Primavera mis Sueños florecerán".
Y así, en silencio, el prisionero al cielo voló
y en Dios floreció.

11- POR FAVOR, OCUPEN SUS PUESTOS

"No me envió Jesús a bautizar,
sino a anunciar el Evangelio,
y no con sabiduría de palabras,
para no hacer ineficaz la cruz de Jesús"
(1Cor 1, 17).

Si estamos en una reunión, en un evento, etc., donde alguien va a dar una charla, pongamos por caso, en cuanto se escucha la expresión *'por favor, ocupen sus puestos'* cada quien se coloca en su sitio. El orden garantiza que todo vaya bien. Dicho esto, está claro que las cosas funcionan mejor si cada quien ocupa el lugar que, por vocación, o preparación, le corresponde en la sociedad. Así, mal podrá hacer un trasplante de corazón, por poner un ejemplo, una persona que no tiene ningún estudio ni preparación en medicina. Las cosas importantes no se improvisan. Un médico, sacerdote, arquitecto, etc., necesitan preparación.

Más de uno y de dos, habremos conocido personas que, habiendo comenzado los estudios de una determinada profesión, luego de varios años abandonan, y se han pasado a otra. Yo he conocido alguno. Recuerdo a un joven guatemalteco. Había terminado cuarto de medicina. Era asiduo a la parroquia. Un día me dice:
-No voy a seguir esta carrera. Esta no es mi vocación. Y así no voy a ser feliz.

Comprendió que no era su camino y no iba a ser feliz. Y es que, una cosa es buscar un trabajo para ganarse un sueldo del que poder vivir, y otra cosa ejercer una profesión que exige, además de preparación, vocación.

Todo mundo tenemos derecho a ser felices, e intentamos serlo. Si hemos tenido el privilegio de acceder a una determinada profesión que nos ayuda a realizarnos como personas y como ciudadanos, hemos de saber ser agradecidos. En el mundo, las personas no estamos de adorno. Todos estamos para servir. Cada quien tiene una responsabilidad y misión que desempeñar. Como ciudadanos estamos obligados a aportar nuestro granito de arena en la construcción de un mundo bueno para todos. Ese granito de arena lo aportamos desde nuestra libertad e idiosincrasia.

Pasando a un nivel puramente cristiano. El cristiano tiene por vocación vivir el evangelio y testimoniarlo con el ejemplo de su vida, y poder así seguir a Jesús y ser su discípulo. Ése es su puesto. Tenemos, entre millones de ejemplos posibles, el de Juan el Bautista: *"Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz"* (Jn 1, 6-8). Juan no vino al mundo para ser él la luz, sino para dar testimonio de la luz. Testigo es el que testifica. Y cristiano, el que tiene el coraje de actuar en cristiano desde su libertad, y ser testigo de Jesús. Testigo de la Verdad. La sinceridad y actuación de vida lo avala. Juan fue testigo, nunca un suplantador.

Otro ejemplo fehaciente es el de san Pablo, el gran misionero de Jesús, y propagador del Evangelio por el que soportó lo indecible. Dice: *"No me envió Jesús a bautizar, sino a anunciar el Evangelio, y no con sabiduría de palabras, para no hacer ineficaz la cruz de Jesús"* (1Cor 1, 17). Y vaya que sí lo anunció. Y no le fue fácil. *"Esta es la Buena Noticia que yo predico, por la cual sufro y estoy encadenado como*

un malhechor. Pero la Palabra de Dios no está encadenada" (2Tim 2,8-9).

Las cosas dependen, en gran parte, de nosotros mismos; funcionan en la medida en que hacemos por que funcionen. La eficacia no depende de nosotros. Por lo cual, necesitamos dejarnos aconsejar, incluso ayudar, por la gente buena que nos rodea. En el caso citado de san Pablo, es Jesús quien lo guía. Jesús lo eligió, igual que eligió un grupo de discípulos, gente que no era ni mejor ni peor que los demás. Pero con ellos formó una comunidad de hermanos. Y a partir de ahí, el cristianismo fue creciendo a base comunidades. *"El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía, pues lo poseían todo en común"* (Hch 4, 32).

Sólo el egoísmo puede romper la comunidad. Es necesario un mínimo al menos, de sensibilidad para ver y respetar los valores y cualidades de los demás. También para aceptar nuestros pequeños o grandes errores. Sensibilidad y humildad van unidos. Lo importante es que cada quien sepamos ocupar el lugar que nos corresponde.

VENGO DE TIEMPOS PASADOS

Vengo de tiempos pasados, vengo a salto de generaciones,
vengo al compás del tan-tan que retumba
bajo la luz azul de la luna.
Vengo de pintar sueños fabulados en las márgenes del tiempo
con el color opaco de la noche.

Vengo de la nada y la existencia, vengo de almacenar experiencias

en la memoria apócrifa del viento.
Vengo como librepensador y estudiante, vengo de ser perseguido
por corazones consumidos en amoríos fugaces
de cenizas seculares.

Vengo de ser chamán rezador en cementerios clandestinos
donde reposan las cenizas de los inviernos fenecidos
antes de llegar la primavera.
Vengo de ser Poseidón en los mares tenebrosos
donde se hunden las pateras y mueren las ilusiones.

Vengo por ver sonreír a los niños que juegan entre las flores
al llegar la primavera, cuando pastan recentales
que retozan alegres por los montes y los valles.

12- AGUA ABUNDANTE

"Moisés alzó la mano y golpeó la roca
con la vara dos veces, y brotó agua tan abundante
que bebió toda la comunidad y las bestias"
(Núm 20, 11).

Desde cualquier punto de vista que se mire, qué importante es el agua. Es imprescindible. A todos los niveles. A nivel natural, desde luego. También a nivel sacramental. La Biblia tiene múltiples referencias al agua.

A propósito del agua, vaya por delante lo siguiente. Me encontraba de párroco en un pueblo de Costa sur de Guatemala. Pueblo indígena, de mayoría quiché. Eran las fiestas patronales. La gente alegre, y algunos más que alegres. Se habían pasado de agua (ardiente). La casa parroquial, adosada al templo, de una sola planta, da al parque, o plaza del pueblo. Me asomo a la puerta parroquial. Nada más verme, se acerca uno caminando en zigzag. Como era conocido, me dio lástima verlo borracho. Le digo:
-Ven, que te voy a despejar la borrachera.

Agarro un pozal lleno de agua y se lo vacío por la cabeza. El borrachito feliz. Pero en mala hora se me ocurrió la operación agua. Porque la escena la observaron otros borrachitos que, en menos que canta un gallo se presentan, se ponen en fila de a uno, muy ordenaditos:
-*"¡Padresito…, a mí también…!. ¡A mí también…!¡A mí también…!".*

Todos querían su pozalada de agua. Vale. No habían recibido su ración de agua ni media docena, cuando veo

que la fila que se había formado parecía la espera a las puertas de una gran superficie el primer día de rebajas.
-¡No queda más agua! ¡Se acabó el agua…!

Tuve que cortar por lo sano la caritativa obra de misericordia. Resultaba imposible dar abasto a tantos hombres colectivamente borrachos. Dicho lo cual, vamos a lo serio de la reflexión.

El agua aparece ya en el principio mismo de la Biblia. *"Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra era algo informe y vacío; las tinieblas cubrían el abismo, y el soplo de Dios aleteaba sobre las aguas"* (Gn 1, 1-2). El agua, elemento vital. La palabra *agua* aparece 582 veces en el Antiguo Testamento y unas 80 en el Nuevo. Agua, concepto físico. Pero podemos tomarla también en el aspecto metafórico. Qué refrescante y saludable resulta beber el agua limpia del Evangelio. Qué estimulante leerlo. Y es que, el Evangelio es la Carta de Dios a la Humanidad. Esa Carta contiene la gran Noticia para toda la Humanidad: se ha cumplido la promesa hecha por Dios a Abraham, Isaac y Jacob. Y antes a Adán y Eva.

Tras la caída del Hombre, Dios prometió enviarle un Redentor. *"El Señor dijo a la serpiente: 'Por haber hecho esto, maldita tú entre todo el ganado y todas las fieras del campo; te arrastrarás sobre el vientre y comerás polvo toda tu vida; pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza, cuando tú la hieras en el talón"* (Gn 3, 14-15).

La Promesa de enviar un Redentor se cumple cuando Dios envía al mundo a su Hijo unigénito, Jesús, el Jesús, nacido de Mujer, como puntualiza la carta a los gálatas (Gal 4,4). Con su muerte en cruz, y Resurrección,

Jesús expía el pecado de toda la Humanidad, sintetizado en el precioso relato catequético del Génesis.

A veces tardamos en descubrir la Fuente de agua limpia del Evangelio. Pero quien la descubre, será incapaz de apartarse de ella. *"El que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed"* (Jn 4, 14). Sólo Jesús puede saciar, y sacia, nuestra sed de eternidad.

Nadie, por renegado que sea, puede prescindir de Dios. Como no podemos prescindir del oxígeno que respiramos. Por más que nos obcequemos en negarlo, Dios está ahí. Y está como Padre que nos ama. Por lo mismo, entiende perfectamente nuestras rabietas y nuestra ignorancia. ¿Podrá salir agua de la roca?, podremos preguntarnos, como un día Moisés. ¡Vaya que sí! Y en persona, lo constató Moisés. Y hasta hijos de Abraham pueden surgir. *"Yo les digo que de estas piedras Dios puede hacer surgir hijos de Abraham"* (Mt 3,9).

Duro fue el peregrinar del Pueblo de Dios por el desierto. Tanto, que llegan a rebelarse contra Moisés. Tanto, que prefieren la esclavitud y las cebollas de Egipto, a la libertad en medio de un horrible desierto. Tanto, que se desean la muerte.

Qué abrasadora la sed. *"Faltó agua a la comunidad y se amotinaron contra Moisés y Aarón. El pueblo protestó contra Moisés diciendo: '¡Ojalá hubiéramos muerto como nuestros padres, delante del Señor! Por qué nos has traído a la comunidad del Señor a este desierto, para que muramos en él nosotros y nuestras bestias?'"* (Núm 20, 2-4). Pero Dios estaba allí, compañero de viaje, caminante en el mismo caminar de los hebreos. Dios estaba con su Pueblo, aunque el pueblo no se diera por enterado. Y Dios sació su sed.

"Moisés alzó la mano y golpeó la roca con la vara dos veces, y brotó agua tan abundante que bebió toda la comunidad y las bestias" (Núm 20, 11). Agua abundante. Todo un aviso a navegantes.

Para los creyentes, Jesús es la Roca. De esta Roca, como un día de aquella otra en el desierto, brota el Agua viva que salta hasta la Vida eterna.

TÚ SERÁS LA FUENTE

Préstame el azul del cielo y subamos a mi barca
para cruzar juntos los mares.
Dame el don de la palabra y yo escanciaré mi voz
para ensayar nuevos cantares .
Caminaremos descalzos, si quieres,
sobre el perfil del agua y la arena,
recitando poemas escritos con tu palabra.
Plantaremos huertos en la estepa
cuando broten fuentes de agua
a lo largo y ancho del desierto.
Tú serás la fuente
y yo el jardinero que siembre
de olivos y palmerales el huerto.

13- DIGAN LO QUE DIGAN

"Cada árbol se conoce por su fruto"
(Lc 6, 44).

Habíamos terminado un Cursillo de Cristiandad en la Casa del Peregrino, en Guatemala. Era el momento de la clausura. Unas dos mil personas abarrotaban el salón. Treinta y cinco los participantes. Según se iba invitando a los participantes a dar un breve testimonio de cómo se habían sentido en el Cursillo, se levanta un indígena de la etnia quiché, enjuto él, y dice:
-*"Yo nunca fui a la escuela. Mis tatas eran pobres, y yo tenía que ir a la milpa (maíz). No tengo estudios. Pero he venido al Cursillo y salgo diplomado en Jesús".*
Se hizo, primero, un silencio sobrecogedor. Luego, una ovación impresionante.

Confieso que se me hizo un nudo de emoción en la garganta. Nunca había visto tanta teología contenida en tan pocas palabras. Hay cosas que no se aprenden en la Facultad.

Somos lo que somos, independientemente de cómo se nos valore; de que nos quieran o dejen de querer. En pie quedará la pregunta que cada quien deberá hacerse: ¿Cómo, y, quién soy? Y en un abanico de respuestas posibles, la acertada será: *"Soy lo que soy, digan lo que digan".* Por mucho que queramos maquillar nuestra personalidad, siempre quedará en pie la sentencia del Evangelio: *"Cada árbol se conoce por su fruto"* (Lc 6, 44).

Estamos rodeados de estímulos. Estos nos impactan, actúan en nuestras decisiones. Pueden producirnos lo mismo alegría que tristeza, odio que amor.

Todo eso se expresa con una palabra: *afección*. Todo nos afecta, para bien o para mal. Si escuchamos el canto de un jilguero, la sensación será muy distinta a la producida por el estallido de un coche-bomba, por ejemplo. Una será placentera, la otra será de terror. Ocurre que el ser humano es como una esponja capaz de absorberlo todo, o casi todo.

Lo mismo ocurre con la tierra de nuestros campos. La tierra absorbe, lo mismo el oxígeno que el nitrógeno, el agua que los nitratos correspondientes. El campesino lo sabe perfectamente. Cuando se dispone a sembrar la tierra, sabe que no toda es igual. En la misma parcela habrá zonas más fértiles que otras. Necesita conocer a fondo la calidad de la misma. Porque aun siendo buena, pero no igual, habrá unas zonas mejores que otras. En consecuencia, la cosecha será diferente, dependiendo del terreno. La parábola evangélica lo certifica: *"Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó. Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta"* (Mt 13, 3-8).

Las diferencias son, pues, notables porque dependen de diversos factores. Ya lo decía el refrán antiguo: "No se pueden pedir peras al olmo". Y hasta en la mitología, donde aparece el Olimpo de los dioses, no todos eran iguales. Unos eran mejores que otros. Y algunos hasta malos.

El ser humano, en el Olimpo de su fantasía, puede construirse también sus propios *dioses*. Dioses de su conveniencia, donde caben sus instintos, sus conveniencias, sus egoísmos, sus pensamientos controlados, o sin control. Todo cabe. El resultado, como en la parábola del sembrador, es de esperar. Todo nos afecta: el ambiente en general y nuestra propia idiosincrasia. Con lo cual, el resultado de esa afección será positivo, unas veces; negativo otras. Esa situación, a su vez, creará en nosotros nuevos estados emocionales.

Así, es muy distinta la expresión emocional de un niño ante un juguete, que la de un adulto. Es muy distinto el miedo de un niño ante un peligro, que el de un adulto. Éste, en razón de su experiencia, puede tener más reflejos de control para solventar la situación que el niño.

Es muy interesante observar el diverso comportamiento de la gente ante una misma circunstancia. Lo recuerdo muy bien. Un rancho (pueblo) de México. Unos tres mil habitantes. La misión había resultado magnífica. Para la clausura, la misma gente sugirió que la tuviéramos en la explanada del cerro. Estupendo. Todos de acuerdo. Pero hubo más. Alguien sugirió que, como recuerdo permanente, pusiéramos una gran cruz de madera. Él mismo donaba la madera; muy buena por cierto, de mezquite, que aguanta la humedad y no se pudre. El entusiasmo y fervor de la gente, emocionante. Bien. Resulta que, para que no faltara detalle, alguien llevó una paloma, símbolo de paz. Al terminar la homilía, y previa explicación del simbolismo, la soltó. La paloma se elevó, dio una vuelta sobre la multitud, descendió y fue a posarse sobre el altar junto al cáliz y la patena. Hubo un ¡aaaahhh…!, de admiración flotando sobre el ambiente. Pero la paloma no se movió. En la mesa que hacía de altar,

permaneció quieta, sin molestar, hasta que acabó la misa. Sólo entonces, ella sola tomó la iniciativa y se echó a volar.

La gente, sobre todo las mujeres, decían que era un milagro. Los hombres se hacían lenguas del comportamiento de la paloma. Yo invité a todos a dar infinitas gracias a Tata Dios por la abundante bendición que supuso la misión para aquellas entrañables gentes a las que sigo recordando con inmenso cariño.

ACUARELA DE PIANOS

Acuarela de pianos
tiene la tierra
y luz musical las aves
para desgranar canciones
al vaivén de las flores
al llegar la primavera.

14- UN TRONO DE MADERA

"Tú apacentarás a mi pueblo Israel
y tú serás el jefe de Israel" (2Sm 5,2).

Nos puede suceder que nos quedemos en los títulos, más que con los títulos. Sobre todo si son nobiliarios. Y que no conozcamos al personaje en cuestión. Cuánta gente, sin duda, ha oído hablar de Jesús, en general, y como *Rey del Universo*, en particular. Cuánta gente que habrá visto, o habrá estado en cantidad de procesiones religiosas, sobre todo en Semana Santa. O que tienen devoción a tal o cual imagen de Jesús. Por ejemplo al *Jesús de la Buena Muerte*, o a *Nuestro Padre Jesús Nazareno* (lo de *Padre* aplicado a Jesús, teológicamente no se sostiene; porque *Padre* es el *Padre-Dios*; *Jesús* es el *Hijo*, y por supuesto, está el *Espíritu Santo*; es decir, la *Santísima Trinidad*). Pero en fin… Gente que habrá recibido los primeros sacramentos… Y de pronto se han estancado.

Me pregunto, con todo respeto, en voz alta: ¿Sabemos, en general, quién es Jesús? ¿Y en particular? Por ejemplo, algunos Cofrades, que me merecen todo respeto, que bajo el anonimato de un capuchón, cargan tal o cual *Paso* en Semana Santa. Ciertamente lo hacen con un sentido profundamente religioso. Puedo dar fe. Incluso pagan alegremente la cuota correspondiente para poder ser costaleros en tal o cual *Paso*. ¿Pero, saben quién es Jesús?

Puede ocurrirnos como en la escena que me tocó presenciar personalmente en cierta ciudad de Andalucía donde me tocó misionar. Era la primera semana, llamada de las Asambleas Familiares Cristianas, que se celebraban

por las casas. El párroco visitaba parte de las Asambleas, y el misionero el resto. Como el párroco, hombre bonachón donde los haya, era algo gordito, visita las que estaban en las calles llanas. Las que estaban en cuesta me las dejaba a mí. Bien, según estaba entrando en una de ellas, en ese momento la monitora hacía la pregunta: *"¿Quién es Jesús?".* Hubo un silencio prolongado. Al fin se lanzó al ruedo una señora, simpática ella y algo pasadita de kilos. Comenzó: *"Pues Jesús era… Era… ¡Ah, sí! Jesús era…, era un pagano. Un pagano que… se bautizó… Se bautizó y… se hizo cristiano. Se hizo cristiano y… ¡Y ya!".* Era todo lo que la buena mujer sabía de Jesús. Vale, menos es nada, pensé.

Como Dios me dio a entender, en el poco tiempo del que disponía, porque aún me quedaban más asambleas por visitar, hice un somero resumen de la vida de Jesús, a ver si de *pagano* lo pasábamos a *cristiano*. Que ya es decir. ¡Dios mío…! Creemos saber quién es Jesús. Pero no. Por aquello de que "del dicho al hecho va un gran trecho". Por suerte tenemos la Biblia, que nos ayuda a adentrarnos en la figura de Jesús.

A Jesús le aplicamos el título de *Rey del Universo*. Para entenderlo, acudimos a la Biblia. Comenzamos por el Antiguo Testamento, y nos encontramos con que *habló el Señor*. E hizo que David fuera ungido rey de Israel. Su reino se convirtió en santo y seña de todos los reinos de la tierra que se precien de serlo. En primer lugar, un Reino de paz y de justicia, símbolo del reinado que un día Dios iba a instaurar en la tierra.

A partir de ahí, los Profetas comenzaron a predecir la llegada de un descendiente de David, que realizaría el sueño de realizar un Reino de paz y justicia. Ese descendiente, por línea humana, es Jesús. *"Genealogía de*

Jesús, hijo de David, hijo de Abraham…" (Mt 1,1ss). Y san Mateo va trazando una cadena genealógica, hasta concluir: *"Jacob fue padre de José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, que es llamado Jesús"* (Mt 1,16).

Ahora bien, siendo la realeza una institución humana, y en la Biblia con connotación salvífica, la realeza en Jesús supera, y al mismo tiempo prescinde, todo reino terreno. *"Mi reino no es de este mundo"* (Jn 18,36). Jesús nunca fue rey, ni siquiera ministro de algún reino terreno. Para exaltar su figura e importancia, única en la historia, el título de rey que la Biblia le otorga no pasa de ser un simbolismo. Precioso, sí, pero simbolismo, por el que se trata de ensalzarlo, y con todo, se queda corto. Es mucho más acertado, y cercano a la realidad, cuando se le llama *"el Siervo de Yahveh"* (cf Is, 53 y muchos otros pasajes en el AT). Me quedo con el siguiente: *"Por su conocimiento, mi Servidor justificará a muchos y cargará con todas sus culpas. Por eso le daré en herencia muchedumbres y recibirá los premios de los vencedores. Se ha negado a sí mismo hasta la muerte, y ha sido contado entre los pecadores, cuando en realidad llevaba sobre sí los pecados de muchos, e intercedía por los pecadores"* (53,11b-12).

Constatado el hecho de que Jesús nunca tuvo reino alguno en este mundo, como él mismo dijo: *"Mi Reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi Reino, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; ahora, pues, mi Reino no es de aquí"* (Jn 18,36), hay que afirmar al mismo tiempo que es el único Rey de verdad. La carta a los filipenses se expresa así: *"Jesús, a pesar de su condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, pasando por uno de tantos. Y así, actuando como un hombre cualquiera, se rebajó hasta*

someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el "Nombre-sobre-todo-nombre"; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesús es Señor, para gloria de Dios Padre" (Flp 2,6-11). En definitiva, Jesús es Rey eterno.

Es enormemente hermoso también el pasaje de Colosenses: *"Damos gracias a Dios Padre, que nos ha hecho capaces de compartir la herencia del pueblo santo en la luz. ÉI nos ha sacado del dominio de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo querido, por cuya sangre hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. Él es imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas: celestes y terrestres, visibles e invisibles, tronos, dominaciones, principados, potestades: todo fue creado por él y para él. Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él. ÉI es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia. Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, y así es el primero en todo. Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud. Y por él quiso reconciliar consigo a todos los seres: los del cielo y los de la tierra, haciendo la paz por la sangre de su cruz"* (Col 1,12-20).

En Jesús está la plenitud de la Salvación. Su Reino es Eterno y Universal. Es el Reino de la Verdad, de la Vida, de la Santidad, de la Gracia, de la Justicia, del Amor, de la Paz. Lo que en David era un anhelo, y un simbolismo, referido expresamente a Jesús, en Jesús se hace realidad.

En definitiva: Jesús es Rey. Ahora bien, cabe la pregunta: ¿Cómo es su trono? Desde luego, no es de oro ni piedras preciosas. No tiene un dosel de terciopelo, ni adorno alguno. Su trono es de madera. Ni siquiera es apto

para sentarse. Consiste en dos palos cruzados. Uno vertical, para unirnos con Dios. El otro horizontal, para unirnos con la humanidad. Una cruz es su trono. Desde ese trono ejerce Jesús su señorío. Es en la cruz desde donde el *"siervo"* es *exaltado* a la gloria. Curiosamente, el letrero puesto sobre la cruz, con sarcástica ironía, se convierte para siempre en el DNI de Jesús, antes de exhalar el último suspiro, y antes de ser luego exaltado a la diestra del Padre tras la Resurrección.

DE LA ÚLTIMA VERDAD

Sin más compañía que el latir de mi conciencia
y el chasquido de la grava al pisarla mis sandalias,
he caminado la noche, tantas veces oscura, luminosa otras,
de mi vida, hasta sentir la tibia luz de la luna,
sobre las páginas manoseadas del tiempo, ya en huida.
Por mi honor y por mi hombría,
que he deshojado páginas enteras de mi vida
con la impunidad descarada con que se quitan
las hojas del calendario, o los pétalos gráciles de una rosa,
tratando de borrar el espacio cautivo que debieron ocupar,
por este orden, el amor, la fe, y la esperanza.
Sólo hallé egoísmo, soledad, amores fatuos, o no correspondidos,
y el remordimiento pertinaz como sequía,
por ausencia culpable del honor ocultado
a quien yo se lo debía.
He querido restañar con girones de mis lágrimas furtivas
las heridas que la vida me ha dejado,
pero el dolor en el costado de las dudas persistía.
Hasta que al fin, imputado y reo confeso,
en el banquillo de acusados me han sentado,
por escamotear la realidad;

y con mi ser maltrecho, a dar he venido
al recinto amurallado de la última verdad,
donde no hay ya escapatoria, y donde sólo Dios puede rasgar
la niebla que encarcela los sentidos,
hasta rendir, por fin, el último parte total de mi vida.

15- TRES TIENDAS SIN DUEÑO

"Señor, ¡qué bien estamos aquí!;
si quieres haré aquí tres tiendas: una para Ti,
otra para Moisés y otra para Elías"
(Mt 17, 4).

Hay momentos de ensoñación en la vida de cualquier persona. Pueden ser pequeños detalles, o grandes, que nos pueden hacer felices. El apóstol Pedro vivió uno de esos momentos de ensueño. Estaba como en una nube, nunca mejor dicho; no se sabe si más cerca del cielo o de la tierra. Tampoco él debió saberlo.

Pues bien, salvando la inconmensurable distancia, embelesado debió estar también aquel buen indígena, guatemalteco él. Me encontraba en la iglesia parroquial, sentado al armonio, tratando de aprender un cántico religioso que luego quería ensayar con los jóvenes. Siguiendo la partitura, la mano derecha iba tecleando las notas. Bien, sonaba bonito. A la mano izquierda la dejé que fuera por libre; como animando el cotarro, igual que cuando en un mitin político hay unos cuantos encargados de comenzar los aplausos que, de inmediato, todos jalean. Vi que el buen hombre seguía la música desde una banca, sin perder ripio. Me disponía a marcharme, cuando se acerca, me entrega una monedita de diez centavos de quetzal, y me dice:
-¡*Padresito*…, por favor, otra *piesesita* más…!

Grande fue mi sorpresa. La música salida de mi mano derecha, nota a nota, debía estar pasable. Pero la mano izquierda, la que iba por libre, no daba pie con bolo, o por mejor decir, acorde con acorde. Era para echar a

correr antes de que comenzara a llover. No pensó lo mismo el buen indígena.

Bien, estamos en el Monte Tabor. Jesús se transfigura a vista de los tres apóstoles predilectos, Pedro, Santiago y Juan. Fue un signo anticipado de la glorificación de Jesús, también de la nuestra, pues, como nos enseña San Pablo: *"El Espíritu da testimonio junto con nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y si somos hijos también herederos: herederos de Dios, coherederos de Jesús; con tal que padezcamos con Él, para ser con Él también glorificados"* (Rom 8, 16-17). Y añade: *"Estoy convencido de que los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros"* (Rom 8, 18).

Para llegar a la Resurrección Jesús tenía antes que pasar por el trago amargo de la muerte. Anuncio que poco a poco se lo iba dejando caer a los discípulos. Tenía que padecer a manos de los judíos y de los gentiles. Es decir, de la humanidad entera, a quien éstos, judíos y gentiles, representaban. A pasos agigantados se acercaba a la Pasión. Pero la muerte no es el final, sino la Resurrección. Quiere que esto lo entiendan bien sus apóstoles. Y se transfigura.

Esta visión produjo en los Apóstoles una felicidad incontenible. Fue como un éxtasis de gloria. Pedro la expresa su vivencia con estas palabras: *"Señor, ¡qué bien estamos aquí!; si quieres haré aquí tres tiendas: una para Ti, otra para Moisés y otra para Elías"* (Mt 17, 4). Tan contento estaba que ni siquiera pensó en sí mismo, o en sus compañeros Santiago y Juan que le acompañaban. San Marcos, que recoge la catequesis del mismo San Pedro, añade que no sabía lo que decía (Mc 9, 6). *"Todavía estaba*

hablando cuando una nube resplandeciente los cubrió con su sombra y una voz desde la nube dijo: Éste es mi Hijo, el Amado, en quien tengo mis complacencias: escuchadle" (Mt 17, 5).

La noble intención de Pedro, de construir las tres tiendas indica, en primer lugar, su buen corazón. En segundo lugar, su gozo y su desconcierto. Se sintió en el país de las maravillas. Flotando en una nube. Maravillado y feliz. Y también desconcertado. En esta eufórica onda estaba cuando, de pronto, la visión desaparece. Antes de reponerse de la impresión, tienen que descender del Tabor. Volver a la cotidianidad. Y es que, el cielo no se gana a base de éxtasis, ni ensoñaciones, sino de una vida normal, vivida a la luz de Dios.

El cristiano no es un ser para la muerte. Dios es Dios de Vida, no de muerte. Todos estamos destinados a ser felices eternamente con Dios. Lo que vale para todos, vale, con mayor motivo para los seguidores de Jesús. Él nos ha redimido con su muerte y resurrección. Con lo cual, en su resurrección hemos resucitado todos por el bautismo, sacramento de Resurrección y de Vida. *"Todos los que fuisteis bautizados en Jesús, de Jesús os habéis revestido"* (Gal 3,27). Es revestimiento de eternidad.

Pero al cielo no se va por atajos, sino por el mismo camino seguido por Jesús. Y hay una aduana, o peaje, por la que hay que pasar necesariamente. Así que el Señor invita a tres discípulos, que luego le acompañarían en su agonía, en Getsemaní, a subir a la cima del Tabor. Y fueron testigos de un hecho insólito. No vieron a Dios, pero sí pudieron intuir la Divinidad y contemplar la gloria que, tanto a él, como a sus seguidores, les esperaba. *"Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, y los llevó a un monte alto, y se*

transfiguró ante ellos, de modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la luz. En esto se le aparecieron Moisés y Elías hablando con Él" (Mt 17, 1-3).

Al bueno de Pedro, la Transfiguración, como a aquel buen indígena, la música, aquello debió saber a gloria.

LA MÚSICA MÁGICA DEL VIENTO

Yo me niego a encerrar mi pensamiento,
tanto si estoy despierto o estoy dormido,
en la tirana cárcel de un soneto
donde me siento preso y oprimido.

Quiero expresar por libre lo que siento
hasta entrever mis versos sacudidos
por la música mágica del viento
que otorga libertad a los sentidos.

Quiero deambular libre los jardines
donde hay rosas petunias y alegrías
y las enredaderas peinan crines

cuando la tarde entona melodías
a ritmo desmayado de violines
y hay suspiros silentes cada día.

16- LA GRATITUD ENNOBLECE

"¿No han quedado limpios los diez?;
los otros nueve, ¿dónde están?"
(Lc 17,17).

Confieso que hay momentos en la vida que te descolocan. Recuerdo aquel día. Una ciudad del norte de México. Misa de doce. Templo abarrotado. Momento de la comunión. Y una fila interminable de gente acercándose a comulgar. *"El Cuerpo de Jesús".* Y cada comulgante: *"Amén".* En ese momento es una joven mamá, con su bebé en brazos, la que se acerca. *"El Cuerpo de Jesús". "Amén",* respondió la buena mamá, con un semblante traslúcido de piedad. Comulgó. Y no se movió. Le hice seña de que regresara a su sitio, para no obstaculizar la fila. Con enorme ternura miró, primero a su bebé, luego me miró a mí. Y como suplicando, me dice: *"Al bebé también, es mi hijito…".*

Mi primer impulso fue tomarlo a broma y echarse a reír. No era el momento, había que guardar las formas y el respeto. Sí le sonreí. Volví a hacer el gesto de que se retirara a su lugar. El segundo impulso fue pensármelo más en serio. Comprendí que, en el gesto de esa mamá, había mucho más de lo que las apariencias indicaban. En el fondo, una gran lección. Con ella no iba ni la edad ni el conocimiento suficiente para hacer la Primera Comunión. Era su hijito. Y eso bastaba. Comprendía que su hijo tenía derecho más que suficiente para participar del mismo bien del que ella estaba participando. Noble sentimiento que la honra, pensé. Recordé que los ortodoxos dan la comunión a los bebés en el momento mismo de bautizarlos. No llegué a tanto, pero sigo sin aclararme si hice lo más correcto

guardando la ortodoxia católica, sin que sirva de precedentes.

Cuando la Carta a los Hebreos nos dice que Jesús es en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado, (*"Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado"* (Hebr. 4, 15) está diciendo exactamente lo que dice. O sea, que Jesús ha vivido nuestras debilidades, nuestras tentaciones, pero no nuestro pecado. Y, desde luego, ha tenido y experimentado los mismos sentimientos que nosotros. Siendo Dios se hizo Hombre como nosotros, con todas las consecuencias.

En esos sentimientos caben la frustración y la tristeza. A Jesús le duele la ingratitud de la gente. Hay un ejemplo muy claro al respecto. Es cuando en cierta ocasión le salen al encuentro diez leprosos, buscando la curación de su terrible enfermedad. Saben que no debían contravenir la ley que prohibía a los leprosos hacer vida social, o acercarse a los demás. Tenían que vivir en despoblado para no contagiar a los sanos. Lejos, por consiguiente, de la convivencia humana. Ser leproso significaba estar impuro física y religiosamente. Pero a Jesús no le importaba que se le acercaran. Todo lo contrario. Había venido al mundo expresamente a hacer el bien; y a eso se dedicaba: a hacer el bien, curando, animando, perdonando los pecados. Se compadecía de todos. Y ahora se le presentaba otra magnífica oportunidad de hacer el bien. De todos modos, ellos le gritan desde lejos: *"Jesús, maestro, ten compasión de nosotros..."* (Lc 17,13).

Por supuesto que tuvo compasión. No se entretuvieron mucho rato hablando. Les manda que vayan

y se presenten ante los sacerdotes. Con lo que les está diciendo que cumplan la ley, tal como ordena el libro del Levítico, en el capítulo 14. Los sacerdotes eran los responsables de comprobar la curación y, en tal caso, permitirles reintegrarse la comunidad y poder hacer vida normal.

Grande debió la sorpresa y la alegría que se llevaron al verse de pronto curados. Ni ellos mismos se lo podían creer. Me figuro que echaron a correr para llegar cuanto ante los sacerdotes y obtener el certificado de que estaban curados. Eran diez, pero de pronto uno de ellos se detiene, se queda atrás de sus compañeros, y antes de proseguir el camino, da media vuelta y regresa a donde se encuentra Jesús. Viene a dar las gracias a Jesús.

A buen seguro que se dieron un abrazo emocionado. Qué alegría la del leproso curado. Qué gozo el de Jesús viendo la felicidad de aquel hombre. Posiblemente las lágrimas de emoción surcarían el rostro de los dos. Pero en ese momento, mientras el hombre curado proseguía su camino hacia los sacerdotes, Jesús expresa en voz alta sus sentimientos. Frustración y tristeza. Jesús no busca su propia gloria, ni que lo ensalcen, pero quiere que las personas tengan un mínimo de educación y de gratitud. *"¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están?"* (Lc 17,17). Sólo uno volvió a darle las gracias. Y, para colmo, se trataba de un samaritano, considerado extranjero y despreciado por los judíos.

Al externar Jesús sus sentimientos, no sólo demuestra ser profundamente humano, sino al mismo tiempo darnos una lección: la gratitud va unida a la misericordia, a la ternura, y a la buena educación. Qué menos que decir ¡gracias! cuando alguien nos ha hecho un

bien. No es pedir nada a cambio. La buena educación nos acerca unos a otros. La educación y los buenos sentimientos van unidos. *La gratitud*, es una de las virtudes que ennoblecen al ser humano, porque es la actitud que brota del corazón noble, y en el caso, de quien se siente amado por Dios. A poco que lo pensemos, hay tanto, y a tantos que agradecer; tantas las personas que nos han hecho la vida más feliz. Comenzando por nuestros padres; el, o la, catequista; nuestros maestros, cuando éramos niños; nuestros profesores en la Facultad; aquel sacerdote que orientó nuestra vida joven hacia Jesús; el médico; y tantos otros... Ciertamente, la gratitud ennoblece.

DECIR GRACIAS

Decir gracias es caminar con pie seguro por la vida,
es abrir en la piel rugosa de un árbol una estría
y grabar un corazón reverberado con el nombre
de una mujer y un hombre.

Es abrir los balcones del alma a la brisa
y regar las macetas con el llanto añejado
en el lagar de un corazón alocado.

Es descubrir la recóndita fuente del bosque
que mana constante y pasa inadvertida
a la gente que camina sin rumbo por la vida.

Es dejar zarpar el barco con los juguetes rotos de la infancia
hasta que se hunda para siempre en un mar a la deriva.

Es escribir un poema nuevo en los trigales
y ponerle música antigua para que la canten
al volver de trillar los segadores.

Es decir en silencio, te quiero, mientras ponemos las manos
en los cuatro puntos cardinales
por donde se nos va sin sentir, poco a poco, la vida.

17- TRADICIÓN Y COSTUMBRES

"No sois vosotros los que me habéis elegido,
soy yo quien os he elegido y os he destinado
para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca"
(Jn 15, 16).

Dicen que el hombre es *animal de costumbres*. Entiendo al hombre como varón y mujer. La costumbre, como rutina, puede darnos algún que otro susto. Como aquel que me viene a la memoria.

Había terminado la misión en una lejana aldea de la querida República de Honduras. Estaba listo para dirigirme a la siguiente aldea que aún me quedaba por misionar. Un catequista, de estos que tanto bien han hecho, y siguen haciendo, como evangelizadores laicos, se prestó de mil amores para acompañarme. En un caballo él, en el otro yo, emprendimos la marcha. Varias horas de camino, conversación entretenida. Y el paisaje de ensueño. Llegó el momento de atravesar el río *Padre,* que así se llama. El caudal de agua sólo llegaba a la barriga del caballo. Por conocer bien el sitio por donde atravesar con seguridad, se adelantó el buen catequista. Siguiendo la estela del suyo, iba feliz mi caballo. En esto que, en mitad del río, a mi caballo le da por arrodillarse, o más. En realidad quería darse un buen chapuzón. No me fallaron los reflejos. Saqué los pies de los estribos, y alcé todo mi cuerpo, subiéndome encima del caballo, al tiempo que, tirando fuertemente de las riendas impedía que caballo y caballero fuéramos a parar al fondo del agua.

-¡Ay, *padresito!,* gritó el catequista. Que me olvidé de decirle que ese caballo tiene la costumbre de darse un chapuzón cada vez que pasamos por aquí…!

Está claro: no es sólo *el hombre* un animal de costumbres. Aunque en esa ocasión también al *padresito* le hubiera venido bien un buen chapuzón. Mira por dónde, en el río *Padre*.

Además de las costumbres, se necesita dinamismo. Una comunidad cristiana, es cristiana y tiene dinamismo cuando su centro es Jesús; cuando todo funciona en torno a él. Es la garantía de que está orientada hacia Dios. De lo contrario, podría ser un simple club social, cultural, etc., donde las cosas se mueven en razón de determinados intereses.

El dinamismo de una comunidad cristiana conlleva una responsabilidad propia que, por supuesto, no tiene por qué coincidir con la de un club social, ya que abarca más allá de lo meramente humano. Junto lo humano con lo divino, adquiriendo así la dimensión religiosa. La responsabilidad supone no dejarse arrastrar por el tráfago de los acontecimientos. De otro lado, la responsabilidad en cualquier comunidad cristiana se ejerce desde una libertad madura. El cristiano necesita dejarse invadir por la Gracia de Dios. Y estar así dotado de una vida fuertemente espiritual. La espiritualidad no es exclusiva del cristianismo. Pero es imprescindible en él. Marca la calidad de toda persona que se precie.

Cuando nos adentramos en la Historia sagrada, en los grandes hitos que señala la Biblia, y reflexionamos en ellos, fácilmente nos identificamos o al menos nos vemos reflejados, en muchos de ellos. No somos ajenos a la Historia sagrada, ni ella a nosotros. Y esto engloba a todos los seres humanos, aun cuando muchos puedan no ser conscientes de esto. Con mayor motivo a los cristianos. No

en vano la Biblia es revelación de Dios. Es ella un medio excelente, y necesario, para alimentar nuestra espiritualidad. Pero la espiritualidad tiene de base la humanidad, englobándola. *"Como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de compasión entrañable, bondad, humildad, mansedumbre, paciencia. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y, por encima de todo esto, el amor, que es el vínculo de la unidad perfecta"* (Col 3, 12-14).

Los humanos solemos actuar movidos por tradiciones y costumbres. Pero hay un matiz diferencial muy importante entre ambas. La tradición dice relación directa a la Historia y su rico bagaje. La costumbre, por el contrario, dice relación a la inercia, a la rutina, al dejarse llevar por la corriente. *Aquí se hace lo de siempre,* se oye decir. ¡Hombre!, pues alguna vez habrá que cambiar. Y cuanto antes mejor. Ya lo dice el refrán: *Camarón que se duerme se lo lleva la corriente*. Para que las cosas avancen, algo tendremos que poner de nuestra parte. Si yo quiero encender una bombilla pero no doy al *encendido* del interruptor seguiré a oscuras.

Cuántas veces, buscando caminos mejores de perfección, acudimos a medios que no pasan de ser medios humanos, como pueden ser las diversas terapias, etc. Pero la espiritualidad no se vende ni se compra en los supermercados, ni en los bufetes de los psicólogos. Es al Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, a quien hemos de acudir. Las cosas sobrenaturales sólo de Dios nos pueden venir. *"Si habéis resucitado con Jesús, buscad las cosas de arriba, donde está Jesús sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque*

habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Jesús en Dios" (Col 3,1-3).

Por tradición hemos recibido el mensaje de la Salvación. Pero la Tradición es dinamismo, impulso, avance. Puede ocurrir que echando mano de la Tradición, que nos viene de Dios por medio de la Palabra, la subdividamos en tradiciones menores, a las cuales, en principio, no habría por qué poner objeción, por aquello de *divide y vencerás*. El problema está en cambiar de marcha, o dejar de apretar el acelerador, o poner el freno, y ahí detenerse. Y a partir de ese momento convertirla en rutina o costumbre, pervirtiendo de este modo el espíritu que impulsa las cosas. Un ejemplo al canto, pueden ser ciertas devociones piadosas que, siendo buenas en principio, pueden encerrarnos en una rutina, con marchamo cristiano, pero que pueden quedar muy lejos del verdadero espíritu cristiano.

YO SÉ DE UNA FUENTE

Yo sé de una fuente de agua clara
que mana constante de noche y de día:
es la Palabra que salva
en el Dios que da la Vida.

18- AMOR Y CONVERSIÓN VAN JUNTOS

"Creedme: yo estoy en el Padre,
y el Padre en mí. Si no, creed a las obras"
(Jn 14, 11).

Hay veces en que la fe, como le pasa al oro, está envuelta en escoria. Y hay que, como al oro, pasarla por el crisol, purificarla. Viene esto a propósito de aquel 11 de julio que no me es fácil de olvidar. ¡Ay, aquel pueblito querido, cuyo nombre omitiré por respeto y por cariño, donde la gente era gótica, flaca, que gordos no los había, de mi Honduras imborrable!

Estaba anunciado, y la gente lo sabía con mucho tiempo de antelación, un eclipse total de sol. Los indígenas estaban medio asustados y muy preocupados. Superstición y miedo van a la par. Quizá se imaginaban alguna catástrofe. Por más que les estuve explicando, durante toda la misión, de que se trataba de un fenómeno totalmente normal, no se convencieron. ¡Poco poder de convicción debemos tener los curas!
-Dicen que empieza a las tres de la tarde. Hay que estar bien metidos en casa.
-Pues a esa hora, -les dije-, *yo estaré paseando por las calles.*
-Ni se le ocurra, padresito; mire que es muy peligroso…

Comenzó el eclipse. Dejó de brillar el sol. El ambiente se hizo plomizo. Y yo, cumpliendo mi palabra, ¡paseando por las calles! Bien a la vista. Que todos me vieran desde sus ventanas. El eclipse cesó, lógicamente, a la hora en que debía cesar. Yo seguía en la calle. La gente no salía de su asombro.
-¿No les dije que se trata de un fenómeno meteorológico natural?

Qué duda cabe que el miedo es un factor que incide en el comportamiento de las personas. Pero hay otros, y más importantes, ingredientes que entran a formar parte de la integración de la persona. Tanto de orden natural, como de orden moral, espiritual y sobrenatural o transcendente. Es decir, que no todo es naturaleza en el sentido habitual y propio de esta palabra. Hay cosas que están por encima de la naturaleza; que la transcienden, como es la Gracia de Dios y otros dones sobrenaturales.

La persona es verdaderamente persona cuando integra en ella tanto los valores de orden natural como sobrenatural. Rechazar la dimensión transcendente, sería negar lo mejor de sí misma. Venimos de Dios y a Dios volveremos. Mientras tanto, tenemos una tarea que realizar. Lo señala taxativamente la primera página del Génesis: *"Dijo Dios: 'Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra'. Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó"* (Gn 1,26-27).

El eje vertebral que da sentido a la persona es la santidad. Santidad no es lo mismo que ser, simplemente, buena persona. El mundo está lleno de buenas personas. Pero siguen las guerras, los odios, el instinto *thanático* o de muerte. Sin que apenas nadie de los *buenos* mueva un dedo. Hay mucha gente buena. Esconder la cabeza bajo la arena, como el avestruz, no soluciona nada. Y hay mucha gente mala. La santidad supera el hecho de ser simplemente buenos.

Ahora bien, en todo ser humano, por alejado que esté de Dios, hay siempre una chispa divina. La chispa del bien. El evangelista san Mateo pone en boca de Jesús unas

palabras preciosas tomadas del profeta Isaías: *"La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará, hasta llevar el derecho a la victoria; en su nombre esperarán las naciones"* (Mt 12, 20-21).

Un verdadero seguidor de Jesús contagia automáticamente su fe a los demás. El amor es difusivo. Y se es creíble si se es coherente. Jesús fue creíble, en su persona, en su vida, en su doctrina, en sus obras. Y la doctrina de su Evangelio es tan diáfana que han sido, y serán, millones y millones sus seguidores. Es Luz que ilumina nuestro sendero. *"Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida"* (Jn 8, 12).

Incluso para gente no creyente, Jesús es un ser excepcional, atrayente, convincente. Un icono referencial. Cuanto más para los creyentes. La vida sin Jesús no sería igual. Y desde luego, el día que la humanidad se tome en serio a Jesús, el mundo cambiará. Él nos ha dado la clave para cambiar el mundo: el amor. *"Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros. En esto conocerán que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros"* (Jn 13, 34-35).

El amor comienza por uno mismo. No se trata de autocomplacencia. Sino de convertirse. De dar la vuelta al calcetín; que quede limpio por fuera y por dentro. La conversión es labor de todos los días. Amor y conversión van juntos. Es sabido que, si una tecla desafina, desafina a las demás. Pasa lo mismo en una coral, si alguien desafina, puede arrastrar y desafinar a los demás. Y aquello se convierte en un desastre. Por el contrario, una voz bien timbrada hace vibrar al unísono a todo el conjunto, y el resultado es espectacular. Aquí, quien lleva la voz cantante

es Jesús: *"Creedme: yo estoy en el Padre, y el Padre en mí. Si no, creed a las obras"* (Jn 14, 11). Las obras lo acreditan.

Un día, Juan el Bautista, que estaba en la cárcel, se entera de los milagros que hace Jesús, y manda a dos de sus discípulos a preguntarle: "*¿Eres Tú el que ha de venir, o esperaremos a otro?*" (Mt 11, 3). ¿Le habrían entrado dudas al Bautista acerca de la identidad de Jesús? ¿Lo hizo para sacar de dudas a sus propios discípulos? Todo es posible. Jesús no les dice: sí, soy yo el Mesías. Se remite simplemente a las obras que todos pueden ver y constatar: *"Decidle a Juan: Los ciegos ven, los paralíticos caminan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos resucitan y la Buena Nueva es anunciada a los pobres"* (Mt 11, 4-6). Sólo Dios puede hacer milagros. Jesús los hace. Luego, saquen la conclusión. Jesús no vino a imponer un nuevo orden desde afuera sino desde adentro; es decir, desde cada corazón que le recibe. El reino de Dios está en cada corazón que responde con fe.

LEÑOS ENCENDIDOS

¡Cuántos veranos pasados, cuántos otoños venteados
y cuántos sueños florecidos en mazorcas de luz ámbar
encendida en los maizales de los campos de la vida!

Llegado el gélido invierno, los árboles a sacudir se pusieron
los copos de nieve prendidos como lágrimas blancas
de las ramas heladas en los campos de la vida.

A recoger la yesca enredada en los álamos blancos del río
me puse, para encender con ella la hoguera
y firmar un laberinto en aquelarre de humo suspendido

para ensayar la danza ritual del fuego en los campos de la vida.

Dormida en el rescoldo una brasa quedó encendida,
testigo de aquella hoguera, camuflada en la ceniza,
para que al llegar la primavera el sol volviera a danzar
la danza ancestral de los siglos en los campos de la vida.

19- GRACIAS A DIOS POR LA VIDA

"Yo he venido para que tengan vida,
y para que la tengan en abundancia"
(Jn 10,10).

Me acompañaba un matrimonio amigo. O por mejor decir, yo los acompañaba a ellos. Tenían ganas de visitar a un ermitaño con el que mantenían muy buena amistad. Tierras de Valencia. Me invitaron y fui con ellos. Nos vio de lejos. Nos acogió con gozo jubiloso. Paisaje agreste y soberbio el del contorno. Yo iba de paisano. Nada más verme, exclama:
-¡¡¡Uyyy!!! Tú eres cura.
-¡Vaya! Tiene usted ojo clínico. Sí, soy cura. Soy misionero.

Su voz era cálida. Vestía un sayal de fraile. No lo era. Ni era fraile, ni era cura. Se había hecho ermitaño.
-¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?, le pregunté.
-Treinta años. Y tengo sesenta de edad.
-¡Vaya!, media vida.

Desde la rocosa cima donde vive en una sencilla y humilde casita, el paisaje es magnífico. Hay en el ambiente sabor a pino y a monte.
-¿No le oprime esta soledad?
-¿Soledad? No estoy solo. Dios está conmigo. Aquí he encontrado la paz interior. Una paz total. Soy feliz.
-Lo creo.

Seguimos hablando. Me comentó que había hecho del trabajo oración.
-Esta es mi vocación. Sin vocación no aguantaría aquí ni cinco minutos. Soy feliz. Amo la vida. Y no estoy solo. El

obispo me autorizó a tener en la capilla el Santísimo. Los dos nos hacemos compañía.

Disfruté enormemente esa tarde, al poder dialogar con un hombre que irradiaba felicidad. Un hombre que amaba la vida.

Ni todos tienen vocación de ermitaños para vivir en soledad. Ni todos tienen la capacidad suficiente para amar la vida desde una intensa vida espiritual. Ni todos saben encontrar la felicidad.

Vivimos un mundo de contrarios. Mientras mucha gente se desentiende y descuida el mundo de lo espiritual y sobrenatural, hay otro sector más interesado cada día en conocer la teología, la espiritualidad. Y sobre todo, el evangelio. Ahí está la verdadera fuente donde abrevar y saciar la sed de una fe que nos lleve a Dios.

Vivir, puede parecernos la cosa más natural del mundo. Nada más lejos de la realidad. Vivimos, y casi ni cuenta nos damos, de que existimos, de que vivimos. Vivir, nos puede parecer algo totalmente normal. Pero no lo es. El hecho mismo de haber nacido, comienza por ser una lotería. Estamos ante el *ser o no ser* shakesperiano. Lo mismo que somos y existimos, podíamos no ser. Y no por no haber sido programados para la existencia. Porque podíamos no ser, debiendo ser. Hoy el aborto criminal mata cada año a miles de personas en gestación.

Somos afortunados de haber nacido. Nadie nos abortó. Gracias a Dios. Seguramente, porque había más respeto a Dios y a la vida. Y un mayor sentido de la dignidad de la persona. La vida es un don de Dios. Vivimos. Disfrutamos del don más maravilloso que Dios nos ha

concedido: Vivir. *"Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia"* (Jn 10,10). Eso dijo el Señor. Y sin duda que no se refería sólo a la vida espiritual y sobrenatural, que también; Jesús amaba la vida en todos sus niveles.

Añadiré algo más. Una vez venidos al mundo, necesitamos del alimento para seguir viviendo. Pues bien, lo mismo que alimentamos el cuerpo, necesitamos alimentar el alma. Somos cuerpo y alma, materia y espíritu. Hay que cultivar el cuerpo, y hay que cultivar la mente. Una mente no alimentada, no crece, se atrofia.

Los libros son un medio muy eficaz para ir nutriendo la mente con la riqueza cultural acumulada en el devenir de la humanidad. Y con los libros, la música, la poesía, la ciencia, las artes en general.

Por último, el alimento imprescindible para una persona que quiera cultivarse humana, espiritual, y éticamente, es la oración. La frase de san Pablo podemos ampliarla a todos los niveles: *"Enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria"* (1Cor 2, 7). La oración es el punto ecualizador de la persona. Y esto es válido siempre y para toda vida espiritual, no importa qué religión se profese. Pero la verdadera salvación viene por la fe en Jesús, que es quien nos ha enseñado a vivir con dignidad, como personas, en la *Casa común*, que le gusta decir al papa Francisco.

POR QUÉ

Por qué tan de repente se nos va la vida
si aún no ha fermentado el vino de aquel amor primero
en el lagar de la viña.

Por qué retoña invisible el silencio
si aún no nació la palabra para decirte mi postrer te quiero.

Por qué se nos va el alma, tan pronto, por los raíles del tiempo
si aún mis ojos no han sorbido el temblor del paisaje por entero.
Por qué.

20- HABÍA POCO Y AÚN SOBRÓ

"Todos comieron hasta saciarse,
y con lo que sobró se llenaron doce canastas"
(Lc 9,17).

Entré a tomar un vino. Si no era el único bar del pueblo, poco faltaba. *Pueblito chiquito y bonito...* Nada que ver con la canción. Tierras de Extremadura. No fue tanto por tomar el vino, cuanto por hablar con la gente. Es bueno que el misionero se haga presente allá donde está la gente. Y el bar es lugar seguro.

Los que aún no habían acudido a la misión sabían de sobra que había un misionero en el pueblo.
-Así que es usted el misionero…
-Pues…, me parece que sí.
-No; es que…, como ahora los curas van de paisano…
-Pues usted sí que me ha conocido.

Fue el comienzo. Por supuesto, no me dejaron pagar el vino. Tampoco aceptaron que yo los invitara. Estaban en su tierra y se sentían anfitriones de verdad. Acepté, encantado, un vasito. Sólo un vasito de vino. Que tengo que predicar…, les dije. Y brindamos por el pueblo y por la misión. Contiguo al local de la barra había un saloncito con bastantes sillas. Me dijeron si hacía el favor de pasar a charlar un rato con ellos. ¡Hombre!, yo encantado. Sin tener que etiquetar de *sermón de misión* aquella tertulia, resultó sorpresiva y entrañable. Partiendo del vino, nos fuimos al Evangelio, donde hay un Vino transcendente. Y al pan y los peces. -Sí, amigos, sí. *"Todos comieron hasta saciarse, y con lo que sobró se llenaron doce canastas"* (Lc 9,17).

Difícilmente el misionero puede olvidar encuentro como aquel. No estaba programado. Y resultó ser un acto de misión, impensado, pero que ya quisiéramos verlo también dentro de la iglesia. Esto fue hace años. Hoy el papa Francisco habla de las *periferias*. Ir a las periferias. Pero las periferias no están lejos.

No fue esa la única sorpresa. Resulta que el dueño del establecimiento soltó, con toda naturalidad, que por la noche al cerrar, él y su esposa, allí mismo, rezaban el rosario. No me extrañó. No en balde los extremeños son, en su mayoría, gente creyente, aguerrida y valiente. Ellos fueron en gran parte los que conquistaron el *Nuevo Mundo*, y los que, entre otras cosas, llevaron la fe cristiana a aquellas tierras, para ellos desconocidas.

Cuántas cosas se le vienen a la cabeza al misionero. *"El Redentor del hombre, Jesús, es el centro del cosmos y de la historia"* (Redemptor hominis, Juan Pablo II). Redentor y centro de la Historia van unidos. A pesar, o quizá por eso, de que *"El hombre es un misterio de grandeza sublime y de profunda iniquidad",* como dijo el Vaticano II en la Gaudium et Spes.

Esto es lo maravilloso. Estamos salvados en Jesús, porque Dios pasa a nuestro lado, ha entrado en nuestra historia. Y se ha quedado con nosotros. Nos dijo: *"He venido a anunciar la Buena Nueva a los pobres…"* (Lc 4,16). Y te los encuentras en las calles de nuestra cotidianidad. Y en los bares. Porque la gente buena abunda más de lo que nos imaginamos.

Quizá nos haga falta educar un poco más la sensibilidad. Y el sentido de percepción. El Evangelio se hace eco de esta percepción: *"Le seguía mucha gente,*

porque veía los signos que hacía con los enfermos" (Jn 6,2). Les decía: *"está cerca el Reino de Dios"* (Lc 10,9). Y les da a comer su propio Cuerpo en comunión eucarística: *"Este pan es mi cuerpo entregado. Tomad y comed todos de él"* (ver Mt 26,26). Pero antes, en el llamado milagro de la multiplicación de los panes y los peces, hace que el milagro se realice gracias a la sensibilidad de alguien que fue capaz de desprenderse de los poco que tenía, y lo puso al servicio de los demás. Esto movió la sensibilidad de los demás. Y todos comieron. Y se saciaron. Qué *resonancia* tuvo ese gesto.

Jesús es el Pan de vida, que se multiplica y entrega abundantemente. Hoy nuestra resonancia tiene que ser: También nosotros tenemos que ser pan que se da a los demás. El día que el mundo, sus gobiernos, cambien el chip y en vez de acaparar den, estaremos ante un nuevo milagro de la multiplicación de los panes y los peces, donde había poco y aún sobró.

DEJADME PINTAR LA NOCHE

Dejadme pintar la noche con el azul de mis sueños;
dejadme grabar en el cielo un corazón universal,
tan grande y desnudo, que huela a libertad,
a viento y lluvia, a madreselva, y manzana,
y a tierra recién mojada.

Dejadme pintar la noche con los colores del alba
para bordar de esperanza la inocencia de los niños
y calmarles el hambre que a diario padecen.

Dejadme pintar la noche con los celajes que guardan
la sonrisa de la luna y el latir de los luceros
cuando cesan los misiles en el cielo.

Dejadme pintar los días con el color mágico de la vida
y colguemos de los árboles laúdes
entonando cantos de paz y armonía
hasta que reine la paz en la Tierra.

21- POR LA FUENTE AL RÍO

"Bendita tú entre las mujeres
y bendito el fruto de tu vientre"
(Lc 1, 42).

Mujer de recia personalidad, genio vivo, y anclada en sus inamovibles ideas, resultaba complicado mantener una conversación con ella si te salías de su camino. No dejaba otras alternativas más que las que ella marcaba. Esta era doña *Gen*. Que así era como se la conocía en el pueblo: *Doña Gen*.

Más antes, decía la gente, la llamaban *doña Geno*, por ser su verdadero nombre Genoveva. Pero según pasaban los años fue adelgazando, a la par que su nombre. Ama de llaves del cura, su semáforo mental estaba siempre en rojo, nunca cambiaba al verde. Con lo cual estaba inamovible, fija en la acera de sus ideas. Por lo demás, tenía un corazón de oro.
-A mí mis padres me educaron más derecha que una vela.
-Doña Gen, es que había buen candelero. Ya ve, ahora cambiaron a la cera líquida.
-Si siempre lo vengo diciendo yo, que los tiempos han cambiado. Que se lo digo yo, padre. ¡Mire cómo está la juventud! ¡A dónde vamos a ir a parar!
-¡Hombre…! Como no nos hagamos astronautas para ir a la luna... ¡Ahora, al purgatorio…, téngalo por seguro que sí iremos! Pero al infierno, ¡eso sí que no! Se lo garantizo. Cuando Jesús vino al mundo quedó clausurado por falta de clientes. Se lo digo yo, dona Gen, se lo digo yo.
-¡Padre, no diga eso, que me escandaliza!
-Lo dicho, doña Gen. Dígame, ¿no vino Jesús a salvarnos? ¡A salvarnos, doña Gen! Que yo no niego que haya infierno. Le

digo que Jesús vino a salvarnos. A todos. Sí, a todos. Incluida la juventud.

Como tuve que tratar con ella a diario, porque me hospedaba en la casa del señor cura, le hacía bromas y, mal que bien, aguantaba las bromas y a mí. Porque, lo dicho, tenía un corazón de oro, por más que el reloj de su evolución religiosa se había quedado sin pilas desde hacía tiempo. No me desprendí de la Biblia por nada. De este modo, procuré que nuestras conversaciones fueran más allá de las diarias lamentaciones del profeta Jeremías actualizado.
-Doña Gen, qué bonita es la fuente que tienen en la plaza del pueblo. Me gusta.
-Sí, ¿verdad? Por cierto, ¿sabe usted que hace dos años estuvimos en Tierra Santa? Supongo que usted también habrá estado. Pues en Nazaret también hay una fuente. La llaman la fuente de la Virgen.
-Sí, doña Gen. He estado en Tierra Santa.

De este modo, y según ella daba pie, y oportunidad, yo entraba al trapo. La Virgen María. Nazaret, de entrañables recuerdos. Qué idílicos, y también líricos, nos volvemos a veces. Muchas veces lo pienso. Entre un aleteo de ángeles nos subimos al quinto cielo. Ángeles en Nazaret, ángeles en Belén. Vamos…, una perenne navidad. Pero la realidad debió de ser bastante diferente. Más dura; menos poética. ¿Que, María respondió con un Sí total y rotundo a Dios? Está claro. Y por ese Sí, el Verbo se hizo Hombre. *"Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor"* (Lc 2, 11).

Fue total la disponibilidad de María, en cuanto comprendió lo que Dios le pedía. Sin duda, debió tener sus dudas. No para responder, o porque dudara de Dios. Sino

porque no entendía. Y porque no entendía, pide aclaración: *"¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?"* (Lc 1,34). Y naturalmente, el ángel le aclara: *"El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios"* (Lc 1,35).

Entrañable a más no poder tuvo que ser el encuentro con Isabel. Lágrimas a raudales en ambas mujeres. Lágrimas de emoción, de alegría, de sentimientos encontrados, de gratitud. Y entre lágrimas alegres, Isabel exclama: *"Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre"* (Lc 1, 42).

Previo al encuentro, estuvo el camino que debió recorrer hasta llegar a Ain Karen. ¿Fue sola? ¿La acompañó José? El Evangelio no dice nada al respecto. ¿Se había enterado para entonces el bueno de José de que lo sucedido en su novia María, era designio de Dios? Cualquiera haya sido el momento de conocer la realidad, ha tenido que saltar de gozo y alegría. Iba a ser el hombre más afortunado de la Historia: hacer las veces de padre del Hijo de Dios.

Qué fácil se nos puede antojar ahora que María haya dicho Sí a Dios. Su hijo Jesús *"es el Señor"*, dirá más tarde san Pablo (Rm 4, 24). *"Es el Mesías"* (Mt 16, 20). *"Jesús es el Hijo de Dios"* (Mt 16, 16 etc.) Es decir, filiación divina. Ser Hijo es ser como el Padre. A ella, por el contrario, se le complicaban cada día más las cosas: Huida a Egipto; episodio de Templo, cuando el niño tenía doce años, que tanto ella como José no entendieron. La marcha de casa para lanzarse a predicar el Evangelio. Duro para una madre ver marchar a su hijo. ¿Y cuando llega el momento de pensar la familia que estaba fuera de sí?

"Cuando sus parientes se enteraron, salieron para llevárselo, porque decían: es un exaltado" (Mc 3,21). ¿Y, cuando por último, lo condenan a muerte en un juicio sumarísimo? Si es que se pueda llamar juicio donde, por no haber, ni un abogado de oficio hubo. Y de ahí al patíbulo de la cruz.

Me pregunto: ¿Soy capaz de decir "sí" todos los días, de forma que, a través de mí Dios pueda nacer en cada corazón?

María dijo Sí. Y siendo ella la fuente de donde brotó el Agua de la Vida, su Hijo es el manantial impetuoso que nos arrastra hasta la Vida eterna.

MARÍA VA A BUSCAR AGUA

María va a buscar agua hasta la fuente del pueblo.
Lleva al hombro el cantarillo y a Jesús niño en su pecho.
Quién fuera el sol y alumbrar hasta la fuente el sendero
por donde va el cantarillo junto al Niño Nazareno.
Me llenaría de luz junto al agua de la fuente
y al Niño yo le diría arrástrame en tu corriente.

22- AL TROTE POR LA PRADERA

"Abba" (Padre)
(Rm 8, 15),

Veinte jinetes al trote, veinte; y un caballo de reserva. Así venían, así llegaron. Y así nos fuimos, El caballo de reserva tuvo también su jinete: el misionero. Al trote, y al filo de la media tarde por tierras salvadoreñas.

Eran veinte jóvenes. Veinte, que no olvidaré. Hasta el misionero estaba en plena juventud en aquel entonces. Vinieron a buscarme porque por la tarde-noche de ese mismo día estaba programado el comienzo de la misión en su cantón (pueblo). Si al trote ardiente de la juventud vinieron, al trote y sudando nos fuimos. No sé quién disfrutó más, si ellos o yo. En América, los misioneros estamos acostumbrados al desplazamiento a caballo.

Pero la escena de los jinetes, que bien podía emular a las películas del Oeste norteamericano, no termina aquí. Cambia el decorado. Suite de cinco estrellas: la humilde sacristía de la iglesia del cantón. Una mesita, una silla, y un camastro de lona, llamado de tijera. Hora de la cena. Había apetito, que la tarde había sido ajetreada. Llega con su azafate, la señora encargada de llevar la alimentación al misionero. Parsimoniosamente, toma del azafate un platito muy pequeño, con un poco de sal. Vuelve a tomar otro platito del mismo tamaño, con un huevo duro. Se coloca a un lado de la mesa, quietas las manos, inmóvil el azafate. Silencio en el ambiente. A la expectativa el misionero. Viendo que nada se movía en la escena…
-Señora, y… ¿no me va a arrimar una tortillita (tortas de maíz) para acompañar al huevo?

-Padresito…, es que…, si come mucho no va a poder predicar.
-Ah…! ¡Vaya…!

No recuerdo que de niño me mandaran alguna vez sin cenar a la cama, si me había portado mal. Pero me acordé de los niños de Biafra que, por aquel entonces, también pasaban hambre. Y de tantos otros países.

En el sermón les había hablado de nuestro buen Padre Dios, al que los primeros cristianos, conservando el original arameo, y tal como lo hacía Jesús, le decían *"Abba"* (Padre) (Rm 8, 15), yo también, al acostarme, lo invoqué con el tierno nombre de: *¡Abba!* Y me dormí tan ricamente.

Sólo desde el amor, y con amor, se puede llamar a Dios con el dulce nombre de Padre *¡Abba!* Así lo hacía Jesús. Y sólo el Amor de Jesús nos lleva a la Salvación. Jesús es el modelo de Amor que ama: *"Los amó hasta el extremo"* (Jn 13,1). Amor que ama. No es una redundancia. Es la relación Padre-Hijo, relación de amor. Hablamos mucho de amor. Pero nuestro amor se nos queda pequeño. Más pequeño que el traje de la Primera Comunión. Pero es necesario hablar del amor cristiano. Es necesario porque aquí es donde nos jugamos nuestra identidad. *"Dios es amor".* (1Jn 4,8) *"Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su único Hijo"* (Jn 3,16). No se es cristiano por el simple hecho de pertenecer a la religión cristiana.

Nuestro amor, siguiendo a Jesús necesita ser un amor universal, sin fronteras. Un amor samaritano, como el de la parábola que presenta san Lucas (Lc 10, 29-38). Y

además, compasivo, que no espere recompensas. Si hay algo que nos hace verdaderamente libres es *el amor. Nunca se es más libre que cuando se ama.*

QUIERO HABLARTE, MI DIOS

Hoy quiero hablarte, mi Dios, con el lenguaje áspero y pobre,
de mi voz balbuciente, insegura y humana;
aunque tú me respondas con el eco sonoro de tu silencio
intrigante, abrumador.
Te hablo, mi Dios, desde la desafinada afonía de mi alma,
de indigencia manifiesta, y en amor tantas veces claudicada,
ya lo ves; y a pesar de todo me respondes, abriendo en arco
el abanico espléndido, fascinante, de tu excelsa Creación.

Quiero hablarte, Dios mío, con la tibia ingenuidad de la
inocencia,
como cuando era niño y a tu universo me asomaba
al salir el sol cada mañana.

Tú conmigo jugabas, te escondías, y de pronto aparecías,
entre las nubes del cielo como el padre cariñoso, cercano y
tranquilo,
que juega a ser niño con su niño pequeño cuando a andar
apenas comienza, y correr quiere y se trastabilla
hasta caer sonriente en los brazos de su padre que lo adora.

Tú conmigo jugabas, y jugando sigues, mi Dios, conmigo
a ser Padre, aunque yo dejé de ser niño, lo sé,
pero tú vives dentro, muy dentro, de mí.

23- VOCACIÓN POR DERRIBO

"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"
(Hch 9,4).

Hoy día, Siria está rota por todas las esquinas. Los señores de la guerra la masacran a estajo. Conoció tiempos mejores, y una mejor historia y cultura. La misma que la guerra no puede dar. Fue camino de su capital, Damasco, donde se produjo la más sorprendente y hermosa vocación del cristianismo. Vocación por derribo. A los hechos me remito.

Iba Saulo de Tarso hacia Damasco para traerse presos a los cristianos (ver Hechos 9). Y eso que apenas estaba naciendo el cristianismo. ¿Qué tendrá el cristianismo que a tanta gente molesta? Respuesta fácil: ser conciencia viva y acusadora de todos los perseguidores de Jesús. Saulo fue uno de ellos. *"Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"* (Hch 9,4). Era el mismo Jesús quien se lo preguntaba. Su voz sonaba acusadora y amiga al mismo tiempo. Y Saulo, caído en tierra, pregunta: *"¿Quién eres tú, Señor?"* (Hch 9,5). Y la respuesta al canto: *"Yo soy Jesús, a quien tú persigues"* (Hch 9,5). Y de ser perseguidor, Saulo se convierte en el gran apóstol de Jesús. Su vocación, vale la pena reiterar, fue por derribo.

Salvando la enorme distancia de tiempo y dignidad personal, estoy seguro que Saulo, desde entonces y para siempre Pablo, me permitirá la anécdota siguiente. Tierras de Michoacán. Habíamos pasado el domingo intermedio de la misión en el campo, según la feliz costumbre de entonces, la gran mayoría de gente y el misionero. Misa en el campo, juegos con los niños y mayores. Comida compartida. Alegría y gran fraternidad. Volvíamos ya al

rancho (pueblo) en amigable camaradería. Un grupo grande a la par del misionero, en jocosa charla. Como habíamos comentado en la Eucaristía el tema de Saulo de Tarso, se me ocurrió contar ahora mi personal *conversión*.
-A lo san Pablo…, les dije.
-Cuente, cuente…
-Pues nada; que siendo niño estábamos un día en el campo. Yo iba montado en un burrito, cuando a una monjita de la familia se le ocurre arrear al pobre burrito. Entonces el pobre animal se asustó, dio un respingo, y yo aterricé en el suelo. Y ya ven, aquí estoy, de misionero. O sea, mi vocación fue también por derribo.

Pues resulta que una de las dos monjitas que me acompañaban en aquella misión, se acercó para oír y saber por qué la gente se reía tanto. Dio la casualidad que a mi izquierda iba un niño montado en su burrito. No era *Platero*, ni peludo ni suave. En esto, se me ocurre, casi distraídamente, tocarle una oreja. Lejos de agradecer la caricia, soltó una ligera coz el muy, ni peludo ni suave, équido, que dio con la monjita en la cuneta del camino. Menos mal que el incidente no tuvo consecuencias. Pasado el susto:
-¿Ven como sí que hay vocaciones por derribo? Esta es la tercera.

Habíamos pasado un día de misión muy felices en el campo. Niños, jóvenes y adultos, habíamos disfrutado de lo lindo. La verdad, pensé, todos buscamos la felicidad. Con qué poco se puede alcanzar. Pero no faltan los que se erigen como oferentes de falsa felicidad. De quiméricos sueños imposibles. Pero la triste realidad, son los caminos trillados que conducen a la destrucción, a la violencia y explotación de las personas. La insatisfacción personal se quiere paliar a base de consumo, droga y placer.

Cuesta creer que gente, que desde sus distintas religiones rezan a Dios, o eso parece, no tengan inconveniente en hacer la guerra. Mientras el evangelio no impregne el tejido social de nuestro mundo, el ser humano buscará antes sus propios intereses que los de Dios.

Dos caminos recorrió Saulo de Tarso. Equivocado el primero, camino de muerte el de Damasco. Acertado el segundo cuando, una vez convertido, recorrió todo el Imperio romano llevando el mensaje del Evangelio. Mensaje de dignidad, de perdón, de solidaridad entre las diversas y abundantes culturas.

Sólo Jesús, el mismo que dijo: *"Yo soy el camino, la verdad y la vida"* (Jn 14,6), es el que nos puede salvar. Sólo él. Benedicto XVI tiene escrito: "A partir de Jesús creo vislumbrar lo que es Dios y lo que es el hombre. Dios es tal como él se ha expresado en Jesús. Dios no es sólo distancia infinita, sino también cercanía infinita. Se puede tener confianza en él y le podemos hablar: él ve, oye y ama. Aunque él no es tiempo, sin embargo tiene tiempo incluso para mí".

MI POEMA ES LA VIDA

Mi poema es la vida, amasada de tierra, geografía labrada
por el tiempo y los días,
donde sólo Dios podrá perdonar mi indigencia.

Admiro del árbol su vegetal canción
en el pentagrama verde del boscoso paisaje
embrujado por recóndita fuente
que cautiva y refresca su armónico ser.

Solidario me siento de todas las estrellas
viajeras por el mar infinito de galaxias insondables
donde guardo invernados los sueños de hoy y de ayer.

Hombre me veo, de divina hechura revestido,
calzado apenas con sandalias ligeras para caminar mi fe,
y sin embargo, mendigo a destajo soy por otear
los oropeles fatuos de efímera felicidad.

Mis raíces ancestrales arden en el mismo crepitar del fuego
donde se quema la savia genésica del árbol de mi ser
que asciende como incienso al cielo del atardecer.

Soy libertad en mar abierta, gaviota que vuela y planea
entre la sal y la arena, por caminos nublados del amanecer
hasta plantar mi tienda bajo un firmamento de estrellas.

He soñado columpiar mi fantasía en los cuernos plateados
de la luna,
mas prefiero jugar el juego de la vida a pleno sol
mientras llega la tarde, y mi ser, con todo y poema,
se escora inexorable en el redil paterno de Dios.

Caída que sea la tarde, y llegue la noche, un carrusel de luz
las estrellas todas formarán,
para alumbrar de azul celeste mi muerte.

Entonces, bajo protesta formal de hombre, yo,
que he amado intensamente la vida,
cual árbol hendido por el rayo, vertical me moriré.

Una túnica sencilla, bordada a la luz de un poema,
piadosa envolverá mi ser;
y cuando todo en silencio quede, yo,
más allá, o más acá de las estrellas,
enhebrando mi canto a la vida seguiré.

24- PANGAS DE ALTA MAR

"Rema mar adentro y echad las redes"
(Lc 5,4).

La gente no estaba por la misión. Por más que eran buena gente, no estaban por la misión. Era evidente que les había faltado instrucción religiosa. Lo suyo era el trabajo cotidiano de la pesca diaria a mar abierta.

Dato significativo: a la apertura de la misión acudió solamente una amable viejecita con un nietecillo que apenas andaba en los dos años. Un buen rato de espera, por aquello de la hora chicle; que se estira y se estira, pero hay que esperar hasta que sea la hora social que, en latín paladín sería: Si alguien te dice *"ahora voy",* no le esperes. Nunca vendrá. Si te dice, *"ahorita voy",* pasarán lo mismo una hora que dos, peo vendrá. Y si te dice, *"ahorititita voy",* es de inmediato. Nadie más se presentó en la capilla. Por más que estaba anunciada la misión.

Al día siguiente, día segundo de la no iniciada misión, visita casa por casa, saludando e invitando. Buena acogida, buenas palabras. Fue todo. Llegó la tarde-noche. Hora de la misión: la misma viejecita y el mismo nietecito, con un día más de vida. Pero la misión no conoce el fracaso; tiene que resultar.

Día tercero. Desde muy temprano, recorrido por la larguísima playa, de blanca arena; saludando y hablando con los pescadores. Eran bastantes, repartidos por las pangas, alineadas todas en la playa. Unos descargaban el pescado, otros los llevaban al enorme tráiler refrigerado, que permanecían a orilla de la playa el tiempo necesario

para llenarse; cuestión, más o menos, una semana. Gente campechana. Toda la aldea vivía de la pesca en alta mar.

Día cuarto. Vuelta a deambular la playa para seguir hablando con los pescadores. Un mar infinito de intenso azul blanquecino llegaba hasta el horizonte. Y en la playa las pangas. En unas, aún están descargando el pescado; en otras se ultiman detalles. En otra, me dicen los pescadores:
-*Padresito*, le invitamos a que mañana temprano venga con nosotros a pescar.
-¿Sí? Encantado. Aquí estaré.

Y en el día quinto, el misionero se aventura en alta mar. Hasta aquí podría ser lo plasmado en el diario de abordo. Un antes y un después. Debo reseñar que es un enorme gozo salir a pescar temprano. Que más que pescar, es recoger las redes con lo que haya caído en ellas. Las pangas son potentes lanchas que van a toda velocidad. La brisa del mar en el trópico es deliciosa. La pesca consiste, estamos en la *Aldea de las Barrancas*, sobre la costa mexicana del Pacífico, en recoger las redes que han permanecido en el mar toda la noche.

Al siguiente día volví a salir a la operación *pesca,* aunque mis redes buscaban otra captura. Como así fue. Es una delicia caminar sobre el mar en aquellas potentes pangas. El problema es cuando apagan el motor y comienzan a sacar las redes. El mareo es irremediable para novatos y no novatos. Pero el mareo desaparece en cuanto la lancha se pone en marcha. Ya no hizo falta volver a deambular por la playa. La gente comenzó a hacerse presente en la misión. Primero poco a poco, hasta que terminó acudiendo la práctica totalidad. Y fue de apoteosis la clausura. La hicimos con una ferviente procesión en la

playa, llevando la imagen de la Virgen del Carmen sobre una anda preciosamente adornada. No faltaba nadie.

El sueño de un misionero es que la misión llegue a todos. Porque la Buena Nueva es para todos. Otro sueño me vino a la memoria. Fue el del apóstol Pedro. *"Rema mar adentro y echad las redes"* (Lc 5,4). Fue lo que Jesús le dijo. Pero el desánimo se había apoderado de Pedro. *"Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si tú lo dices, echaré las redes"* (Lc 5,5). Y la pesca fue la pesca del siglo. Si tú lo dices…, pues claro. Si la pesca, la misión, no depende sólo del misionero.

Hay veces que también rondan los fantasmas del miedo. ¿Acaso no tuvo miedo Pedro, creyendo ver fantasmas aquella noche cuando Jesús se fue acercando a la barca caminando sobre el agua? (ver Mt 14, 25ss.). Pero el Maestro divino pronto despejó sus dudas. Y afianzó su fe. Porque Jesús es la Buena nueva de Dios. Lo habían anunciado hacía tiempos los profetas, en las Sagradas Escrituras. Judío de nacimiento, de la estirpe de David, en lo humano, es el Hijo de Dios. Vino a instaurar el Reinado de Dios en el mundo. Para cuya labor quiere colaboradores. Pescadores de hombres. Con Jesús no hay fantasmas. Profundo está la mar. Abundante es la pesca.

ACUARELAS DE OTRA MAR

Antes que llegue la noche pintaré acuarelas nuevas
sobre un pequeño barco de pesca fondeado en el puerto
esperanzado de mis manos misioneras.

Pincelaré de azul las nubes y los cielos de mi infancia
renovada

y pondré riberas verdes asomadas a la arena
para proteger mi vieja barca anclada
donde duermen mis sueños mecidos por la brisa y la mar.

A dúo con el viento y las olas viejas canciones de siempre
sobre el musgo de las rocas cantaré
y con el relente suave de la noche mis sueños escanciaré.

De las ánforas guardadas en el fondo de mi barca
el mejor vino añejo sacaré,
y por los pececitos que deambulan libres por la mar
con decisión y fe sincera por todos ellos brindaré.

25- UN DIOS EN RESERVA

"Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado"
(Is. 9,5).

Hay dos dioses. ¿Es posible? Es posible. Y si no, vean la lógica de un niño sí. En este caso, niña.

Anchas tierras de Castilla la Vieja, como entonces se decía, y en la escuela nos enseñaban. Castilla y León, hoy. Fue en la vieja Castilla. Un nutrido grupo de niños y niñas en la catequesis de preparación a la primera Comunión.
-¿Quién sabe decirme cuántos dioses hay?

Todas las manos alzadas. Si es que los niños lo saben todo. Todos quieren responder.
-A ver, Lucía (nombre figurado); tú misma.
Y Lucía, muy despierta ella.
-¡Hay tres dioses!

Carcajada y rechifla de los demás niños y niñas. Lucía se sienta, algo avergonzada. Cuando cesan las risas, Lucía alza la mano. Quiere decir algo. Di, Lucía.
-Hay un solo Dios.
-¡¡¡Biennnn…!!!
El grupo le aplaude. Y Lucía deja traslucir un mohín de satisfacción. Bueno, ya todo en orden, seguimos. Pero Lucía, con un enorme semblante de satisfacción, vuelve a alzar la mano.
-¿Qué pasa, Lucía?
-Bueno…, ahora hay solo un Dios…, ¿eh? Pero en cuanto el Niño Jesús crezca, sea mayor, también será Dios.

Es decir, en el corazoncito infantil de Lucía, había *un Dios de reserva*. Sólo necesitaba hacerse mayor. La miré con enorme ternura. Le sonreí y me sonreí. Y acomodándome al candor de aquellas criaturas, traté de aclarar las cosas. Fue para mí una catequesis inolvidable. Para mis adentros pensé: Cuánta lógica hay en la cabecita inocente de una criatura. A los niños, y a los mayores, se nos ha presentado a Dios como un Señor muy mayor, de venerable y larga barba blanca. Si el Niño Jesús es lo que es, un niño chiquitín, es evidente que está muy lejos de parecerse a ese Señor mayor, que vive allá lejos, por encima de las nubes, en el cielo.

Cada vez que repaso el capítulo 9 de Isaías, me viene al recuerdo aquella lejana catequesis, en un pueblo de Castilla. *"Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado. La soberanía reposa sobre sus hombros y se le da por nombre: Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre para siempre, Príncipe de la paz"* (Is 9,5). Y comenzando este capítulo 9, Isaías anuncia: *"El pueblo que caminaba en las tinieblas ha visto una gran luz"* (Is 9,1). Esa *"Luz"* es símbolo de la presencia en el mundo del *"Hijo de Dios",* que viene a iluminarlo. Sólo él puede disipar las tinieblas del egoísmo y del pecado. El deseo y, sobre todo, una promesa del profeta se cumple cuando el *Niño*, el Mesías, nace en Belén.

Que el nacimiento haya sido en Belén, o en Nazaret, carece de importancia. Está en juego una transcendental realidad, expresada en hermosos símbolos. Jesús es la Luz que brilla para todos, sobre todo para los más pobres. Belén es lugar teológico, donde la pobreza y la sencillez se expresan con el simbolismo del portal. Y en el portal caben las personas: María, José, los pastores… Y caben los animales: la mula, el buey… Es decir, cabe la total

naturaleza, obra excelsa de Dios. De ese Dios, que no tiene barba, ni está por encima de las nubes. Lo que tiene es amor. Y está en cada uno de nosotros. En Belén cabe toda la Creación. ¿Cómo no va a caber, si cabe todo un Dios en un humilde portal?

No le faltaba razón, en su lógica de criatura inocente, a Lucía. Sólo que el Niño que va creciendo tenemos que ser nosotros. Porque los designios de Dios no se imponen por la fuerza de las armas, ni del dinero. Dios se hace Niño para que nosotros crezcamos a la par de él. No para ser dioses, sino para ser nosotros en Dios. Y escoge venir al encuentro de los hombres con la sencillez y la ternura de un niño nacido en medio de animales, en la absoluta pobreza. Dios hace historia, al meterse en la nuestra. Pero nuestra historia tiene mucho que cambiar. Hasta que podamos decir que sí, que nos amamos unos a otros, como Jesús nos pide.

CAMINO DE BELÉN

Hay un camino más acá del cielo
hecho al andar de viejos caminantes
creyentes y profetas expectantes
que a Belén se dirigen con empeño.

Es de esperanza y piedra el duro suelo
que sabe de patriarcas deslumbrantes
de ovejas y pastores trashumantes
oteadores de estrellas y desvelos.

Mas de pronto el camino se termina
y un Portal de luz nueva se ilumina
porque el Verbo de Dios hombre se ha hecho.

Las viejas profecías se han cumplido
y hoy Dios-Hombre camino y cielo ha unido
al nacer en Belén pobre y sin techo.

26- LA VIDA NO SE ESCONDE

"Los cielos cantan la gloria de Dios
y el firmamento proclama la obra de sus manos" (Sal 19,1).

Comienzo esta reflexión con un recuerdo, siendo novicio en Nava del Rey, Valladolid. Se celebraba la Novena a la Inmaculada. La predicaba en nuestra iglesia un redentorista, con fama de buen predicado. La verdad, a todos nos encandiló. Los navarreses llenaban la iglesia. Los novicios y comunidad ocupábamos el coro. Esa noche, el predicador hizo alusión a los jóvenes y *"a saber qué pasa en las bodegas".* Terminó el sermón. Salíamos del coro para dirigirnos directamente a la cena. Y un santo hermano coadjutor, que no había perdido ripio, salta en medio del silencio propio del noviciado: *"Eso que ha dicho el predicador está muy bien, pero no va con nosotros, porque nuestra vida está escondida en Dios ¡según san Juan!".* La carcajada, por más que tuviéramos que ir en silencio, fue estruendosa. Primero por el Hermano, un venerable ancianito. Segundo, y principal, por la cita. Que la bíblica cita fuera de san Pablo o fuera de san Juan, lo mismo le daba, el resultado era el mismo.

"Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Jesús en Dios" (Col 3,3). Es la cita a la que el buen hermano aludía. Estar *escondida* significa estar *guardada*, *protegida*. Pero en san Pablo tiene otra connotación que no interfiere para nada al enfoque de esta reflexión.

No hay nada escondido, todo está a la vista. Porque todo es hechura de Dios. De ahí el respeto que debemos a todos y a todo, comenzando por la vida, personal y ajena; siguiendo por la naturaleza. Porque todo es obra de la

Creación maravillosa de Dios. Somos parte de la misma. Toda la Naturaleza canta las maravillas de Dios Creador. Cómo no maravillarse, por ejemplo, ante un cielo estrellado, ante la belleza de una flor, la laboriosidad de una abeja, la inmensidad del mar, el encanto de las criaturas, un poema sinfónico, el amor de una madre, etc., etc…

Hay un devenir, y una evolución, en todas las cosas, comenzando por la inteligencia. La evolución es un proceso vital que corresponde a la inteligencia de Dios. Por lo mismo, el ser humano, creado por Dios y dotado de inteligencia, libertad y voluntad, debe cuidar y respetar siempre la naturaleza. Qué a propósito, al respecto, la preciosa encíclica del papa Francisco *"Laudato si', mi' Signore"* – *"Alabado seas, mi Señor"* donde nos recuerda, ya de entrada, que *"nuestra casa común es también como una hermana, con la cual compartimos la existencia, y como una madre bella que nos acoge entre sus brazos: "Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta, y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierba".*

El azar no existe, todo está regido por la inteligencia infinita de Dios. Nada existiría sin esa inteligencia infinita. La Creación es el mejor salmo de alabanza al Creador. Los salmos de la Biblia se unen a esta alabanza. Pero quien mejor debe alabar a Dios es el Hombre, varón y mujer, que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, y ha sido dotado de alma inmortal. En consecuencia, cómo no alabar y dar gracias infinitas a Dios, Creador de todas las cosas. Y es que, no se puede admirar la Naturaleza, la Creación en general, e ignorar a Dios. *"Los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento proclama la obra de sus manos"* (Sal 19,1).

Dios se manifiesta como teofanía, misterio, ensoñación, gozo sublime e inabarcable. La Vida es el rostro más visible de Dios, el cual se nos ha dado a conocer en plenitud en Jesús. Y Jesús a su vez nos ha acercado al Padre mediante el lenguaje entrañable de sus parábolas. ¿Quién no se siente amado de Dios al verse reflejado en esta bella comparación de Jesús?: *"Yo soy el buen pastor. Conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí, así como el Padre me conoce a mí y yo lo conozco a él, y doy mi vida por las ovejas"* (Jn 10,11). ¿O en aquel episodio del Pozo. Me refiero al Pozo de la Samaritana, a donde la gente iba a buscar el agua, tan necesaria para los quehaceres cotidianos, y para beber.

Jesús, a sabiendas de que la sed, además de fisiológica, lo es también espiritual, aprovechó muy bien el momento. Venía de misionar. Cansado del camino. Mediodía. Sudoroso y con hambre a esas horas. Llegó y se sentó en el brocal del pozo mientras los discípulos iban a comprar comida. Este pozo singular fue siempre lugar de encuentros transcendentes. Lo llamaban el Pozo de Jacob. En él abrevaron ganados y personas del Antiguo Testamento para apagar su sed. A ese pozo acudían a diario las gentes, a buscar el agua cada día. Jesús lo inmortalizó por el encuentro con la Samaritana. Aquel mediodía, yendo a buscar el agua se encontró con Jesús. Y encontró, al mismo tiempo, el *"agua viva que salta hasta la vida eterna"* (Jn 4,14). ¡Bendito Pozo, que fue de Jacob; que fue de los Patriarcas; que fue de la Samaritana; que es de todos!

Un Pozo para la Historia, inmortalizado por Jesús. Una Samaritana: mujer, sueños, idilio y sed. Mucha sed…, sobre todo de felicidad, y de Dios. Y Jesús: sentado en el

brocal, ofreciendo el Agua viva hasta llenar el cántaro de la fe. La mujer encontró el agua Viva. Encontró la Vida. La Vida viene de Dios. Esta es la espléndida verdad. *"Nuestra vida está escondida con Jesús en Dios"* (Col 3,3). Y sin embargo, nada hay escondido en Dios. Dios no se esconde. La metáfora empleada por san Pablo es preciosa, tiene hondo calado teológico y Jesúslógico. Pero nos está diciendo que de tal manera Dios nos ama en Jesús que nos convierte en una misma realidad con Él. De suerte que, no siendo dioses, somos hechura de Dios. Todo es hechura de Dios. La Creación, y cuanto en ella existe, es hechura de Dios, el Artífice Divino.

CON PASO FIRME

Con paso firme iré al desierto a purificar mi vida
y a sacudir el lastre de las cosas más triviales,
a borrar de la memoria ese trozo de nostalgia
que aún queda oculto en los rincones del alma.

Revocaré con arcilla tanta grieta cotidiana
por donde se escapa la vida que no se sacia con nada
y derribaré el andamiaje endeble de los sentidos
a cambio del agua clara que quepa en mi cantarillo.

Reo confeso y culpable soy, por dejarme envolver
por las telas de araña de este mundo hipócrita y burgués.
¡Por eso, y por mucho más, a mí me pesa, pésame, Señor,
diré!

27- LA SOLEDAD QUEMA

"Le seguía mucha gente,
porque veía los signos que hacía con los enfermos"
(Jn 6,2).

No es solamente el sol el que quema. A veces, abrasa. Otras, agradecemos que nos caliente un poco, sobre todo en el crudo invierno. Ni es siempre el fuego el que quema. Hay cosas que queman sin que haya fuego. Una de ellas es la soledad.

Viene esto a propósito de aquella señora que en cierta ocasión se me acercó, ya casi al final de la misión. Quería consultar un problema. Resulta que había leído un artículo mío, titulado *"La soledad de los ancianos".*
-Créame, padre, no sólo los ancianos, también los jóvenes padecen de soledad.
Dejé que la buena señora se desahogara. El problema lo tenía en casa, con una hija.
-Padre, pero si a mi hija no le falta nada de nada. Si lo tiene todo. Si estamos bien económicamente…

Nada más decir que *lo tiene todo*, se me encendió una luz ámbar en la mente. Si lo tiene todo…, ¡mal asunto!, dije para mis adentros.

Entre lágrimas amargas y sollozos intermitentes fue contando el viacrucis que estaban pasando en casa con aquella hija.
-Padre, yo sé que esto no le pasa sólo a mi hija. Lo que le digo, cuéntelo a las demás personas. Que hay muchas madres que sufren igual que yo.
-Señora, yo no tengo que contar a nadie nada de lo que usted me está diciendo.

-Sí, porque esto no se lo estoy diciendo en confesión. Cuéntelo.
-No importa. Es confidencial y es suficiente.

Lógicamente, opté por el silencio que debe seguir a una confidencia, por más que no había de por medio sigilo sacramental. Ahora, a la distancia del tiempo, lugar y personas que el anonimato ampara, sí cabe hacer un breve resumen concluyente. De familia bien, aquella joven se aburría soberanamente. Vio dos salidas a su situación. Ninguna buena: el suicidio o la prostitución. Optó por la segunda.

¿Por qué llegó a esa situación? Antes de responder, vaya por delante que es fácil ver los estados y las situaciones conclusivas de las personas, trátese de ancianos, de adultos, o de jóvenes. Pero importa antes ver y estudiar las raíces que llevan a tal o cual situación. Aquí, la respuesta a la pregunta era: la carencia de amor. Toda persona, toda, lo primero que necesita es amor. Amor siempre. Antes que el dinero o el móvil a criaturas que apenas tienen uso de razón.
-Señora, ¿no le estará faltando amor, y un poco más de atención paterna y materna a su hija?

Cuando tenemos situaciones duras en la familia, y cada día abundarán más por el alejamiento creciente de la práctica religiosa, más necesitamos acercarnos al Evangelio. Necesitamos abrir bien los ojos y acudir a Jesús. Los problemas existen. Y nos ponen en la tesitura de buscar la manera de solventarlos. Son problemas serios el desamparo, la marginación, la soledad, la tristeza, entre otros. Y la falta de fe.

Por lo mismo que no carecemos de sensibilidad, necesitamos educar la sensibilidad. Es entonces cuando estaremos en disposición de atender a nuestras flaquezas y a la de los demás. El Evangelio dice: *"Le seguía mucha gente, porque veía los signos que hacía con los enfermos"* (Jn 6,2). Jesús tenía una sensibilidad exquisita. No quedaba indiferente ante el sufrimiento de nadie. Y al mismo tiempo les mostraba un camino orientador: *"Está cerca el Reino de Dios"* (Mc 1,15). Invitaba a un cambio de vida. Que consiste en tomarse en serio la vida. Que cabalmente eso es la conversión, eso significa convertirse: *"Convertíos y creed en la Buena Nueva"* (Mc 1,15).

La soledad quema, destruye. Quema más que el fuego. Pero quema más la falta de amor. Vivimos una época de una enorme soledad social y personal; pero curiosamente intercomunicada, por medio sobre todo de ese aparatito llamado *móvil*, o *celular*, que bien usado es sumamente práctico. Pero que mal usado, se convierte en un comecocos, y un ladrón del tiempo que necesitamos para el trabajo, el estudio, la oración, la culturización.

Nuestra sociedad, quizá nunca como ahora estuvo mejor comunicada por medio de la electrónica, y tantas maravillas en comunicación que cada día surgen. Y, por el contrario, quizá nunca la soledad nos quemó tanto como ahora, por el mismo aislamiento al que nos llevan los avances de la técnica. El efecto, o efectos, resultantes son predecibles si nos dejamos avasallar por las máquinas, no importa el mínimo espacio que ocupen en el bolsillo. Nosotros cabemos en el mínimo espacio de un ordenador.

JUVENTUD

Juventud
para cantarte ruiseñores
en la libertad intacta de mi pecho
sin retornos, sin recuerdos, junto a la orilla,
junto a los juncos de mi río donde se rasga el viento
con un fondo de chillidos largos
que juegan en remolino con las ramas jubilosas
del deseo, del tiempo, y de los pájaros
que anidan las sombras del misterio.

Juventud misterio hondo, caliente, sincero
como agua de la quebrada, victimada,
transparente.

Juventud para cantarte en la alegría anónima
del tiempo sin retornos, sin recuerdos,
junto a la orilla, junto a los juncos
finísimos de mi sangre, más allá del deseo,
del tiempo, y de los pájaros ligeros.

Juventud tan rápidamente esfumada
cuando el sol es vertical, la alegría horizontal,
y el amor universal
en la libertad intacta de mi pecho
en los juncos más finos de mi sangre
en las ramas bulliciosas, jubilosas, levísimas,
de mi río donde se rasga el viento
con un fondo de chillidos largos
y hay ruiseñores en flor cantando:
¡¡¡Juventud!!! ¡¡¡Juventud!!!

28- CUANDO EL FUEGO NO ARDE

¿Por qué será que la zarza no se consume?"
(Ex 3,4).

Alguien podrá preguntarse, ¿cómo es que el fuego no arde? Pues a veces, sí; y a veces, no. ¡Imposible! El fuego es fuego, y arde. No lo discutiré. Pero a los hechos me remito.

Populoso barrio del Chamelecón, en la populosa y próspera ciudad de San Pedro Sula, Honduras. Fuimos peinando por zonas, hasta completar la *Santa Misión*, que ese fue el lema anunciador de la Misión, en toda la diócesis de San Pedro Sula. Me tocó, entre otros muchos lugares de la diócesis, misionar el citado barrio. En el acto misional de la noche, que suele ser el más concurrido e importante, el misionero acompaña el sermón, también llamado pregón, con un símbolo. Para hablar de Dios, qué mejor símbolo que el fuego, rememorando el episodio de la zarza ardiendo en el encuentro de Dios con Moisés. (Ver el capítulo 3 del Éxodo).

El fuego purifica, calienta, alumbra. Resulta familiar y amigo. Lo usamos todos los días, para hacer la comida, para calentar el agua de la ducha, en fin, para tantas cosas. Y resulta un símbolo muy apropiado para resaltar la presencia de Dios en el episodio de Éxodo 3, cuando Moisés pastoreaba las ovejas de su suegro Jetró en el desierto: *"Allí se le apareció el ángel del Señor en una llama de fuego, que salía de en medio de la zarza. Al ver que la zarza ardía sin consumirse, Moisés pensó: Voy a observar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?"* (Ex 3,2-4). Y a continuación se produce el encuentro con el Dios invisible. Dios no se deja ver, pero

deja oír su voz. Le habla desde zarza: "Moisés, Moisés" (Ex 3,4).

Pues bien, el símbolo usado en la misión es muy sencillo, pero elocuente. Se llena un recipiente metálico de alcohol, puede ser un brasero de los que se usaban hasta no hace mucho debajo de las mesas camilla, o cualquier otro utensilio metálico donde se puedan verter unos dos litros de alcohol de farmacia. Apagadas las luces, se le prende fuego. Y la llama sube, alumbra, calienta. Como decir, Dios en medio de nosotros. No lo vemos, pero ahí está. Cercano y amigo. Nos habla.

Llegó el momento de prender el alcohol. Acerco el fósforo al alcohol, y el alcohol que no reacciona. Ya me estaba el fósforo quemando los dedos según se iba consumiendo. Se consumió, y el alcohol sin dar señales de vida. Segundo fósforo. Mismo resultado. Lo curioso que la gente estaba tan tranquila. Al cuarto intento era el misionero el que no estaba tan tranquilo. Se acerca una encantadora viejecita.
-*Padresito*, ahorita le traigo más alcohol.

Lo trajo enseguida porque vivía junto a la capilla. Y como a la quinta va la vencida. ¡Ahora, sí! ¡Por fin, ardió!

Como no es normal que el alcohol no arda, aplicación al canto: estaba adulterado. Pura agua. O casi. Agua, que no aguardiente. Con razón que la gente no se inmutaba. Cuando aquello podía haber aguado la fiesta más de lo que ya estaba. Acostumbrados a las falsificaciones, vieron aquello como la cosa más normal.

Creo que a veces falsificamos también el cristianismo. La religión del amor. ¿Se nos nota que somos

distintos a otras religiones? Dicen que una buena espiritualidad va acompañada de una buena afectividad. De lo contrario, ambas estarían vacías de contenido. ¿Es nuestra espiritualidad difusiva? ¿Abarca a los demás? ¿O somos islas? ¿Nuestro fuego arde, como en Pentecostés? *"Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos"* (Hch 2,3). Fue el *Fuego* del Espíritu Santo. Fuego misionero, evangelizador, comprometedor. El fuego de Dios no tiene fronteras. Pero hasta el fuego tiene sus enemigos. No está exento de ataques. Es la falsificación.

Dios es fuego que purifica desde el amor. Nuestro corazón está hecho para amar. Pero el amor no se encierra en uno mismo. En la *zarza ardiendo* del Éxodo Dios envía a Moisés a que se presente al Faraón, con la orden de que dé libertad al Pueblo. Un Pueblo que está oprimido. Dios no quiere la opresión. Ni la violencia. Los que la practican, carecen de religión, por mucho que bajen la cabeza hasta el duelo. Dios está a media altura. Está en el corazón de cada ser humano. En el adámico barro de nuestro ser se conserva también el *fuego divino* del amor que Dios ha impreso en nosotros. Y el corazón es cordialmente afectivo. Sólo hace falta no apagarlo con el agua turbia de nuestras falsedades.

PRETIL DEL TIEMPO

Déjame, oh Dios, asomarme, al pretil viejo del tiempo
y que decir, te diga mis cuitas, como una plegaria amorosa
que hundiera, igual que el árbol frondoso de la vida, sus raíces
en el desierto, la estepa, o el huerto,
de la quimera, la ilusión, la fantasía o el sueño.

Que aún tengo el sabor de la palabra en mi boca
y hombre me sé, aprendiz de niño que juega
en las ramas umbrosas del árbol de los años,
con la inocencia y la tristeza de los días iguales.

Taladrada tengo el alma de paisaje
para atisbar de tu luz el universo mientras intuyo, presiento y siento,
tu amorosa y envolvente presencia.

Padre, te digo, con la ternura del barro de mi ser recién horneado
en el cuenco infinito de tus manos
que amasaron de amor sabiamente las galaxias
para vestir de relente el misterio de la noche eterna
y fantástica del tiempo.

Raíz del tronco en figura de hombre me sueño,
que correr quisiera, peregrino sin rumbo,
igual que un profeta, sin sandalias, sin cayado,
ni voz, ni palabra, sin nada, el desierto,
y envuelto de pronto me veo

en el palpitante aleteo de tu mágica voz
que va esparciendo a retazos la luz, el cosmos, la vida,
hasta que esta savia de mi viejo árbol reverbere
por las venas tránsfugas de la fe, y de la esperanza,
la misma que alienta mi ser.

Siento entonces llenarse de luz mis ojos
en la desnuda inmaterialidad de tu regazo
y me siento otra vez niño recién amanecido
en tus brazos de Padre
que debe pastorear de inocencia
el rastrojo de estrellas de tu infinito firmamento
donde pacen la Osa Mayor y la Osa Menor,
al abrigo silencioso de los siglos, mientras yo,
con todo mi ser, sólo acierto a decirte: ¡Padre!, ¡Padre...!

29- UN PATRIARCA SIN FAX

"Habéis sido revestidos de Jesús"
(Ga 3,27),

Hasta en los más remotos caseríos, o poblados, se encuentra uno con gente que yo llamaría, cariñosamente, *Patriarcas*. Es el caso de don Hermes (nombre convencional). Don Hermes sería un patriarca completo con solo que no se afeitara la barba cada ocho días. Es que, *hay que estar presentable*. Pero don Hermes está presentable con y sin barba. No sabe leer ni escribir. Sin embargo, tiene una bondad patriarcal, y una capacidad organizativa encomiable. Sabe cuidar su larga familia y sus chivos por igual. Estamos situados, para no perdernos, en Siminipuche, bonito nombre; a orillas del río Tocuyo (Edo. de Carora, Venezuela). No falta agua, pero el caserío carece de agua corriente. O, para ser más exacto, carecía cuando estuve misionando el caserío o poblado. Aunque no creo que las cosas hayan cambiado.

La misión supuso un gran acontecimiento para todo el caserío; sumido por lo demás, en una especie de letargo permanente. El pasaje evangélico del Buen Pastor les resultaba muy familiar. Ellos no tienen ovejas, sino cabras. Muy famélicas las pobres, dado el desértico contorno, donde prácticamente sólo crecen los captus. Coincidió la misión en época de cambios de personal en las comunidades, por razón de trienio. El grupo de misioneros españoles habíamos quedado en juntarnos en Maracaibo para pasar juntos tres días de descanso entre misión y misión. Fui el último en llegar. Estaban cenando.
-Traigo noticias frescas.

Como todos estaban esperando los cambios, saltaron a una:
-¡Cuenta, cuenta…!
-Pues sí, han llegado los cambios. Y a algunos de vosotros os han nombrado superiores.

Todos expectantes. Haciendo conjeturas.
-¿Cómo te has enterado?
-Por un fax que ha llegado a la casa de don Hermes, en Siminipuche.
-A ver, suelta, ¿quiénes son los superiores? Enséñanos el fax.

Hice como que lo sacaba del bolsillo. Menos mal que en ese momento, al menos uno, cayó en la cuenta.
-¡Qué fax, ni fax! Si en Siminipuche no hay luz…!

Ni luz ni agua corriente había en Siminipuche, como queda dicho. La broma dio para pasar una tertulia muy agradable y entretenida. Incluso habiendo luz, al querido patriarca don Hermes, que no sabía leer ni escribir, no se le hubiera ocurrido tener fax. Tenía cosas más importantes, como el sentido de la familia, una bondad que transmitía con su sola presencia. Y una fe inquebrantable.

En las misiones, el primero en ser misionado por la gente es el misionero. La Palabra de Dios ¿no nos propone descubrir en Jesús al que realiza la liberación de los hombres a través del amor y del don de la vida? *"Habéis sido revestidos de Jesús"* (Ga 3,27), dirá san Pablo. El revestimiento de Jesús es la primera liberación, por ser el primer despojo de nuestro propio yo. Despojo del egoísmo y del pecado, para poder vivir una vida de entrega a Dios y amor a los hermanos.

El Evangelio está escrito en la Biblia. Y también en cada persona que con su comportamiento está personificando a Jesús. Lo dicho, *el patriarca don Hermes* como yo lo saludaba cariñosamente, no tenía fax, ni luz, ni agua corriente. Sí una extensa familia. Y en medio de ellos, Jesús.

RECUERDOS MÍOS

Dejad correr el agua por el río, y que la nube corra libre
por esos cielos por donde corre también la luna
huyendo de las estrellas.

Dejad correr mis recuerdos vanos , y que se los lleve el río
sin que lo sepa la nube ni cuenta se dé el río.

Dejad que mis amores se los lleve el río
sin que lo sepa la mar, ni lo sepa el río,
y que estos versos míos terminen en el olvido.

Dejad que contemple el río para ver cómo se van
recuerdos que no he vivido.

30- DE REJAS ADENTRO

"Mas no todos asumieron la Alianza"
(1Co 10,5).

Si alguien piensa que tras unas rejas hay una cárcel, está en lo cierto. Me figuro que no debe ser agradable estar recluido en una cárcel. Más, no lo es. Hay quien va a la cárcel por alguna fechoría realizada. Mayor o menor. Dejémoslo así. Hay quien va a una cárcel libre de culpa, mientras no conste lo contrario. Va voluntariamente. Es mi caso. Y el de muchos sacerdotes capellanes de cárceles.

Como misionero me ha tocado misionar en unas cuantas, de diversos países. Por razones obvias no citaré país alguno. En una, la cosa más simpática, me tocó celebrar una boda. Sólo la novia, los padrinos, y por supuesto el misionero, pudieron pasar las rejas. Los invitados quedaron fuera del penal. La novia, como todas las novias, bellísima. Al novio le quedaban sólo quince días para terminar de cumplir condena. Algún sentimiento debió de llevarle a querer casarse dentro del penal.

En otra, de distinto país, hubo módulos a los cuales los guardias no me dejaron pasar, *por seguridad personal*, me dijeron. Terrorífica cárcel. Ahí comprendí que las cárceles no redimen. Y hasta, salvo contable casos, vuelven a la gente peor, creando más rencor y sed de venganza.

En un tercer país, cárcel altamente custodiada. Hasta tres tipos de rejas había que pasar. Antes de acceder a la primera, me dijeron los guardias:
-Entre con la sotana ya puesta, pero no le garantizamos que le respeten.
-Vale. Lo tendré en cuenta.

Y mientras me ponía la sotana, me cuentan lo acontecido dos días antes dentro del penal. Me sonó a chiste. Y me reí con ellos. Y me dispuse a entrar. Paso la primera frontera de rejas, que aíslan con el exterior. Paso la segunda. En cada tramo recorrido, enorme respeto por parte de los guardias. Hasta ahí todo bien. No era territorio comanche. Y voy llegando a la tercera. ¡Ay, madre! De película. Lo primero que veo, un tipo grueso, fuerte; debía pasar de los dos metros de altura. Agarrado a los barrotes, daba la impresión de que se iba a comer el mundo ¡Y a mí! Me abren la reja los guardias, entro. Veo un enorme patio, lleno de hombres. Y el corpulento que se me acerca. ¡Ay, Juan Manuel, me dije a mí mismo, reza el acto de contrición!
-¡Padre! ¡Yo voy a ser su guardaespaldas!
-¡Hombre! ¡Fenomenal! Y muy agradecido.

Procuré mostrar por fuera una calma que por dentro no tenía. Y comienza *el guardaespaldas* a contarme la historia ocurrida hacía dos días con el capellán. Un gringo norteamericano. Ya dentro del penal, le asaltaron, le robaron todo, pero todo, hasta dejarlo en cueros, como niño recién nacido. Como *el guardaespaldas*, según

afirmaba, él mismo había sido testigo presencial de lo sucedido, la información resultaba verídica. Además, coincidía con lo que momentos antes me habían contado los guardias antes de entrar. Luego, aquello no era un chiste. Menos mal que no hicieron lo mismo con la monja que visitaba la cárcel casi a diario.

Aproveché la circunstancia para hablarles de cuando Dios envió a Moisés a presentarse ante el Faraón, dándole orden de que diera libertad al Pueblo hebreo, según narra el libro del Éxodo, capítulo 3.

Ahí comenzó la larga marcha de los hebreos a través del desierto. El Desierto fue el tiempo y el lugar de un largo peregrinar, donde Dios purificó a su pueblo de las costumbres paganas, hasta conducirlo a una religión más pura; y entrar luego a tomar posesión de la Tierra Prometida.

Todos estamos entre rejas, de un modo o de otro. El Éxodo del Pueblo de Dios es figura del camino de conversión. Dios exige de nosotros una lucha permanente contra todo aquello que nos esclaviza y que impide la realización de una vida plena. *"Mas no todos asumieron la Alianza. Por eso quedaron tendidos en el desierto, no entraron en la Tierra prometida"* (1Co 10,5), recuerda san Pablo. No todos aceptan el plan de Dios. No obstante, Dios respeta la libertad de cada quien. Aunque luego, cada quien responderá de sus actos.

Hay otras rejas que no son precisamente las de las cárceles. Son las que nosotros mismos ponemos, impidiendo que otros puedan realizarse como cristianos. Estamos en un momento donde ser cristiano no está de moda. Pero una humanidad que margina el mandamiento del amor, y que, incluso fomenta la violencia, es una humanidad de vuelo corto. Jesús sigue invitándonos a la conversión, a pesar de las pocas garantías que le ofrecemos. Es significativo el pasaje de la higuera estéril. *"Señor, déjala todavía este año. Yo cavaré alrededor y le echaré abono, a ver si da fruto..."* (Lc 13,8). Las rejas se abren, y hasta desaparecen, cuando los cristianos somos capaces de dar fruto. No es lo más importante tener encuentros, celebraciones, charlas teológicas... Jesús pide frutos testimoniales. *Obras son amores*..., que decían nuestros mayores.

AL PASAR EL NAZARENO

Decidme por qué al Nazareno la vida se le va
si aún el vino nuevo no ha fermentado en el lagar.

Decidme por qué el silencio rebota en cada golpe,
en cada paso, en cada piedra, cuesta arriba del Calvario.

Decidme si es Viernes Santo por el llanto compungido
de la gente arrepentida, o por el perdón universal
del Jesús que muere, en las aspas de un madero.

Decidme si es hora ya de escanciar el vino nuevo
de una nueva humanidad, fermentado en el trujal
donde por amor padece y muere el Divino Redentor.

No olvidaré tu mirada, pues con amor me miraste,
Jesús Nazareno, al pasar.
En la penumbra de la noche, y antes de la alborada,
evocaré tu mirada al rezar.

Grabaré tu perdón en mi alma y encenderé los cirios
de la fe y de la esperanza para comer el Pan
de tu Cuerpo y tu Palabra que se amasa en el altar.

Buscaré a tientas tu rostro y tu mirada
para iluminar mis sendas torcidas y encontrar
el perfil de la inocencia primera que un día lejano perdí.

Pondré por aliado el silencio y escucharé tu voz,
sólo tu voz, que es de paz y perdón.
Y cuando amanezca de nuevo y tu rostro ilumine mi rostro
sabré que tu mirada, que se cruzó con la mía,
dejó mi alma nueva y rejuvenecida.

Tú, que sabes mi nombre, Jesús Nazareno,
sabes que aquel rezo que en tu altar dejé aquel día
no quedó allá por olvido.
Fue el rezo de un amigo,
que con amor te decía:
"Padre nuestro…
hágase tu voluntad, aquí en la tierra, y en el cielo…".

31- NOMBRES Y MÁSCARAS

"Ya no te llamarás más Abram;
en adelante tu nombre será Abraham"
(Gn 17,5).

Cada quien llevamos un nombre. A veces, también un sobrenombre, es decir un apodo o mote; que no es lo mismo que un nombre compuesto. En cuestión de nombres los hay para los gustos y disgustos. En ambientes cristianos, abundan los referidos a la Virgen o a los santos. El nombre nos identifica, por él se nos conoce. Todos tenemos un nombre. Todos. Menos Dios. Dios no tiene nombre, es el innombrable. Está por encima de todo nombre. El vocablo Dios no es un nombre propiamente dicho. Dios no se llama Dios. Sino un concepto convencional, por el que todo mundo sabe que nos referimos a la Divinidad.

Cuando Moisés tuvo el encuentro con Dios en el desierto, en el episodio de la zarza ardiendo, y Moisés pregunta a Dios que cómo se llama, Dios no le da un nombre. Ni le dice soy o me llamo Dios. Le dice. *"Soy el que soy"* (Ex 3,14). Es decir, el Eterno, el que existe eternamente. Dios es la Divinidad. Nosotros en cambio tenemos nombre. No somos el Eterno, sino simples criaturas.

Hecha esta referencia a los nombres, añadiré que estando misionando en una ciudad de las entrañables tierras extremeñas dos redentoristas, habíamos terminado la misa de la mañana. Entré a la sacristía, mientras el compañero terminaba de recoger las cosas del altar. Se le acerca una señora.

-Por favor, quisiera hablar con el padre "Sito".
-¿"Sito"? No, señora; aquí no hay ningún padre "Sito".
-Sí, el que predicó anoche.

Como la sacristía estaba cerquita del altar, se oía todo. Me di por aludido. Salí junto al altar.
-¡Éste…! Con usted quiero hablar, padre "Sito".
-No me llamo "Sito"...
-Pues usted dijo anoche que se llama "Sito"...

Los dos misioneros nos echamos a reír. Le aclaré.
-Señora, no dije que me llamo *"Sito",* sino que en América la gente acostumbra a llamar al sacerdote *padresito*. Que es distinto. Además, lo hacen con mucho respeto. Es la forma cariñosa que tienen de hablar.

¡Vamos, que todo cabe en lo posible! En cierta región de Centroamérica, donde la abuela es quien pone el nombre al nieto recién nacido, sé de alguna que, guiada por el almanaque, puso al nieto el nombre del santo, precedido de *obispo* y *santo*. *Obispo san Ildefonso*. Es de esperar que el nieto llegara al menos a monaguillo.

A lo largo de la historia se constata la importancia dada al nombre. El nombre, más que a la persona, designa la función que ésta va a desempeñar. La Biblia es la primera en hacerloo: *"Ya no te llamarás más Abram; en adelante tu nombre será Abraham"* (Gn 17,5). Cambiar el nombre significa que hay una designación. De este modo, además de Abram, a muchas otras muchas personas se les cambia de nombre. Por ejemplo: Sarai por Sara (Gen 17,15). Oseas por Josué (Núm 13,16). Jacob por Israel (Gn. 49,2). Gedeón por Ierubaal (Jue 6,32). Salomón por Iedidiá (2Sm 12,25). Simón por Cefas = Pedro (Jn 1,42). José por Bernabé (Hch 4,36). Saulo por Pablo (Hch 13,9).

Fuera de la Biblia, tenemos el caso de los Papas. Dejando el nombre de pila, toman aquel por el que creen expresar mejor el aspecto que más desean resaltar en su pontificado. Es como despojarse de la propia personalidad, para asumir la nueva que Dios les da. Tener nombre, más que un apelativo, es un compromiso. En los Papas, ese compromiso significa servicio a la Iglesia.

Y si pasamos a otro ámbito y nos remontamos a tiempos antiguos, podemos fijarnos, por ejemplo, en el antiquísimo teatro griego. Los actores se ponían una máscara, un disfraz. Máscara equivale a personalidad vicaria. Distinta persona. Uno es el artista que interpreta, pero el protagonista es el interpretado. Esto está claro aplicado tanto teatro como al cine. Pero hay situaciones donde el artista no puede disfrazar ni suplantar su propia personalidad. Es uno solo; con todas sus consecuencias. Valga como ejemplo, un torero. Ahí no hay máscara que valga; ni el traje de luces suplanta personalidad del artista. Si lo pilla el toro, lo pilla a él. Y sólo a él. No hay personaje representado.

Ante nosotros mismos y ante los demás somos lo que somos. No es el nombre el que hace a la persona. Ni los apellidos, por muy de abolengo que los hagamos ser, y con ellos aparentar, los que confieren dignidad a la persona. El seguidor de Jesús sí tiene un nombre identificativo: cristiano. Este nombre nos marca. Nos une a Jesús. Consecuentemente, me pregunto: ¿Cómo es Jesús, cómo actúa? Y el rasgo más sobresaliente es la misericordia. Por eso dirá: *"No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos"* (Mt 9,12). Añadiendo: *"Sed compasivos como vuestro Padre Dios es compasivo"* (Lc 6,36). Jesús se mueve siempre en la línea de la cercanía. Y tanto acerca la

Divinidad a nosotros que nos lo presenta como Padre. Jesús es el Hijo. Su nombre: Jesús, que significa Salvador.

TU NOMBRE EN PIEDRA

Grabé mi nombre en la arena,
-porque tú eres camino, yo senda-,
pero el tuyo, amor, lo esculpí en la piedra
sabiendo por qué.

Es por si el viento atrevido un día la arena borrara
y entre la niebla regresar a ti yo quisiera,
que encontrar pudiera con facilidad la senda.

-Porque Tú eres el camino,
yo sólo soy la senda-.

32- MÁS BUENOS QUE EL PAN

"Buscad y encontraréis"
(Mt 7,7).

Conozco un país de España, todo vestido de verde y de agua, de vocación marinera: Galicia. Al calor del hogar y mientras fuera mansamente llovía, me lo contaba un veterano maestro de pueblo, jubilado. Conocía la vida de san Gerardo Mayela, y un buen día les contó a sus alumnos el pasaje aquel en que el santo se pone a jugar con el Niño Jesús. Éste, al terminar, le regalaba siempre al santo un sabroso pan blanco, que Gerardito, tan niño como el Niño Jesús, lo llevaba a su casa muy contento. Sonó la hora del recreo y en vocinglera algarabía los ángeles sin alas salieron corriendo a jugar.

Al reemprender la clase el buen maestro entra en el aula. Un extraño silencio lo invadía todo. ¡Qué raro…!
-Y mis niños ¿dónde están?

Sale al corredor. Nada. Sale al patio. Nada. ¡Ahhh…! Al buen maestro se le acaba de encender el foco. ¡Ya sé…! Y de inmediato se encamina a la cercana iglesia del pueblo.

Y allá encuentra a sus ángeles sin alas, buscando en sincronizado revuelo, tras el altar, en el confesonario, en la sacristía…
-¿Qué buscáis?
-¡¡¡Maestro, buscamos al Niño Jesús!!!
-¿Al Niño Jesús…?
-¡¡¡Sí, maestro!!!

También ellos querían un pan. ¡Oh inocencia bautismal…! Me pregunto: ¿Cuándo se implantará a nivel

planetario una clase obligatoria de *inocencia*, donde se aprenda que el pan debe alcanzar para todos; donde nadie pase hambre, y que la paz universal no debe ser patrimonio exclusivo únicamente de los ángeles con alas?

El buen maestro guardaba en su memoria recuerdos gratificantes como este. Las cosas más queridas, los recuerdos más entrañables, los guardamos muy dentro del corazón.

Para los cristianos, nada hay más entrañablemente querido que Jesús, el Verbo de Dios hecho Hombre. El Redentor. A todos nos invita, sin excepción, a seguirle. Es el Amigo incondicional. Seguirle no es cuestión de conveniencias, ni de estrategias. Ni de teologías. Con Jesús no hay término medio. O se le sigue, o no se le sigue. No obliga, invita. Pero quien le siga ha de ser por la fuerza del amor. Quien le sigue no se pierde. Él mismo se nos muestra como *"el Camino, la Verdad, y la Vida"* (Jn 14,6). El cristianismo no es una ideología, es vida; y de esa vida brotan una serie de normas generales y básicas para el bien actuar del ser humano, que está hecho para amar a Dios y al prójimo.

Cuando se celebra una maratón, son muchos los que compiten. No todos alcanzan la meta. Se retiran. Seguir a Jesús, en principio parece fácil, y no lo es. En un arrebato de entusiasmo nos lanzamos en su seguimiento con toda generosidad. Luego llega la crisis. El entusiasmo decae. Al fracaso coadyuvan diversos factores, sobre todo los ambientales. Y llega el momento en que la cruz se nos hace pesada. La renuncia de uno mismo cuesta. Jesús lo anunció con toda claridad. Dijo a sus discípulos*: "Si alguien quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame"* (Mt 16,24).

Sin embargo, y a pesar de los pesares, Jesús sale en nuestra ayuda. Es Él quien confirma y fortalece nuestra fe. Es Él quien intercede por nosotros ante el Padre: *"No sólo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por las palabras de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado"* (Jn 17, 20-21).

Quien actúa con fe, por pequeña que ésta sea, quien trata de seguir a Jesús con sinceridad, sin trampa ni cartón, sabe que la Luz del Evangelio iluminará su corazón. Jesús nunca apaga la Luz. Es la única capaz de ahuyentar las tinieblas causadas por el vacío del corazón.

Cuando todas las luces se nos apagan, siempre quedará una encendida: la del Evangelio. Con ella podremos encontrar lo que hayamos perdido. *"Buscad y encontraréis"* (Mt 7,7). Tal vez buscábamos sólo pan. Y de pronto nos encontramos también con el Divino panadero. Si es que, en el fondo somos, como aquellos niños, más buenos que el pan. Sólo nos falta demostrarlo.

EL PAJARILLO Y LA FLOR

Píntame un poema, le dijo la flor al pajarillo
y el pajarillo pintó un poema a la flor
con los trinos de su amor.

Píntame una canción, le dijo el pajarillo a la flor
y la flor pintó a todo color
con esencia de azahar un corazón al cantor.

Pintemos ambos un mundo nuevo al Señor,
y el pajarillo y la flor a dúo pintaron
la Creación nueva al Señor.

33- EL OLIVO DE GETSEMANÍ

Pasajes orientativos:
Mateo 26,36ss. Marcos 14,32ss.
Lucas 22,39ss. Juan 18,1-12.

Final del librito. ¿Y por qué *33*, y no menos ni más, si las *Reflexiones a pie de Fuente* pueden ser interminables? Interminables, ciertamente lo son en la vida del creyente. Pero 33 corresponde a la edad que Jesús tenía, supuestamente, al entregar su vida por la Redención del mundo. Me ha parecido el mejor modo de agradecer a Dios el infinito amor que me tiene y que palpablemente he sentido durante toda mi vida, y particularmente en los 50 años como sacerdote y misionero redentorista. Va por mis compañeros de curso y de sacerdocio. Y va, sobre todo, por Jesús, pues quiero seguir oyendo su voz hasta mi último suspiro de mi vida. Su voz. *"¡La voz de mi amado!"* (Cant, 2,8).

Pongo el punto final a este librito con este relato figurado, que ya fue publicado en la revista *Perpetuo Socorro Icono*, siendo yo su director en el año centenario de la misma (abril 1999, pág. 18), y en mi libro *Cuentos intemporales*.

Los cuatro evangelistas narran el momento y entorno que refleja este relato. Jesús y los apóstoles han terminado la cena. Hay una atmósfera cargada de presentimientos. Está raro el ambiente esa noche. Han escuchado a Jesús en uno de sus discursos más hermosos, de contenido hondo, sentido, emocionante. Es noche cerrada. Se dirigen hacia el famoso Huerto de los Olivos, Getsemaní. Ahí se ambienta el relato que sigue.

Al amparo de mi grupo y de la multitud que visitaba el famoso Huerto de los Olivos, me hice a un lado. Nadie notó mi ausencia, y fui a esconderme entre los amplios pliegues del añoso, vetusto y amplio tronco del frondoso olivo. Huerto de los Olivos. Getsemaní.

Retorcido por los siglos, el viejo olivo, guardaba mucha historia. Sentí una necesidad apremiante de preguntarle. Preguntarle qué..., me dije. No lo sabía con certeza. Pero el viejo árbol entendería mi azoramiento. Mi primera pregunta fue:
—¿Cuánto tiempos llevas aquí?
—No lo recuerdo, hijo, no lo recuerdo. Voy perdiendo la memoria. Soy tan viejo... Miles de años, tal vez.
—Entonces, ¿sabrás muchas cosas, habrás visto pasar la historia por delante de ti? ¿Qué es lo que más te ha impresionado?
—¿La historia...? Oh, sí; toda la historia he visto pasar desde aquí. Las guerras, hijo, las guerras, me han impresionado; y, sobre todo, me han dolido. Me ha dolido la imposible paz de esta tierra que llaman, y es, santa; la paz que yo llamaría del "nunca jamás". Pero lo que más ha marcado mi existencia, ha sido ver llorar a Jesús...

Noté que el viejo olivo se estremecía como en un sollozo que recorriera todo su añoso tronco.
—Continúa, por favor, continúa.
—Cada vez que lo recuerdo, la emoción embarga mi ser. El Maestro venía frecuentemente al huerto. Aquí solía sentarse, a mi vera. Le gustaba la frondosidad de mis ramas, mi sombra protectora. Aquella noche, lo recuerdo muy bien, era noche de luna llena, espléndida. Pero él estaba triste, muy triste. Se arrodilló, y se puso a rezar, como solía. Pero lo vi inquieto. Juntó sus brazos, apoyó su cabeza en mi tronco y comenzó a sollozar. Era un llanto

que conmovía, punzaba, y traspasaba el alma. Lloró amargamente, y sobre todo rezó. Rezó por Jerusalén, sí, lo recuerdo. Su oración era como el clamor aunado de todos los profetas.

A la luz de la luna, se veía en lo alto de la ciudad el templo en toda su grandiosidad.
—El Maestro rezaba también por el templo. Decía: *"Día vendrá en que no quedará piedra sobre piedra..."* (Lc 21,6).
—¿Es posible?
—Y tan posible, hijo, tan posible. No muchos años después de la muerte del Maestro, los judíos tuvieron una rebelión el año sesenta y seis. Los romanos, dueños entonces de medio mundo, no anduvieron con historias y entraron a saco. Cuatro años más tarde, Tito destruyó completamente Jerusalén; y, lo peor de todo, también el Templo. Ha sido el sacrilegio más grande de la historia; y el que ha provocado más llanto, más divisiones y más guerras.
—¿Más guerras, por qué?

El viejo Olivo hizo una pausa, como si necesitara respirar hondo. Remontándose a la historia, continuó:
—Los judíos no podían, ni debían, aguantar estar siempre siendo humillados. Inician entonces una nueva rebelión dirigida por Bar-Kojvá. Ahora es Adriano, emperador de Roma, quien ataca. Y hasta le cambia el nombre a la ciudad santa.
—¿Qué nombre le dio?
—Uno esperpéntico y pagano: Aelia Capitolina.
—¿Pero en el siglo IV las cosas cambiaron, ¿no? ¿No fue cuando se convierte Constantino al cristianismo...?
—No, no cambiaron. Porque, si por una parte, es cierto que vino una etapa de paz, no duró mucho. La dominación bizantina trajo paz, se construyeron iglesias, se extendió el cristianismo... Pero a comienzos del siglo VII son los

musulmanes los que entran en acción. Jerusalén pasa a ser para ellos la tercera ciudad en importancia, tras la Meca y Medina. Lo cual, tampoco hubiera tenido mayores consecuencias. Pero es que, el año 1.009, el califa Sakim hizo la barbaridad de destruir el santo Sepulcro, y esto provocó la animosidad entre Oriente y Occidente, que dio lugar a la entrada en acción de los Cruzados.

Me imaginé a Jesús, arrodillado junto al árbol. Gotas de sangre corrían por su sien. El sufrimiento debía ser atroz. También a él, como buen judío, debía dolerle una historia cuajada de guerras, de odios. Él había venido al mundo para redimirlo, para hacerlo habitable desde una fraternidad que hiciera posible una convivencia pacífica basada en el amor. Estaba a unas horas escasas de ser ajusticiado de la manera más vil en el patíbulo de la cruz. Buscó apoyo moral en sus discípulos y amigos más queridos: Pedro, Santiago y Juan. Fue hacia ellos y los encontró dormidos. *"¿Ni siquiera una hora habéis podido velar conmigo?"* (Mt 26,40).

Decepcionado, regresó junto al viejo Olivo y continuó orando. ¡Pobre Jesús…!
—Dime, querido Olivo, ¿cuándo entran los Cruzados en Jerusalén?
—Finalizando el siglo XI, concretamente el año 1.099. Pero no había pasado un siglo de su estancia en Tierra Santa y ya Saladino, el flamante príncipe egipcio, les estaba infligiendo la más absurda derrota.
—¿Por qué absurda?
—Porque prácticamente no hubo lucha. Situados los Cruzados en los Cuernos de Hittín, los musulmanes aprovecharon la brisa que se levanta a mediodía; prendieron fuego a la hierba, los acorralaron formando un

cerco, y los Cruzados murieron calcinados dentro de sus armaduras.
—Amado Olivo. Sé que esto sucedió el año 1.187. Conozco la Historia. Incluso, hace poco que he estado en los Cuernos Hittín.
—Has de saber que los Cruzados fueron grandes guerreros, y grandes defensores de los Santos Lugares. Y por lo mismo, construyeron enormes y sólidas fortalezas. Pero ya te he dicho que ésta es tierra de guerras. Precisamente, el año l.263 el sultán mameluco egipcio, Baibars, les conquista a los Cruzados las formidables fortalezas del litoral. Y cuando en 1.291 el sultán El-Ashraf, conquista y arrasa Acre, la capital de los Cruzados, podemos decir que es también el fin del Reino Latino de Oriente…

El viejo olivo, hizo una pausa; era evidente que le pesaban los años, y un deje de tristeza sacudía sus ramas. Pero le pesaba más la historia. Una historia dolorosa de guerras, modernas y antiguas.

Los turistas y peregrinos seguían disparando sus cámaras fotográficas. No deseaba yo que advirtieran mi presencia. Y mientras los distintos grupos de peregrinos proseguían su marcha, todavía pregunté:
—Mi viejo y querido Olivo, dime, por favor, ¿estabas ya aquí cuando Abraham subió al monte Moriah con su hijo Isaac, para el sacrificio?
—Sí, claro que estaba; y mucho antes. ¿Recuerdas cuando Noé, tras el Diluvio universal, mandó desde el Arca una paloma para ver si las aguas habían bajado?
—Por supuesto; creo recordar que a la tercera vez, regresó llevando en el pico una ramita de olivo.
—Exacto. Pues ésa, cabalmente, fue la rama que prendió en este lugar y que dio origen a este frondoso, multisecular y

añoso olivo con el que estás hablando. Y aunque me veas tan viejo, te diré que nunca, nunca, me terminaré. Soy, preciso es decirlo, y preciso que lo sepas, soy el Olivo de la Paz. Yo vi a Josué atravesar el Jordán, trece siglos antes de Jesús, y conquistar la tierra de Canaán. Y contemplé, al poco, la llegada de los filisteos. De mí tomaron el aceite para ungir a Saúl como primer rey de Israel. He contemplado la invasión y ocupación de Samaria por los Asirios. Y el exilio de las diez tribus del norte. Y la destrucción primera de Jerusalén y del Templo por Nabucodonosor. Por aquí pasó Alejandro Magno cuando conquistó Palestina. Asistí con horror a la profanación del Templo por Antíoco IV... Pero mi savia rejuveneció cuando vi brillar, en aquella noche de paz, al comienzo mismo del Nuevo Testamento, la estrella que guiaba a los Reyes Magos hasta Belén. Por aquí pasaron, también ellos, los reyes de Oriente. Eran gente de paz y de bien. Y yo me eternicé, como símbolo de paz. Y de gozo eterno me estremecí, cuando aquel día José, con la Virgen y el Niño, junto a mí pasaron. Mías eran también las ramas con las que aclamaron al Mesías aquel domingo triunfal unos días antes de su muerte. ¡Hosanna, hosanna...!, gritaba a coro el pueblo entero. Yo bailaba de emoción... Mas, también lloré, y sigo llorando…

Recordé que aquella noche era jueves. Ha pasado a la Historia como un jueves sagrado: Jueves Santo. El Maestro, aclamado días antes con gritos de ¡Hosanna!, ¡Hosanna!, como me estaba mencionando el querido Olivo, está ahora a unas horas de ser ajusticiado por el mismo pueblo que lo recibió entre vítores y con palmas y ramas de olivos. ¡Qué voluble es la gente!

El viejo Olivo, adivinando mi pensamiento, asintió en silencio. Silencio que respeté con profunda emoción.

Besé con entrañable cariño su añejo tronco, le di las gracias, y me fui. Sin poder reprimir una lágrima, le arranqué una hojita y la guardé entre las páginas del Libro sagrado, la Biblia, que llevo conmigo, y proseguí mi peregrinación.

ABUELO, PÍNTAME UN SUEÑO

Abuelo, píntame un sueño…
Y el abuelo al niño sonreía
mientras asomados al acantilado
miraban cómo la niebla
desde el Mar ascendía.

Niño, abuelo, acantilado,
son estrofa de una vida
y de un poema inacabado
cuya rima el viento escribía
soplando al azul del Mar.

La diferencia entre abuelo,
niño, y acantilado,
era nimia entre la niebla.
Queda en pie mi poema
para brindar por la vida
en un barquito de vela.

ÍNDICE

		Página
1/	Por los símbolos a la realidad	5
2/	Hijos del barro	8
3/	Rendir el parte final	13
4/	Búsqueda y encuentro	19
5/	De divina hechura	23
6/	Humanizar la sociedad	27
7/	A la fe por la Palabra	35
8/	La vida es misión	40
9/	Coherencia	45
10/	Dispersión e integración	50
11/	Por favor, ocupen sus puestos	54
12/	Agua abundante	58
13/	Digan lo que digan	62
14/	Un trono de madera	66
15/	Tres tiendas sin dueño	72
16/	La gratitud ennoblece	76
17/	Tradición y costumbres	81
18/	Amor y conversión van juntos	85
19/	Gracias a Dios por la vida	90
20/	Había poco y aún sobró	94
21/	Por la fuente al río	98
22/	Al trote por la pradera	102
23/	Vocación por derribo	105
24/	Pangas de alta mar	110
25/	Un Dios en reserva	114
26/	La vida no se esconde	118
27/	La soledad quema	122
28/	Cuando el fuego no arde	126
29/	Un patriarca sin fax	131
30/	De rejas adentro	133
31/	Nombres y máscaras	139
32/	Más buenos que el pan	143
33/	El Olivo de Getsemaní	145

LIBROS DEL MISMO AUTOR:

- ABUELO, PÍNTAME UN SUEÑO
- AL HABLA CON JESÚS
- BEBER EN LA FUENTE (Alemania)
- CRISTO TE LLAMA (Alemania)
- CRISTOS DEL ANDAR MISIONERO
- CUENTOS INTEMPORALES
- DE HOLANDA AL SURINAM, BEATO PEDRO DONDERS
- EL PERPETUO SOCORRO ICONO DE COPIOSA REDENCIÓN
- ESPIGAS DE ORACIÓN EN LA GAVILLA DE LOS SALMOS
- INCURSIÓN APÓCRIFA POR LA HISTORIA SAGRADA (Alemania)
- LA MUERTE UN TRIBUTO A LA VIDA
- MARÍA EVANGELIO EN EL EVANGELIO
- MARÍA VISTA DESDE EL EVANGELIO (Alemania)
- POR ESOS MUNDOS DE DIOS, ANÉCDOTAS MISIONERAS
- REFLEXIONES DE UN CRISTIANO JUNTO A LA FUENTE
- RELATOS BÍBLICOS ESCRITOS SOBRE EL PERGAMINO APÓCRIFO DE LA TIERRA SANTA
- REPÚBLICA DE LOS SUEÑOS
- SAN ALFONSO Mª DE LIGORIO
- SAN CLEMENTE Mª HOBFAUER, EL PANADERO DE DIOS
- SAN GERARDO MAYELA, EL AMIGO DE LOS NIÑOS
- SOY JESÚS, ¿PUEDES ABRIRME?
- YO, ALFONSO DE LIGUORI (México)